


UNIVERSITY OF TORONTO
VELUT ARBOR ÆVO

Emmet Gilbert
April 1875
Havana

HISTORIA

DE LA VIDA,

HECHOS Y ASTUCIAS DE BERTOLDO.



Madre, corre que las moscas me quieren comer. .

HISTORIA

DE LA VIDA,

HECHOS Y ASTUCIAS DE BERTOLDO,

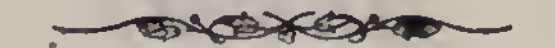
LA DE SU HIJO BERTOLDINO,

Y LA DE SU NIETO CACASENO.

OBRA DE GRAN DIVERSION Y DE SUMA MORALIDAD,
DONDE HALLARÁ EL SABIO MUCHO QUE ADMIRAR Y EL IGNORANTE INFINITO QUE APRENDER,
DIVIDIDA EN TRES TRATADOS, ARREGLADA NUEVAMENTE DEL TOSCANO

POR

JUAN JUSTO UGUET.



BARCELONA.

SOCIEDAD EDITORAL LA MARAVILLA,
calle de Aviñó, número 20.

MADRID.

LIBRERÍA ESPAÑOLA, CALLE DE RELATORES,
NÚMERO 12.

Barcelona: Imprenta de LUIS TASSO, calle del Arco del Teatro, callejon entre los números 21 y 23.—1864.

PREFACIO.

Muchas veces el mérito nos pasa desapercibido, porque familiarizados con la cosa en donde existe, nos evitamos el trabajo del análisis ó el estudio de su índole. Tal sucede con los cantares que oimos en boca del vulgo, en cuya poesía, como en las rapsodias de Homero y en los cantos del Dante, en los episodios de los Niebelungens y en las leyendas del Mahabarata, se retrata la fisonomía moral de un pueblo, de una raza, de toda una generacion; tal pasa con esos romances, como el del Cid, verdaderos mitos que se eternizan en los anales de la historia, que son la epopeya de una edad, de una nacion, de una época; tal acontece, en fin, con esos libros que constituyen la expresion más genuina de una institucion, ó la síntesis filosófica y moral de una sociedad.

A este género pertenece el Bertoldo. Sus dos primeras partes, escritas por Julio César della Croce, se publicaron en forma de novela en 1620, y poco despues, Adriano Banchieri, con el seudónimo de Camilo Scaligeri della Fratta, las aumentó con la historia de Cacaseno, que segun Brunet dióse á la estampa en el mismo siglo XVII.

Nada podemos decir respecto á la acogida que obtuvo en su

aparicion, ni de las consideraciones que mereceria á la crítica; pero deben bastarnos, para deducirlo, las noticias que nos suministra la historia, manifestándonos que más tarde, y en el siglo XVIII, varios distinguidos poetas italianos, entre ellos los Zannotti, Buruffaldi y Zampieri, se ocuparon de esta obra, formando de las tres novelas un poema en veinte cantos y en rima mayor, del cual se hizo una edicion en 1747, en dialecto veneciano, que figura en el Parnaso italiano. Por otra parte, Cantú, al tratar del reinado de Alboino, rey de los longobardos, de fines del siglo XVI, dice: «Ignoro de donde haya podido tomar Julio César della Croce esta leyenda; pero todo revela su orígen aleman: la córte de Alboino, aunque trasladada á Italia, hasta los nombres mismos de Bertoldo, Marcolfa, etc. *La contradictio Salomonis*, una de las novelas más antiguas, presenta una discusion de Guillermo el Conquistador con el villano Marculfo, oriundo tal vez de las aventuras de Bertoldo, traducidas en todos los idiomas, y que los alemanes no sé con qué fundamento suponen de orígen asiático.»

Bastarán los datos que acabamos de citar, de los cuales se deduce la ventajosa opinion de eminencias irrecusables, para dar por admitida la bondad, hasta ahora poco ménos que sospechosa, de un libro que invade desde tiempo inmemorial los estadios de todas las clases de la sociedad, sin que por eso el crítico se haya dignado tomarse la menor molestia en sacudir el polvo que ha ido cubriendo la belleza de sus páginas.

Nosotros, quizás más atrevidos, pero ménos pretenciosos que amantes de cuanto tiende á enaltecer las elucubraciones de la inteligencia, nos hemos propuesto resucitar la importancia que la mano de los tiempos ha intentado borrar.

Escrito este libro en época en que la imaginacion se dejaba llevar en alas de sus inspiraciones, se nota cierto desaliño en la forma que embaraza la marcha de la accion y oscurece sus condiciones literarias; mas no por ello dejan de estar sostenidos con propiedad los caractéres, tramado y desenvuelto el enredo con artificio, ingenio y naturalidad, y cuidado su fondo hasta el punto

que de cada frase brote una sentencia, de cada chiste un pensamiento profundo, de cada locucion un tratado de moral.

Entre las escasas obras que llenan los fines que debe proponerse la novela, *instruir deleitando, moralizar divirtiendo,* le corresponde un lugar distinguido á la *Historia de Bertoldo, Bertoldino y Cacaseno.*

Esto sentado, si alguna vanagloria puede cábernos al tener la osadía de recorrer sus páginas, es la del deseo de mejorarlas, descartándolas de los defectos que, segun nuestro criterio, hayan podido imprimirles la falta de conciencia ó el abandono de los traductores, así como el espíritu literario de los tiempos en que se escribieron.

La mayor recompensa que pudiéramos obtener sería la de que el éxito coronara nuestro buen propósito: si no llegamos á alcanzarlo, nos contentarémos exclamando con el ilustre historiador:

Grande es la empresa; si nuestras fuerzas no bastan á llevarla á cabo, nos quedará la gloria de haberlo intentado.

JUAN JUSTO UGUET.

HISTORIA

DE BERTOLDO.

TRATADO PRIMERO.

INTRODUCCION.

En el tiempo que Albuino, rey de los longobardos, dominaba casi toda la Italia y cuya córte se enseñoreaba en la hermosa ciudad de Verona, llegó cierto dia al real palacio un rústico llamado Bertoldo, hombre deforme y de feo aspecto, pero de sutil y vivísimo ingenio; pues era muy agudo y pronto en responder á cualquier asunto, si bien de natural malicioso y melancólico, como suele por lo general acontecer con la gente ruda y campesina.

Sumamente pequeño de cuerpo, tenía la cabeza redonda á modo de bola, la frente arrugada, los ojos colorados, brotando fuego; las cejas largas y cerdudas; las orejas borricales; la boca grande y algo torcida, con el labio inferior colgando como el de los caballos; la barba luenga y bermeja á semejanza de la del macho cabrío; las narices desmedidamente largas, remangadas y rematando en punta; los dientes le salian de la boca á modo de colmillos de jabalí, con tres ó cuatro papadas que causaban tal ruido cuando hablaba, que parecian pucheros cociendo á la lumbre; sus piernas eran cabrunas, á manera de nigromántico; los piés desmesurados; el cuerpo velludo como el del oso; llevaba medias de lana burda, remendadas cual tapices viejos, y gruesísimos zapatos de ta-

cones muy altos. Puede decirse que era el reverso de Narciso (1)*.

Una vez en palacio, Bertoldo se introdujo en las primeras antecámaras, y prosiguiendo adelante, internóse en donde estaban los grandes, validos y ministros; pasó por medio de todos hasta llegar á presencia del rey, y sin quitarse el sombrero, ni hacer el menor acto de cortesía ni acatamiento, se sentó junto á la real persona, quien como monarca benigno, piadoso y amigo de ver semejantes figuras, se imaginó que este hombre sería de ingenio gracioso y bufon, considerando que muchas veces suele favorecer la naturaleza con algunos dones particulares á esa clase de seres (2). Por lo que, sin dar muestras de enfado ni alteracion, le empezó á preguntar cariñosamente:

—¿Quién eres, cuándo naciste, y cuál es tu patria?

—Soy un hombre, respondió Bertoldo, nací cuando mi madre me parió, y mi tierra es este mundo.

—¿Quiénes son tus ascendientes y descendientes?

—Las judías en la olla; porque cuando cuecen suben y bajan, y comiéndolas yo, vienen á parar en mí (3).

—¿Tienes padres y hermanos? insistió el rey.

—Los tengo, pero todos han muerto.

—Pues, ¿cómo los tienes si dices que han muerto?

—Porque cuando salí de mi casa los dejé durmiendo; y hallo tan poca diferencia del sueño á la muerte, que creo firmemente que ambos son hermanos carnales (4).

Asombrado el rey al oir tan aguda respuesta, conoció que no se habia equivocado en el juicio que del rústico formara, y queriendo ponerle á prueba, continuó interrogándole:

—¿Cuál es la cosa más veloz del mundo?

—El pensamiento.

—Y ¿el mejor víno?

—El que se bebe en casa ajena (5).

—Y ¿el mar que nunca se llena?

* Para no embarazar la lectura de tan sabroso libro, ni afear la edicion, se han colocado las notas al final de la obra.

—La codicia del avariento (6).

—Y ¿la cosa más fea que pueda darse en un mozo?

—La desobediencia.

—Y ¿el vicio más notable en un anciano?

—La lascivia.

—Y ¿el principal delito en un mercader?

—La mentira (7).

—¿Cuál es la gata que por delante lame y por detras araña?

—La mujer ramera (8).

—Y ¿el mayor fuego de una casa?

—La mujer viciosa y el sirviente deslenguado.

—Y ¿cuáles son las enfermedades más incurables?

—La locura, la gangrena y las deudas del tramposo.

—¿Cómo traerias aquí una criba de agua sin verterla?

—Esperaria que se helase, y la traeria congelada.

—¿Qué busca el hombre que no quisiera hallar?

—Los insectos en la camisa y los puntos en las medias.

—¿Cómo cogerias una liebre sin perro?

—Esperaria que estuviese guisada.

—Buen meollo tienes.

—Y tú mejor humor si no comieras.

—Vaya, pídeme cuanto quisieres que estoy dispuesto á concedértelo.

—El que nada posee mal puede dar á otros (9).

—¿Por qué no puedo darte lo que pidas?

—Porque ando buscando felicidad, y tú no la tienes (10).

—¿No te basta verme sentado en este trono para convencerte que soy dichoso?

—El que más alto está más peligra en la caida.

—Mira cuantos señores y caballeros andan al rededor mio dispuestos á obedecerme.

—Tambien los hormigones andan al rededor del árbol y le roen la corteza.

—Sin embargo, luzco en mi córte como brilla el sol entre las estrellas.

—Tendrás razon, pero yo sólo veo tinieblas en la adulacion (11).

—Acabemos: ¿quieres quedarte en mi córte?

—El que se halla en libertad no debe buscar la esclavitud.

—¿Qué te impulsó, pues, á venir?

—La creencia de que un rey tendria diez ó doce palmos más que los otros hombres, y se elevase sobre los campanarios y tejados; pero veo que eres como los demas, con la sola distincion de ser rey.

—Confieso que es verdad en cuanto á estatura; sin embargo, én poder y riqueza sobrepujo á todos, no sólo en doce palmos, sino en mil varas. Ahora únicamente deseo saber, ¿qué te induce á dirigirme tal discurso?

—El pollino de tu mayordomo.

—¿Qué tiene que ver el pollino de mi mayordomo con la grandeza de mi córte?

—Te diré: cuatro mil años ántes que vinieras al mundo ni existiera tu córte, el rucio ya rebuznaba (12).

—¡Ja, ja, ja! Feliz ocurrencia has imaginado para reirnos.

—Siempre acude la risa en la boca de los necios.

—Eres un rústico malicioso.

—Es mi condicion.

—Te mando que al instante te vayas, pues de lo contrario te haré echar: el perjuicio y la vergüenza recaerán en tí.

—Me iré, pero advierte que las moscas son de tal índole, que aunque las echen vuelven luego; por consiguiente, si mandas arrojarme á la calle, prometo importunarte de nuevo.

—Pues vete; y si no vuelves como dices lo hacen las moscas, he de mandar te ahorquen.

ALEGORÍA I.

LA CIENCIA ES NECESARIA HASTA EN LOS RÚSTICOS Y DEFORMES, PUES CON SU AUXILIO SE TRIUNFA FÁCILMENTE DE TODOS LOS PELIGROS.

Obediente Bertoldo á la órden del rey, fuése á su casa, y montando en un borrico muy viejo que tenía, todo desollado y lleno de mataduras, volvióse á palacio entre un nublado de moscas y tábanos que acudian al olor de la carniza, y llegando á la presencia del rey, le habló en estos términos:

—Ya me tienes aquí, rey mio.

—¿No te dije que si no volvias como las moscas mandaria ahorcarte? dijo el rey.

—Las moscas ¿no acuden á las mataduras? observó Bertoldo.

—Indudablemente, afirmó el monarca.

—Pues ya me ves volver sobre esta matadura gangrenada y llena de moscas que casi me tienen comido.

—Desde luego te califico de ingenioso: anda, que te perdono.

Y dirigiéndose hácia su servidumbre añadió:

—¡Hola! acompañadle al punto y que le den de comer.

—No puede comer todavía quien no ha terminado la tarea, advirtió el sagaz rústico.

—¿Tienes que decirme algo más?

—Aun no he comenzado.

—Sin embargo, quita de ahí esa peste y retírate; porque se dirigen hácia aquí dos mujeres, y es probable que vengan á supli-

car les conceda audiencia: cuando las haya despachado volverás.

—Me retiro, encárgandote que obres con justicia.

Y en efecto, llegaron las dos mujeres delante del monarca. Una de ellas habia hurtado un espejo á la otra: la dueña del espejo se llamaba Aurelia, y la hurtadora que lo traia en la mano Lisa. Aurelia se adelantó, y querellándose, dijo:

—Señor, esta mujer entró anoche en mi cuarto y hurtóme el espejo que trae, y no obstante de suplicarla repetidas veces me lo restituya, se niega á devolvérmelo; por cuya razon acudo á tí para que como rey y señor hagas justicia.

—Señor, replicó Lisa, no es cierto lo que dice; pues há dias lo compré con mi regaladísimo dinero, y no comprendo cómo esta pícara tenga atrevimiento para pedir lo que no es suyo.

—Justísimo señor, no des crédito á las falsedades de esa mujer, porque es una ladrona sin conciencia, y á no ser verdad lo que digo, por todo el oro del mundo nunca reclamara lo que no es mio.

—¡Vaya con la beata! ¡Qué bien finge para que la crean y den la razon! ¡Ah, hermana! ¿No encontrabas otras excusas más á propósito? Pero me consuelo con que estamos delante de un juez que conocerá mi conciencia y tu grande hipocresía.

—¡Tierra, cómo no te abres y tragas á esta infame que con tanta desvergüenza me niega lo que es mio, y con mayor picardía finge tener razon para que me tomen por embustera! ¡Ay, Dios mio! Descubre la verdad de este caso.

—Vamos despacio; aquiétense, que ahora quedarán satisfechas. Toma el espejo, dijo el rey á uno de los cortesanos, rómpele en menudos pedazos, y repárteselos entre las dos equitativamente, á fin de que queden contentas.

—Consiento en que se rompa el espejo, dijo Lisa, y así acabará nuestro pleito.

—Yo, no, señor, exclamó Aurelia: ántes permitiré que se lo lleve entero, pues no tengo ánimo para ver romper un espejo tan hermoso. Ademas, que me queda la esperanza de rescatarlo algun dia, pues puede remorderle la conciencia y restituírmelo.

—La sentencia del rey me ha gustado: hágase pedazos, y con esto no tendrémos más motivos de reñir.

—Conozco que el espejo es de la que no quiere que se rompa, observó el rey; su llanto y súplicas son claras y evidentes señales de que le pertenece: désele, pues, y arrojen de aquí á esa otra ignominiosamente.

—Piadosísimo rey, te doy infinitas gracias, porque, comprendiendo la malicia de esa infame, has dado la sentencia como juez sabio y justo. Quedo rogando al cielo te guarde y conceda las mayores prosperidades que para mí deseo.

—Vete en hora buena y procura ser mujer de bien, dijo el monarca.

Y volviéndose á los que le rodeaban, añadió:

—¡Bien se conocia que el espejo era de esta pobre cuitada (1)!

—¡Rey mio, dijo Bertoldo que habia estado escuchando la sentencia, qué poco discernimiento tienes!

—¿Cómo así?

—Porque crees en lágrimas de mujeres.

—¿Por qué no debo creerlas?

—¿No conoces que su llanto es engañoso, y cada cosa que hacen ó dicen, todo artificio? Aunque parezca que lloran con los ojos, rien con el corazon; suspiran delante, y detras se burlan; hablan al contrario de lo que piensan, y el mesarse los cabellos, morderse y mudar de semblante son fraudes y engaños dictados por sus insaciables deseos y pasiones.

—Tanta bondad tienen en sí las mujeres de juicio y prudencia, replicó el rey, que si alguna peca, es por descuido, mala fortuna ó fragilidad; por lo cual son más dignas de compasion que de castigo, atendida su debilidad y flaqueza. La mujer ama al marido, dirige á los hijos, los cria, educa, mantiene y enseña buena doctrina, cuida de la hacienda y la familia, procura que las criadas cumplan con su obligacion, y evita los desórdenes de la casa; es apreciable para la vista de los mozos, consuelo de los ancianos, y alegría de los niños; claridad cierta de dia, y reposo de la noche:

quiere con fidelidad, es cariñosa en el trato, noble en su conversacion, clara en los convenios, discreta para mandar, pronta en obedecer, honesta en sus razones, modesta en sus procederes, moderada en la mesa, parca en la bebida, agradable con los de casa y afable con los de fuera; en suma, la mujer junto al hombre puede decirse que es una piedra oriental engastada en el oro más fino; y no porque alguna cometa faltas se debe culpar á todas, pues hay millares que son mujeres de bien y muy dignas de consideracion y respeto.

—Bien se conoce que amas mucho las mujeres cuando las elogias tan apasionadamente, por cuanto no cabe ensalzarlas con mayor ponderacion. Sin embargo, ¿qué me dirás si ántes de acostarte mañana te hiciese desdecir de cuanto has hablado en su favor?

—Que eres el hombre más sagaz del mundo, respondió el rey; pero te advierto que si no lo cumples te acordarás de mí.

—Pues, hasta mañana á la noche, dijo el astuto rústico.

Y anochecido que hubo, el rey se retiró á su cámara, y Bertoldo, despues de cenar, fuése á dormir á la caballeriza, discurriendo algun medio para conseguir que el rey se retractase de las alabanzas hechas á favor de las mujeres; y ocurriéndosele uno de sus ingeniosos recursos, se acostó esperando que amaneciera para ponerlo por obra.

Levantóse con el alba, fuése en busca de la mujer á favor de quien recayera la sentencia del rey, y la dijo:

—¿Sabes lo que S. M. ha determinado?

—Si no me lo dices, lo ignoro, respondióle Aurelia.

—Pues ha dispuesto que se rompa el espejo y que á cada una se os dé la mitad; porque la otra apela de la sentencia, y por no oir más quejas, desea satisfacer á entrambas.

—¿El rey ha determinado romper mi espejo? ¿Por qué? ¡Despues de sentenciar que se me restituya entero! ¿Te burlas de mí? Anda, quítate de mi vista.

—No me burlo; ántes te aseguro que se lo he oido decir á él en persona.

—¡Ay de mí! exclamó Aurelia. ¿Qué es lo que escucho? ¡Oh qué sentencias tan justas y qué acciones tan dignas de un rey! ¡Pobre justicia! ¡Qué bien administrada estás! Ahora conozco que merece más crédito la mentira que la verdad. ¡Ay desdichada de mí! Paciencia, pues así me convendrá. ¿Es posible que te vea hecho pedazos, espejo querido mio?

—No quisiera que te sucediese algo peor, repuso Bertoldo.

—Pues ¿qué puede sucederme peor?

—El rey acaba de promulgar una ley disponiendo que cada hombre pueda casarse con siete mujeres: con que mira si resultarán desgracias en las casas con tantas mujeres juntas.

—¡Qué dices! ¿El rey quiere que cada hombre esté facultado para tener siete mujeres? Eso sí que es infinitamente peor que si mandara romper todos los espejos de la ciudad. Pero ¿qué diablos de locura se le ha metido en la cabeza?

—No me es posible darte más explicaciones; sólo te repito que lo que acabo de manifestarte se lo he oido á él mismo. Ahora es preciso que vosotras os defendais ántes que el mal tome mayor incremento.

Y dejando alborotada con este enredo á aquella mujer, volvióse á palacio y esperó el resultado.

Creyendo Aurelia verdad la invencion, se fué precipitadamente en busca de sus amigas y vecinas, y las contó por extenso cuanto Bertoldo la dijera.

Ellas, que oyeron tan estupenda novedad, se alarmaron de tal suerte, que como perras rabiosas y feroces leonas echaban fuego por los ojos y dardos por la boca: de manera que divulgada en breve por la ciudad la noticia, juntáronse miles de mujeres que todas hablaban á un tiempo; y discutido con bastante detencion el asunto, resolvieron ver al monarca y confundirle á fuerza de gritos para obligarle á que anulara la ley.

En efecto encamináronse á palacio como lo acordaran, y llenas de rabia y despecho penetraron tumultuosamente hasta la misma estancia del rey, en donde empezaron á meter tan grande ruido y

algazara, que parecia que todas las mujeres del mundo estuviesen allí reunidas: de modo, que aturdido y confuso el soberano no acertaba á entender palabra, ni atinaba á qué atribuir el motivo de tan extraordinario alboroto, hasta que faltándole la paciencia y el sufrimiento con tanta insolencia, temeridad y gritería, exclamó lleno de cólera y con semblante severo:

—¿Qué novedad es esta? ¿Qué motivo teneis para semejante sublevacion? ¿Quién os ha puesto en tal desórden? ¿De qué ha nacido vuestro clamoreo? ¿A qué fin son estas exclamaciones? ¿Estais endemoniadas? ¿Qué teneis? Decid luego: ¿cuál es la causa de este alboroto?

—Venimos, contestaron todas atropelladamente, á saber lo que contra nosotras has decretado, y de qué dimana la extraña locura que te ha entrado.

—¿Qué frenesí te ha dado tan raro, contra toda ley divina y humana, gritó una de las más descocadas y rabiosas, para que á cada hombre le permitas casarse con siete mujeres? ¡Qué consideracion tan prudente! Mas te prevengo que no nos someterémos á tan bárbara y temeraria disposicion.

—¿Qué decis, locas? Hablad claro para que os entienda y pueda responderos.

—Señoras, dijo otra de ellas, vayamos despacio. ¡Callen por Dios y entendámonos! En nombre de todas, señor, te digo que mereces ser destronado por la ley que acabas de promulgar.

—¿Qué afrentas ó injurias os he hecho? Explicáos, exclamó el rey.

—¿No lo hemos expuesto ya bien claro? gritaron varias.

—No os he entendido; volvedlo á repetir.

—No hay peor sordo que el que no quiere oir: repetimos que no es posible cometer error más craso que el tuyo, imponiendo una ley para que á cada hombre le sea permitido tener siete mujeres. Más acertado sería que cuidaras de tu reino y de tantos negocios árduos como tienes de tratar, y no meterte en lo que nada te importa. ¿Lo has entendido ahora? Y si intentas llevar á cabo

esa ley, has de consentir tambien que cada mujer tenga siete maridos. A eso venimos resueltas y anhelamos saber tu resolucion.

—¡Ah sexo ingrato y descortes! ¿Quién ha tratado de promulgar semejante ley? Idos en hora mala, rebeldes, importunas, desatentas y temerarias; pues ahora conozco lo que es la mujer, personificacion del engaño, maldad, cizaña, daño y discordia, no habiendo casa ó lugar donde penetren que no lleven consigo estas malas condiciones. La mujer es un cáos de engaños y traiciones; un barro infernal que produce continuamente llantos y lamentos de los pobres maridos, siendo ruina de los padres, tormento de las madres, desgracia de los hermanos, vergüenza de los parientes y destruccion de las familias, sirviendo en fin, de pena y afliccion á todo el género humano. Quitáos de delante y no volvais más á mi presencia, espíritus infernales.

Y viendo que se marchaban añadió:

—¡Válgame Dios! ¡Qué modo de aturdirme con tanto ruido estos diablos de mujeres! ¡Gracias á Dios que me veo libre de ellas! ¡Por poco me sacan los ojos (2)!

É interrumpiéndose de pronto, repuso:

—Pero si llego á indagar quién ha sido el inventor de esta treta prometo que he de castigarle segun se merece.

Entónces Bertoldo, que habia estado escondido escuchando toda la bulla, se encaró con el rey y le dijo:

—¿Qué te parece, rey mio? ¿No te dije que ántes que anocheciese leerias el libro al reves de como ayer le leiste en alabanza de las mujeres? Discurro que ya estarás desengañado de lo que son.

—No se puede concebir tamaña impostura, pues suponen que he dispuesto que á cada hombre le sea permitido tener siete mujeres: cosa que hasta ahora ni el mismo diablo imaginara, ni á mí se me ha ocurrido jamas. ¡Oh qué mala semilla y vil canalla!

—¿Te acuerdas de lo que hablámos? observó Bertoldo.

—Confieso que has triunfado, dijo el rey; y en recompensa te concedo el honor de que compartas conmigo el solio real.

—¿Cómo pueden caber dos en un solo asiento?

—No importa, mandaré colocar otro junto al mio y gobernarás conmigo.

—El enamorado y los soberanos no desean compañía; y así gobierna solo, pues eres el monarca.

—Me parece que has sido tú el autor de ese enredo. ¿No es cierto?

—Lo has acertado; si bien no puedes castigarme, en virtud de la palabra que me diste.

—Supuesto que ha sido invencion tuya te lo dispenso; pero deseo me expliques cómo lo tramaste.

—Dirigíme en busca de la mujer á quien favoreciste en el pleito del espejo, dijo Bertoldo, díla á entender que intentabas nuevamente romperlo y dar la mitad á su contraria, y añadí que habias dispuesto que cada hombre pudiese tener siete mujeres; motivo por el cual se insurreccionaron tan desaforadamente, profiriendo los desatinos que escuchaste.

—Eres mayor inventor de enredos que el mismo Merlin (3), y tanto por tu malicia como por el desórden ocasionado incurriste en gravísimo delito. Las infelices han tenido sobrada razon para mostrárseme tan iracundas. He ahí por qué no acertaba á explicarme que el sexo femenino pudiese estar tan privado de juicio que cometiera tales extravíos sin grandísimo motivo: por cuanto me retracto y arrepiento de lo que en su contra he dicho, volviendo de nuevo á sostener que el hombre sin la mujer es como viña sin poda, jardin sin fuente, rio sin barca, prado sin yerba, monte sin leña, espiga sin grano, árbol sin fruto, ciudad sin plaza, fortaleza sin guarnicion, torre sin escalera, rosa sin olor, pino sin sombra, mar sin pesca, selva sin árboles, y en suma, todo aquel que carece de tan grata compañía se puede comparar con un espejo sin azogue, diamante sin brillo, y...

—No hablemos más de ellas, interrumpióle Bertoldo, pues observo que las proteges mucho.

—Quien quisiere ser amigo mio, replicó el rey, no diga mal de las mujeres; pues son de naturaleza dóciles, plácidas, benignas,

cariñosas y de buena correspondencia, estando adornadas de tantas virtudes y buenas costumbres, que no conseguirás predisponerme en su contra; y si tal por segunda vez intentaras, mandaba castigarte severamente.

—No tocaré más las cuerdas de esa guitarra, respondió Bertoldo; y aunque espero darte otro chasco, confio no perder tu amistad.

—Dice un refran que no porfies con el hombre potente porque estarás léjos del agua corriente (4).

—Tambien dicen que quien calla es agua mansa, advirtió Bertoldo.

Así departian cuando llegó uno de la servidumbre manifestando que informada la reina del gran gusto que tenía Bertoldo en chasquear á las mujeres, deseaba verle, y suplicaba al rey le enviase á su cámara.

La soberana intentaba prepararle una buena paliza; y á pesar de ignorarlo el monarca, luego que oyó la súplica volvióse á Bertoldo y le dijo:

—Este mensajero dice que la reina desea verte; síguele sin dilacion, porque te estará aguardando.

—Los mensajeros tanto pueden tener de bueno como de malo.

—Al ruin siempre le remuerde la conciencia.

—La risa palaciega más tiene de falsa que de sinceridad.

—El inocente nada teme:

—La mujer airada, el pábilo encendido y la sarten agujereada, son tres perjuicios en una casa.

—El delincuente, replicó el rey, á menudo se acuerda del castigo.

—Muchas veces el cangrejo salta de la sarten por librarse de ella y cae en las ascuas, dijo Bertoldo (5).

—Quien siembra infamias recoge culpas.

—Tambien el sombrero esconde la caspa (6).

—Quien enredó la madeja que la desenrede.

—Mal puede desenredarse cuando no se encuentran los cabos.

—Quien siembra espinas no ande descalzo.

—Contra el estímulo es difícil la prudencia.

—No temas, que nadie te ultrajará.

—El que no ha pecado no espera penitencia.

—No obstante, recelas que la reina te dé una pesadumbre, dijo el monarca.

—Mujer iracunda, mar con espuma.

—Anda, que estará ansiosa de verte; y no dudes que serás bien recibido.

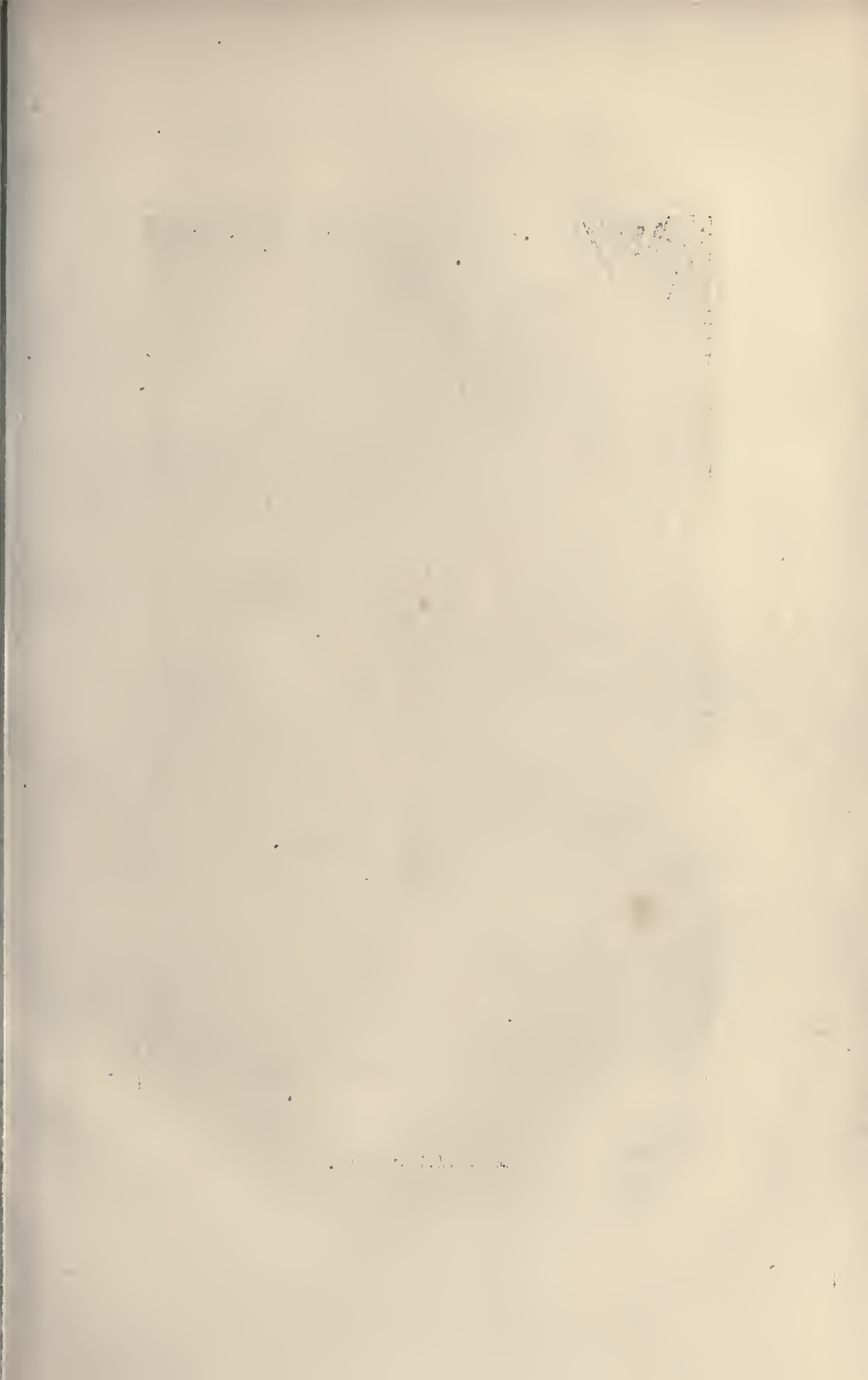
Y mal de su grado, Bertoldo vióse obligado á seguir al mensajero, quien lo presentó á la reina, que noticiosa, como se ha dicho, de la burla hecha el dia anterior á las mujeres, mandó aprontar algunos garrotes, ordenando á las criadas que le encerrasen en un cuarto y le sacudiesen el polvo á discrecion, las cuales viéndole tan monstruoso se ensañaron más contra él. Pero léjos de desconcertarse el astuto rústico, no faltando quien le avisara que una de ellas llevaba una jarra de agua para arrojársela por detras cuando lo viese distraido, ideó un nuevo artificio para librarse del chaparron, sin darse por entendido.

—Díme, preguntóle la reina: ¿quién te ha enseñado tantas astucias?

—Yo, que conozco cuanto hay y puede haber, respondió Bertoldo: si acaso alguna mujer ha cometido algun delito, si está enamorada, si no es casta ó tiene alguna otra flaqueza, inmediatamente daré noticia detallada de todo, así como si alguna quisiera mojarme á traicion, no me detendré en decir lo que de ella me consta, pues no puedo contenerme en semejantes ocasiones.

La que llevaba el agua volvióse con todo disimulo por donde viniera para que no le viese Bertoldo, por temor de que le descubriese algun pecadillo oculto, y ninguna de las demas atrevióse á continuar el chasco por tener la que ménos su trapito metido en lejía. Pero como la reina estaba colérica y ansiosa de venganza, ordenó que cada una fuése á buscar un palo y le sacudiesen á toda satisfaccion.

Al oir el mandato arremetieron contra él con grande furor y rabia como quien deseaba complacer á su señora.





Bertoldo delante de la Reina.

Puesto el pobre Bertoldo en tan gran peligro, recurrió de nuevo á sus acostumbradas astucias, y las dijo:

—Cualquiera de vosotras que haya sido la que ha dispuesto envenenar al rey en la comida, estoy contento que tome el palo y me muela los huesos.

Empezaron á mirarse unas á otras diciendo:

—Yo no he pensado en tal cosa.

—Ni yo tampoco, respondia la otra.

—Ni yo.

—Ni yo.

Y á este tenor fuéron respondiendo hasta la misma reina, por cuya razon, volviendo á dejar los palos en su sitio, quedó Bertoldo ileso de la cruel batalla á que se aprestaban aquellas furias.

Mas la reina, que no se habia apaciguado, determinó que se le diese la paliza, y envió un recado á los guardias para que al salir de palacio descargasen sin consideracion sobre él con los palos que tenian prevenidos.

Salió Bertoldo acompañado de cuatro de la servidumbre para que le conociesen y trajeran noticias de lo ocurrido; pero así que vió que no le quedaba arbitrio para escaparse de tan rigurosa órden, consultó á su ingenio, y volviéndose á la reina, dirigióla con grande humildad la súplica siguiente:

—Señora, ya que conozco tan claramente que es tu voluntad el que sea apaleado por tus guardias, te ruego me concedas una pequeña gracia, reducida á que no me den ningun golpe á la cabeza, aunque me sacudan por todo el cuerpo.

No entendiendo la reina el ardid, mandó á los que le acompañaban previnieran á los guardias descargasen al cuerpo exceptuando la cabeza.

Siguieron á Bertoldo que se dirigia hácia el cuerpo de guardia, donde ya tenian los palos preparados para obsequiarle segun la órden. Bertoldo se adelantó largo trecho al acompañamiento, y observando los que iban detras formados á los guardias, empezaron á gri-

tarles que no tocasen á la cabeza y á lo demas apretasen conforme dispusiera la reina.

Notando los guardias que Bertoldo iba delante de los demas, imagináronse que era la cabeza de ellos y dejáronle pasar sin causarle daño alguno; mas cuando llegaron los criados fue tal el nublado de palos que cayó sobre los acompañantes, que apénas les quedó hueso sano.

Viéndose tan maltratados y molidos, se volvieron á la reina, que sabedora de lo acontecido se puso más colérica contra Bertoldo, jurando que se vengaria de él: sin embargo, se propuso disimular su enfado hasta la primera ocasion que se proporcionara, ínterin hacia curar á los que yendo por lana salieron trasquilados.

El dia siguiente llenóse la antecámara de grandes señores y caballeros de todas jerarquías, segun la costumbre de palacio; y no faltando Bertoldo, llamóle el rey diciendo:

—Y bien, cuéntame: ¿cómo te ha ido con la reina?

—¡Ay, señor, cuán corta es la diferencia entre la alpargata y el zapato! respondió Bertoldo.

—¿Estaba el mar muy alborotado? añadió el monarca.

—Quien sabe navegar cualquier golfo surca seguro.

—El cielo ¿amenazaba tempestad?

—Sí, pero descargó sobre otros.

—¿Te parece se habrá serenado?

—Lo dudo, porque lo dejé muy nublado.

Hallábase á la sazon presente un palaciego que siempre estaba en palacio sirviendo sólo de hazmereir ó bufon del rey; llamábase Fagoto, y era sumamente pequeño, muy gordo y de facciones desproporcionadas, teniendo la cabeza tan despoblada que parecia una calabaza. Llegóse al rey y le dijo:

—Señor, te pido la gracia especial de permitirme examinar á ese rústico montaraz, pues deseo enseñarle cómo debe portarse y hablar en palacio.

—Haz lo que quieras, respondió el monarca, pues me holgaré



Bertoldo hace burla del palaciego Fagoto.

mucho; pero procura no te suceda lo que á aquel que se llamaba Bienvenido, que fué á raer y volvió raido.

—No temas, señor, respondió Fagoto; nadie me impone, y él mucho ménos.

Y encarándose con gesto petulante á Bertoldo, dijo:

—¿Qué dices, pollo caido del nido?

—¿Con quién te imaginas estar hablando, grajo pelado?

—Ven acá y díme, repuso Fagoto: ¿cuántas leguas hay desde la luna á los baños de Arnedillo?

—Y ¿cuántas pones desde tu calva á la caballeriza? replicó Bertoldo.

—Díme: ¿por qué la gallina negra pone los huevos blancos?

—Y ¿por qué el látigo del rey que es blanco te pone las espaldas negras?

—¿Cuáles son más numerosos, los turcos ó los judíos?

—¿Dónde tienes más, en la camisa ó en la barba?

—¿El rústico y el borrico nacieron de la misma madre?

—¿El puerco y el cuervo comen en la misma artesa?

—¿Cuánto há que no comes nabos?

—Desde que no te echan bellota.

—¿Eres búfalo ú oveja?

—No metas en danza á tus parientes.

—¿Cuándo dejarás las astucias?

—Cuando no lamas los platos.

—Dice el refran que al villano no darle vara en mano.

—Tambien suele decirse que el puerco y la rana no se deben sacar del lodo.

—El cuervo nunca trae buenas nuevas.

—Tambien el milano revolotea al rededor de la carniza.

—Te advierto que soy hombre de bien y mejor educado que tú.

—Quien se loa se enloda (7).

—Todo hombre rústico es animal dañino.

—Y el adulador un bruto monstruoso.

—No existe villano sin malicia.

—Tampoco se encuentra gallo sin cresta, ni palaciego sin adulacion.

—Observo que tus zapatos abren la boca.

—Se rien de tí, bestia.

—¡Cuántos remiendos en las medias!

—Lo prefiero á tener la cara llena de costurones como la tuya.

Tenía efectivamente Fagoto muchas señales en el rostro, que con razon le valieran en varias ocasiones sus insolencias; por lo que, viendo que le tocaban en lo vivo, tragaba saliva, sin hallar palabras que responder, y se puso más colorado que un tomate, avergonzado y corrido entre tantos personajes, que soltaron la risa al ver sus gestos; de suerte que el pobre tomara á mejor partido escaparse, como lo queria ejecutar, á no detenerle los circunstantes.

Como hablara tanto Bertoldo tenía la boca llena de saliva; y no sabiendo dónde escupir por estar la sala tan alfombrada y las paredes colgadas de rica tapicería, volvióse al rey y le preguntó:

—¿A dónde me permites que escupa?

—En la plaza, respondió el monarca.

Volviéndose entónces Bertoldo á Fagoto, que como dijímos era calvo, desahogó lo que le embarazaba en medio de la cabeza.

Afrentado de esta suerte querellóse Fagoto al monarca, á cuyo tiempo Bertoldo decia en alta voz:

—El rey me ha dado permiso para escupir en la plaza, y no creo que se halle otra más á propósito que tu calavera. Díme: ¿no se llama la calva plaza de los piojos?

Los cortesanos dieron la razon á Bertoldo, y avergonzado y corrido Fagoto determinó ser prudente y sufrir lo pasado con paciencia, asegurando que hubiera preferido quedarse sin comer á exponerse á las pullas y sarcasmos de Bertoldo.

Gustosísimos quedaron los presentes de la derrota de Fagoto porque se tenía por uno de los mayores ingenios del mundo, y á todos contaba mil fábulas y desatinos, no atreviéndose desde entónces á levantar los ojos del suelo, abochornado de aquel ultraje hasta el extremo de que casi llegó á punto de ahorcarse.

Próxima á cerrar la noche y teniendo el rey que dar audiencia á unos caballeros, dijo á Bertoldo que volviese el dia siguiente, advirtiéndole que fuéra ni vestido ni desnudo.

En efecto, compareció Bertoldo al otro dia por la mañana envuelto en una red de pescar; mas como no llevase otra ropa, al verle el rey le dijo:

—¿Cómo te atreves á presentarte de un modo tan indecente?

—¿No me mandaste que viniese ni vestido ni desnudo?

—Cierto.

—Pues ya me tienes como mandaste, repuso Bertoldo; porque con esta red me cubro parte del cuerpo y la otra queda desnuda.

El monarca no pudo ménos de deponer el enfado que el modo tan indecoroso de presentarse le causara, y gustando de oirle por la gracia que sus agudezas le hacian, dirigióle la palabra como de costumbre tenía.

—Díme: ¿dónde has estado hasta ahora? le preguntó.

—Donde ya no estoy, respondió en tono sentencioso Bertoldo.

—Y ¿qué hace tu padre, tu madre, tu hermano y tu hermana?

—Mi padre ocasiona un daño, mi madre hace á una vecina suya lo que no la volverá á hacer, mi hermano á cuantos halla tantos mata, y mi hermana llora lo que ha reido durante el año.

—Descíframe esos enigmas que no entiendo.

—Mi padre está en el campo cercando una vereda con espinos, de modo que los que solian transitar por ella pasan ahora por los lados, y así como ántes sólo existia una senda, se han formado dos con la continuacion de tantos pasajeros. Mi madre cierra los ojos á una vecina que acaba de morirse, cosa que no volverá á hacer más. Mi hermano está matando al sol los insectos de la camisa. Y mi hermana se halla en el trance fatal de la maternidad.

—¿Cuál es el dia más largo?

—El que no se come.

—Y ¿el hombre más loco?

—El que se jacta de discreto.

—¿Por qué asoman las canas más presto en la cabeza que en la barba?

—Porque el cabello nace primero.

—¿Cuál es el hijo que pela la barba á su madre?

—El uso.

—Y ¿la yerba que hasta el ciego conoce?

—La ortiga.

—¿Cuál es la hembra que siempre está en el agua y nunca se lava los piés?

—La barca.

—¿Quién se aprisiona por su gusto?

—El gusano de seda (8).

—Y ¿la cosa más atrevida y desvergonzada?

—El viento, que penetra debajo de los vestidos de las mujeres.

—¿Qué es lo que nadie quiere en casa?

—La culpa.

—¿Cuántos años tienes?

—Quien cuenta los años cuenta la muerte.

—Y ¿cuál es la cosa más clara que existe?

—El dia.

—¿Más que la leche (9)?

—Más que la leche y la nieve.

—Si no me lo pruebas evidentemente te he de castigar, concluyó el rey.

—¡Oh qué infelicidad es la córte! exclamó Bertoldo.

Y despues de pedir la venia para retirarse, fuése á buscar un cubo de leche, y sin que nadie lo viera lo llevó al cuarto del rey, cerrando todas las puertas y ventanas por donde pudiese penetrar la luz. Entró el monarca en su aposento y tropezó con el cubo, derramóse la leche, faltando poco para que cayese y se hiciera gran daño en su persona. Acudieron al ruido y voces que daba para que abriesen las ventanas, y viendo el cuarto inundado de leche y el cubo donde tropezara, preguntó con grande enfado:

—¿Hay álguien que sepa quién ha sido el desvergonzado que

puso aquí ese cubo de leche cerrando las ventanas para que yo tropezase?

—Yo, exclamó Bertoldo, para que te desengañes completamente de tus porfías, probándote que el dia es más claro que la leche; pues si fuera lo contrario, no tropezaras con el cubo.

—Eres un villano astuto y á todo hallas salida. Pero ¿quién es ese que aquí viene? añadió interrumpiéndose de pronto. Parece de la servidumbre de la reina, y trae un pliego en la mano. Sepárate, que seguramente tendrá que hablarme en secreto.

—Ya me voy, dijo Bertoldo; mas temo que sea alguna mala embajada para mí.

Y retiróse á respetuosa distancia.

Llegó el mensajero, y prévio el debido acatamiento presentó al rey una carta, cuyo contenido era el siguiente:

SEÑORA:

Acudimos á V. M. para que interceda con el rey, exponiendo las justas razones de todas las damas de la córte. Suplicamos encarecidamente que se nos conceda intervenir en los consejos, oir querellas, sentenciar y tener mando en el gobierno como los hombres. Para lo cual alegamos los varios ejemplos de infinitas mujeres que gobernaron imperios y reinos con tanta prudencia, y aun más que algunos reyes y emperadores, habiendo tambien salido con sus tropas en defensa de sus estados, con tanto denuedo y bizarría como los más esforzados soldados: por cuya razon debe nuestro soberano atender la súplica, pues es intolerable que solos los hombres tengan el dominio en todo y nosotras en nada: prometiendo ser tan reservadas en los asuntos de importancia, que excedamos á los hombres. Confiamos que V. M. como mujer recomendará con toda eficacia esta instancia.

Leyó el rey la exposicion, y no sabiendo qué resolver en tan desatinada pretension, enteró de su contenido á Bertoldo, á quien dióle tal tentacion de risa, que soltó la carcajada hasta el punto de que el monarca muy enfadado le dijera:

—¿Por qué te ries, majadero?

—Por la súplica tan disparatada de esas damas, respondió Bertoldo.

—A ellas las toca pedir, y á mí servirlas, dijo el rey.

—Desgraciado el perro que se deja agarrar de la cola.

—Habla de manera que te entienda.

—Desdichadas de las casas en que cantan las gallinas y calla el gallo.

—Tú eres como el sol de marzo que daña y no calienta.

—Al buen entendedor pocas palabras bastan.

—Explícate y saldré de dudas.

—El que quiera tener la casa limpia, no crie pollos ni palomas.

—Vamos, acaba: ¿qué dices?

—Quien lo entiende, quien no lo entiende, y otros que no lo quieren saber.

—Al que cuece la comida con paja, le sale el caldo ahumado.

—En conclusion: ¿qué deseas?

—Que en esta ocasion me ilumines con un prudente consejo, dijo el monarca.

—Mala señal cuando la hormiga pide pan á la chicharra, observó Bertoldo.

—Convencido de que para todo hallas recursos por estar sobrado de inventivas y astucias, quiero confiarte la resolucion de este asunto.

—Como te fies de mí, no dudes que presto te sacaré de toda dificultad, consiguiendo que no vuelvan á molestarte sobre esa ridícula pretension.

—Pues ingéniate como puedas y despáchalas cuanto ántes.

Encaminóse Bertoldo á la plaza para comprar un pajarillo y lo metió dentro de una cajita que llevó al rey, diciéndole la enviase cerrada á la reina para que la remitiese de su parte á las pretendientes, con la condicion de que ninguna la abriese bajo las penas más severas, y que á la mañana siguiente la trajesen á palacio en

la misma forma que se las entregaba, en cuyo caso el soberano les concederia la gracia que deseaban.

Tomó el mensajero la caja, que entregó á la reina, y esta á las damas que estaban en su cámara esperando el resultado de la demanda, y mostrándosela, las dijo de parte del rey que si no abrian aquella caja trayéndola al dia siguiente como se les entregaba, segun era la voluntad soberana, las prometia despachar su instancia satisfactoriamente.

Despidiéronse de la reina muy gozosas y alborozadas por tan halagüeñas palabras; mas luego que se viéron léjos de su presencia, les entró tal afan de saber lo que la caja encerraba, que empezaron á decirse unas á otras:

—¿Quereis que veamos lo que hay dentro?

—No hagamos semejante cosa, advirtió una, porque tenemos ofrecido no abrirla, y puede suceder muy bien que haya dentro alguna cosa de importancia para el rey.

—¿Qué puede haber? replicaban las más curiosas.

—No, no, añadian otras, que no sabrémos cerrarla como ahora está.

—Sí, sí, dijo una más resuelta; abrámosla y haya dentro lo que hubiere.

Y despues de acalorados debates, resolviéronse á abrirla; mas apénas levantaron la tapa, voló el pajarillo con tanta velocidad, que quedaron suspensas, confusas y apesadumbradas por no serlas posible enterarse de las señales que tenía ni á qué familia pertenecia, si era jilguero, pardillo ó ruiseñor, pues viendo qué especie de ave era, lo pudieran remediar poniendo otra parecida y con las mismas señales, y llevando al dia siguiente la cajita en la forma que se les habia entregado.

Enterada la reina del caso se entristeció de tal modo que ni acertaba á hablar ni sabía qué hacerse; pero al fin se animó y presentóse al rey con la comitiva de las damas, quienes entraron tímidas y aturdidas, con la cabeza baja y confusas.

Saludó la reina á su esposo, quien la correspondió con la mayor

cortesía y deferencia, y haciéndola sentar á su lado, la preguntó qué novedad la traia á su presencia con tan crecido número de damas, que ascendian á más de trescientas.

—Vengo con estas nobles matronas, dijo la reina, con objeto de obtener la respuesta á la súplica elevada á V. M. para entrar en los mismos oficios, empleos y cargos que ejercen los hombres; pero la casualidad ha ocasionado que una más curiosa tuviese impulsos de ver lo que encerraba la caja que mandaste les entregara con órden expresa de que por ningun motivo la abriesen, teniendo que devolverla como la recibian, y abrióla no creyendo estuviese dentro el pajarillo que voló sin poderlo remediar; por lo que todas las demas están tan apesadumbradas que ni se atreven á mirarte de vergüenza por haber quebrantado tus reales órdenes, lo cual, yo que sé lo benigno y clemente que siempre has sido, te ruego las perdones, pues no fue con intencion de desobedecerte sino por mera fragilidad de su naturaleza.

Dicho esto volvióse el rey á las damas con airado rostro, y las dijo con enojado acento:

—¡Ah mujeres locas! ¡qué poco juicio os comunicó vuestra flaca naturaleza! ¿Teneis audacia para pretender los cargos públicos de mi córte? Decidme: ¿cómo pudierais guardar un secreto que importara á mis estados, defender, castigar y disponer de la vida de los ciudadanos, no siendo capaces por una sola hora de tener cerrada una caja encargándoos tanto que no la abrierais? Volved á vuestras casas y ejerced lo que á vuestra condicion atañe: cuidad de las familias y quehaceres domésticos, que ese es vuestro empleo propio, y dejad el gobierno á los hombres, pues si recayera en vuestras manos, todo caminaria sin piés ni cabeza, no habiendo cosa por oculta que fuese que no se divulgase. Levantáos é idos, repito, y os aconsejo que no se os ocurra jamas semejante desatino.

Y despidió á la reina casi en los mismos términos, haciéndola acompañar á su cuarto de varios caballeros.

Fuéronse las mujeres tan sumamente desconsoladas y afligidas

que nunca más volvieron á pensar en salirse de su esfera, quedando bien escarmentadas con lo que las dijera el monarca.

Observando entónces el rey el aire de complacencia del astuto y sutilísimo Bertoldo, le dijo:

—Tu ingeniosísima invencion nos ha salido á las mil maravillas.

—Bien va la cabra coja como el lobo no la coja.

—¿Por qué dices eso?

—Porque mujer y fuego hallan lugar luego.

—Quien se sienta en la ortiga alguna vez le pica la hormiga.

—Quien al cielo escupe en el rostro le cae.

—¿Lo dices por mí?

—Te diré, replicó Bertoldo, he sido tu coadyutor en cuestion tan importante como esta, y en premio me das á entender que alguna vez tengo de caer en la trampa, pagándolas todas juntas.

—No soy tan ingrato que desconozca tus méritos.

—Conocerlos es poco; pero si los aprecias debidamente es mucho.

—No dudes que luego te remuneraré de todo, si bien con la condicion de que siempre has de tener los piés juntos.

—Los ahorcados tambien los tienen.

—Todo lo interpretas al reves.

—Piensa mal y acertarás.

—Pero tú piensas mal y haces peor.

—¿Qué daño hago en tu córte?

—Carecer de cortesía, urbanidad y buena crianza.

—Y ¿qué te importa que esté mal criado y peor acostumbrado?

—Mucho, puesto que permaneces sin el decoro ni acatamiento debido.

—Mostrad cómo.

—Nunca te quitas el sombrero ni humillas la frente.

—El hombre no debe humillarse á otro.

—Segun la jerarquía debe usarse de atencion y respeto.

—Hazte cargo que todos somos barro; tú eres barro, yo soy barro, y todos nos hemos de volver barro; y el barro no debe ni puede humillarse al barro.

—Dices bien que todos somos barro, replicó el rey; pero hay diferentes barros, pues de uno se fabrican varias cosas de porcelana riquísima, y sin embargo sucede que en unas se ponen y guardan licores exquisitos y odoríferos, y otras se emplean para cosas viles é indecentes. Yo soy una de aquellas en las cuales se encierra todo género de bálsamos, aromas, claveles, rosas, inciensos y otras preciosidades, y tú eres una de las que encierran toda especie de inmundicias; no obstante que uno y otro estamos formados del mismo barro y amasados por la misma mano.

—No te lo niego; pero tan frágil es el uno como el otro, y cuando los dos se rompen, igualmente se arrojan los pedazos á la calle, y ni del uno ni del otro se hace caso ni aprecio (10).

—Tienes razon, replicó el rey, pero sea como fuere, has de hacerme una reverencia.

—No lo creo.

—¿Cómo que no?

—He comido asadores y al tiempo de bajarme se me romperian las tripas.

—¡Ah villano! Aunque revientes me harás una cortesía si te me presentas otra vez.

—Todo puede ser, aunque se me hace muy cuesta arriba creerlo.

—Mañana lo verémos; por esta noche puedes irte á casa.

Despidióse Bertoldo, y aquella noche dispuso el rey bajasen la puerta de su despacho, de tal suerte que cualquiera que entrase fuera menester inclinara la cabeza, cumpliéndose así el deseo de que Bertoldo le hiciese reverencia y de salirse con su tema.

Volvió la mañana siguiente el astuto Bertoldo, y al reparar en la puerta conoció el ardid del rey para obligarle á humillar la frente al tiempo de entrar; pero el gran socarron, en lugar de entrar de frente, se volvió y le acató con las espaldas.

Aplaudió el rey la gracia, recibiendo gran gusto de ver la salida que halló con semejante agudeza; sin embargo, fingióse algo enojado y le dijo:

—Idiota, rústico y descortes, ¿quién te ha enseñado á entrar en mi despacho de esa manera?

—¿Quién? respondió Bertoldo. El cangrejo.

—¿Cómo te lo ha enseñado el cangrejo?

—Has de saber, señor, replicó Bertoldo, que mi padre tenia diez hijos y era sumamente pobre. Por lo regular hasta el pan nos faltaba la noche, y en vez de darnos de cenar solia referirnos varias fábulas y cuentecillos para que nos quedásemos dormidos. Sucedia lo mismo que deseaba, pues entre el hambre y el sueño, cuando la primera no se satisfacia se daba entrada al segundo, logrando así lo que se proponia hasta el dia siguiente que la Providencia ocurria á nuestra escasez. Entre las varias cosas que le oí contar, se me quedó en la memoria la que voy á referir, la cual si escuchas con silencio y paciencia será muy de tu gusto, pues viene como de molde.

—Te permito que la refieras, porque tendrá originalidad.

—Mi padre decia, continuó Bertoldo, que cuando hablaban los animales, y las lechuzas tejian manteles, el cangrejo y la langosta eran amigos íntimos, y dispusieron ir á correr mundo y ver cómo se vivia en las demas tierras. El cangrejo caminaba entónces adelante como todos los animales, sucediendo lo mismo á la langosta, que no andaba de medio lado como ahora. En fin, habiendo salido de casa de sus padres, anduvieron largo tiempo por el mundo; llegaron al país de los saltones, despues pasaron al de las luciérnagas, el cual lindaba con el de las mariposas, de suerte que corrieron todas aquellas tierras y observaron varias costumbres entre dichos animales; internáronse hasta la patria de los erizos, empeñados á la sazon en cruenta guerra contra los murciélagos, cuyos términos eran confinantes, por sospecha de traicion y otras causas que alegaban. Llegaron, pues, los dos compañeros al primer lugar y fueron descubiertos por una patrulla, y sospechando fuesen espías, los prendieron y condujeron atados de piés y manos á su capitan, que los examinó respecto al fin de su viaje; y no encontrando en ellos más malicia ni interes que el deseo de ver mundo, se

tranquilizó. Manifestaron que la casualidad les habia llevado á aquella tierra, y como eran forasteros no estaban enterados de lo que allí sucedia; que sólo deseaban se les pusiese en libertad para regresar á su patria, y si no lo pudiesen lograr por razones de estado, suplicaban se les concediese plaza de soldados en el ejército con el sueldo correspondiente, y de este modo servirian con fidelidad en aquella guerra. Luego que el capitan oyó tal proposicion los mandó desatar pareciéndole que eran esforzadísimos por la gran cantidad de patas y brazos que tenian, disponiendo que los pusieran en lista con los demas.

Sucedió, pues, que habiendo mandado al cangrejo fuése de espía al campo enemigo, como el pobre era nuevo en aquella tierra y caminaba con tanto silencio, escondiendo la cabeza debajo de su cola, se presumió no sería conocido con tanta facilidad. Dirigíase, pues, animosamente al campo del enemigo, donde encontró los centinelas dormidos, y penetró hasta la real tienda de la comadreja, imaginando que tambien durmiese la guardia; pero el infeliz tuvo mala fortuna, porque estaban todos despiertos divirtiéndose al juego de par y pinta: así fue que al tiempo de asomarse el cuitado para ver lo que pasaba, le atisbó uno de los soldados, el cual levantóse con cautela á fin de que el cangrejo no lo notase, y tomando un palo, arrojóselo con tal acierto, que dándole en la cabeza le dejó como muerto por la violencia del golpe; y á no tener las armas que le concedió la naturaleza, le hubiera echado los sesos al aire: y eso que ignoraba fuese espía, ántes bien creia hubiese llegado allí por casualidad; y viendo tan rara figura, ¿quién sospechara cosa semejante? Creyéndole muerto, le agarró por las astas, tiróle á una laguna inmediata, y sentóse otra vez á jugar con la mayor tranquilidad.

Luego que volvió en sí el desgraciado cangrejo, no pudiendo apénas levantar la cabeza, juró y protestó no entrar en parte alguna con la cabeza adelante, procurando siempre caminar al contrario, pues si le sucedia otro lance análogo preferia que le diesen en el espinazo.

Regresó al campo y refirió circunstanciadamente lo acaecido, noticiando como las centinelas dormian, pero que en la real tienda de la comadreja se velaba. Oyendo esto el capitan hizo armar con gran sigilo y presteza el tercio de las ardillas y determinó asaltar con ellas al enemigo. Así fue, pues hallándolos todos juntos en la tienda real, á ninguno dió cuartel, pasándolos á cuchillo en venganza del infeliz apaleado cangrejo, el cual despues de lo ocurrido dijo á la langosta:

—Vámonos de este país, que no quiero verme en otro percance por el estilo, porque juzgo que la guerra no nos conviene.

—Dices bien. Pero ¿cómo nos escaparémos, respondió la langosta, pues es muy posible que nos vean ó descubran por las pisadas?

—Tú caminarás de lado, replicó el cangrejo, y yo hácia atras, y así salvarémos la dificultad.

Parecióle bien la determinacion á la langosta, y poniéndose luego de puntillas empezó á caminar de lado con tanta ligereza, que apénas la podia alcanzar el cangrejo; y de esta suerte escaparon del campo por un paraje escabroso y poco frecuentado.

Llegaron finalmente á sus casas bien mortificados por los grandes peligros en que se hallaron, y á la hora de su muerte dispusieron en su testamento que sus descendientes caminasen en lo venidero del mismo modo que lo hicieron en aquel apurado trance, y que este mandato se observase rigurosamente. Por esto sin duda desde entónces, en cumplimiento de lo ordenado por el cangrejo, caminan sus descendientes como aquel dispuso. Y yo, teniendo presente el caso al tiempo de entrar, he creido conveniente imitarlo, pues si álguien me descargaba algun golpe, era mejor que lo padeciesen las espaldas que la cabeza. Ahora quisiera saber qué te parece, y qué me respondes, aunque discurro que habrá sido de tu agrado la fabulilla.

—Cierto que sí, pues me has divertido, dijo el rey. Ahora vete á tu casa; pero has de volver mañana de conformidad que te vea y no te vea, trayéndome una huerta, un establo y un molino.

—Prometo traerte todo eso y más que me pidas.

—Más vale lo que tú ofreces que lo que otros dan.

—Con la circunstancia de que yo doy cuanto ofrezco, dijo Bertoldo, diferenciándome de tí y otros grandes señores, que si bien en ocasiones el orgullo y no la magnanimidad os impulsa á hacer buenas obras, otras sois olvidadizos hasta la ingratitud, y pagais con ella á los que mejores servicios os prestan (11).

—Me estás ofendiendo y puedo mandarte ahorcar, advirtió el rey.

—Otro tanto hiciste con varios que te adularon; y lo que es peor, igualmente te portaste con otros que te defendieron: con que no me cogeria de nuevo cualquier atrocidad que hicieras conmigo.

—Ea, basta de conversacion: no olvides lo que te he encargado, y ten presente que si no lo cumples te espera una buena.

—Corriente, dijo Bertoldo: me voy para cumplir tu capricho, por lo que te divierte y me divierto. A Dios.

ALEGORÍA II.

LA SOBERBIA DE LOS GRANDES Y LA VANIDAD DE LAS MUJERES PUEDEN Á MENUDO SER HUMILLADAS POR UN RÚSTICO.

Al dia siguiente el astuto Bertoldo suplicó á su madre le hiciese una torta de acelgas, manteca y queso, con abundante harina por defuera. Tomó despues un harnero, tapóse con él el rostro, y con la torta en la mano volvió á la presencia del rey, quien viéndole aparecer de manera tan extraña, soltó la risa y hablóle de esta suerte:

—¿Qué significa ese harnero con que te encubres el rostro?

—¿No me mandaste que viniese de modo que me vieses y no me vieses?

—Cierto.

—Pues ya me ves y no me ves por los agujeros del harnero.

—Observo que sales bien de todo con tus sutilezas. Pero díme: ¿dónde está la huerta, el establo y el molino que mandé me trajeses?

—En esta torta, respondió Bertoldo, se hallan representadas las tres cosas: las acelgas significan la huerta, la manteca y queso el establo, y la harina el molino.

—Es cierto que no he visto ni tratado entendimiento más perspicaz que el tuyo, dijo el rey maravillado de tanto ingenio: desde hoy en adelante pídeme cuanto quisieres, y te doy permiso para que te sirvas de mi córte en todas tus necesidades.

Con semejante ofrecimiento Bertoldo se desvió, y retirándose á un patio bajóse las bragas y fingió evacuar alguna necesidad, lo cual visto casualmente por el rey desde una ventana, le dijo:

—Bestia, ¿qué intentas hacer?

—¿No dices que me sirva de tu córte en todas mis necesidades?

—Cierto; pero no lo decia por tanto, ni imaginara tal atrevimiento.

—Pues justo es que me sirva del ofrecimiento, replicó Bertoldo, y descargue el grave peso que no puedo resistir.

Y observándolo un guardia, alzó un palo para sacudirle, diciendo:

—¡Bruto, insolente! Vete á la cuadra con los más racionales que tú, y otro dia no te atrevas á tamaña desvergüenza en palacio, y casi delante del rey, si no quieres que te rompa las costillas.

Encaróse entónces Bertoldo con él y con grande énfasis le respondió:

—Hermano, márchate poco á poco, y no seas tan pronto ni tan celoso: advierte que tambien las moscas que revolotean por las cabezas de los tiñosos se ponen sobre la real mesa y se ensucian en el plato del rey, que no obstante come la sopa sin escrúpulo alguno.

Por consiguiente, ¿cómo notas que yo haga en el suelo cosa tan indispensable y necesaria? Si el rey me concede en las necesidades servirme de su córte, ¿qué más necesidad puede ocurrírseme que la presente (1)?

Por esta accion entendió el rey el simbolismo de Bertoldo, y sacándose del dedo una sortija le dijo:

—Toma esta sortija por recompensa: y tú, tesorero, tráeme mil escudos, que deseo hacer un regalo á Bertoldo.

—No quiero que me interrumpas el sueño.

—¿Por qué? preguntó el rey.

—Porque teniendo esa sortija y tanto dinero, respondió Bertoldo, no descansaria, devanándome continuamente los sesos sin hallar sosiego temiendo que me robaran (2). Además que siempre he oido decir que quien de otro toma, á sí mismo se echa la maroma. La naturaleza me hizo libre y libre quiero vivir.

—Pues ¿con qué te podré gratificar?

—Demasiado paga quien conoce el beneficio (3).

—No basta apreciarlo, sino que para manifestar el reconocimiento es preciso recompensarlo.

—La buena intencion es suficiente paga para el hombre de bien, advirtió Bertoldo.

—El superior no debe ceder al súbdito en generosidad, dijo el rey.

—Tampoco debe el súbdito, replicó Bertoldo, aceptar nada que valga más de lo que él se merece.

Y en esto estaban de su conversacion, cuando llegó un gentilhombre de parte de la reina con una carta en la cual suplicaba al rey le enviase á Bertoldo, pues deseaba desvanecer su tristeza con sus gracias; pero todo era ficcion, valiéndose de semejante pretexto para tener proporcion de quitarle la vida, sabedora de que por su causa habian las damas recibido del rey tan grande afrenta y disgusto; por cuyo motivo estaban tan enfurecidas en contra suya, que á poderle coger entre sus uñas le desollaran vivo. Leida la carta y dando crédito á su contenido, el rey dijo á Bertoldo:

—Nuevamente me suplica la reina que te permita ir á su cámara, porque como se halla algo indispuesta desearia que la divirtieras con tus gracias.

—Tambien las zorras fingen á veces estar enfermas para poder agarrar mejor los pollos, respondió Bertoldo.

—¿Qué intentas decir con esto?

—La experiencia me sirve de libro (4).

—Enfado de dama presto se pasa.

—Las ascuas cubiertas mantienen largo tiempo la ceniza caliente.

—¿No sabes el objeto por que te llama?

—Buenas palabras y malos hechos engañan á locos y cuerdos.

—Al que se ha de ir, aviarle, que agua pasada no muele molino.

—El que una vez se quemó con las sopas, las sopla aunque estén frias; ó lo que es igual, el gato escaldado del agua fria huye.

—Vaya, que de corsario á corsario no hay mas pérdida que los toneles vacíos.

—El borracho piensa una cosa y el tabernero otra.

—Mas por satisfacer un gusto nada se pierde.

—Gusto que causa daño Dios le dé mal año.

—Estando en mi córte nada temas.

—Más vale pájaro de campo que de jaula.

—Vé al instante y no te hagas desear, porque cosa rogada suele ser poco agradecida.

—Quien empuja la nave á la mar, está más expuesto al peligro.

—Acaba, vé y no temas.

—Cuando va el buey al matadero, suda por delante y tiembla por detras.

—Revístete con el ánimo del leon y entra resueltamente.

—No puede tener ánimo de leon quien tiene corazon de oveja.

—Anda, que ya se le desvaneció el enfado á la reina, pues la burla pasada se ha convertido en risa.

—Risa de señor, serenidad de invierno, sombrero de loco y trote de mula vieja duran ménos que los valientes y el buen víno.

—No hagas que te esperen, pues toda tardanza es enfadosa.

—En fin, voy porque me lo mandas, salga lo que saliere, ó vaya como quisiere; de cualquier modo es menester entrar, sea por la puerta ó la cerradura. Lo que me preocupa algun tanto no es la entrada, sino la salida; pero allá verémos, pues aunque hay un refran que dice á la fuerza no hay resistencia, otros autores han probado que más vale maña que fuerza.

ALEGORÍA III.

DAR AUDIENCIA Á LOS SÚBDITOS ES VIRTUD Y OBLIGACION DE PRÍNCIPES MAGNÁNIMOS Y JUSTOS, ASÍ COMO ES PRUDENCIA EN EL CORTESANO OBEDECER Á SU SOBERANO (1).

Luego que Bertoldo se encaminó á la cámara de la reina, oyó por casualidad que se habia dado órden para que inmediatamente le viesen entrar le soltaran todos los perros, á fin de que quedase por ellos bien castigado. ¡Es á cuanto puede llegar la crueldad!

Pero pronto concibió Bertoldo el medio de salvarse de los perros, acordándose de que al pasar por el mercado habia visto una liebre viva, la cual fué á comprar y llevósela oculta debajo del tabardo. Subió á palacio para cumplir con la órden, y al llegar cerca de la antecámara de la reina soltaron los perros disparándose desesperados á acometerle, y de seguro le hicieran mil pedazos á dentelladas, si viéndose en tan gran peligro no soltara in-

mediatamente la liebre, la que apénas distinguieron los perros, salieron tras ella con tanta precipitacion que dejaron á Bertoldo, llevándoles más la aficion á la caza, quedando así el ingenioso rústico ileso de las crueles mordeduras que le esperaban.

Al mismo tiempo que se celebraba la fiesta de la liebre con los perros, presentóse á la reina, quien quedó al verle admirada, pues estaba persuadida de que aquellos le habian hecho pedazos, diciéndole con gran cólera y enojo:

—¿Tú aquí, embustero, asesino?

—¡Ojalá no estuviera!

—¿Cómo te has escapado de los dientes de mis fieros alanos y crueles dogos? preguntó la reina no acertando á salir de su asombro.

—La Providencia me ha librado, respondió Bertoldo.

—Calla, que no se rie siempre la mujer del ladron.

—Quien va al molino preciso es que se empolvorice.

—Quien lleva al primero no va vacío.

—Al que le toca es el que lleva.

—Pues á tí te toca esta vez.

—El confiado sale engañado.

—Prometer y no dar es gran locura (2).

—El que falte pague la res.

—El que no lo juega lo malgasta.

—El favorecido por la suerte goza fama de prudente.

—Ir bestia y volver bestia es la misma cosa.

—No entremos, dijo la zorra al lobo.

—Sin embargo, he conseguido que entraras á pesar de tu malicia y tus ínfulas de astuto.

—¡Paciencia! dijo el lobo al borrico. Tales andan las bodas que no me llaman á la mesa.

—Su tiempo llegará á quien lo espera, añadió la reina.

—¡Ventura me dé Dios, que el saber poco me basta! replicó Bertoldo.

—Tras el trueno viene la tempestad.

—Es cierto, porque el pescado grande se come al chico.

—No todos los gallos conocen las habas.

—Pero si la serpiente guarda el veneno en la cola, la mujer airada lo tiene esparcido por todo el cuerpo.

—Yo te aseguro que esta vez no escaparás, aunque intentes las más sutiles mañas, dijo la reina herida en su dignidad. A fe mia que ahora no volverás á alabarte de tus burlas: veamos si tus estratagemas con las mujeres te valen siempre.

—Al que no le toca una, le pilla otra, replicó Bertoldo sin desconcertarse; el que camina más presto engaña al compañero. Sólo te pido que ya que estás empeñada en castigarme, sea cuanto ántes, para salir del susto de una vez, y venga lo que Dios quisiere.

Al oirle producirse en tales términos la reina muy enfadada lo hizo prender y atar fuertemente de piés y manos, mandando le llevasen á un cuarto cerca del suyo, porque de nadie se fiaba, temiendo se escapase como otras veces, valiéndose de sus sutiles astucias. Para mayor seguridad le hizo meter dentro de un saco que ataron para que no pudiese sacar la cabeza, y púsole un alguacil de centinela para que tuviese cuidado hasta la mañana siguiente que intentaba mandarle arrojar al rio, impidiéndole de esta suerte volviera á dar más chascos y usase de sus mañas.

Quedó, pues, nuestro Bertoldo atado de piés y manos en el saco, y nunca consintió en su fin ni tuvo más miedo á la muerte que en esta ocasion; pero hasta en medio de tanta zozobra ideó una nueva astucia para librarse, la cual le salió á medida de sus deseos.

En tan apurado trance fingió hablar consigo mismo, y empezó á suspirar y á quejarse diciendo:

—¡Oh pícara fortuna, y cómo te alegras y gozas de mortificar tanto á los pobres como á los ricos! ¡Oh maldita hacienda, en qué estado me has puesto! Mejor hubiera sido para mí, y más felicidad disfrutaria, si mi padre me dejara pobre mendigo, pues no me hallaria en tan infeliz conflicto. ¡Ahora me desengaño de que para nada ha servido disfrazarme, ni vestirme con este grueso sayal, dando á entender que era un pobre desdichado, no bastando mi humildad ni abandonar mis bienes para que no me hayan descubierto y co-

nocido por hombre rico! De hecho no se han engañado: ¡pluguiese á Dios no lo fuese! ¡Sólo la avaricia de gozar mi hacienda les hace querer emparentar conmigo! Bien puedo padecer trabajos; pero nunca consentiré ni admitiré la proposicion de casarme con ella; pues siendo yo, aunque con riquezas, contrahecho y feo, estoy casi seguro que la novia tendria tentaciones de serme infiel; por consiguiente, si la reina insiste en que me case con ella, me imagino perdido, y sin saber en semejante lance qué hacer, ni cómo escapar de tal violencia.

Movido de la curiosidad de saber la razon de tal discurso, y tal vez apiadado tàmbien, aproximóse el ministro al lugar de donde salian las lamentaciones, y preguntó:

—¿Qué discurso estás haciendo? Díme, infeliz: ¿por qué te han metido en ese saco?

—¡Ah hermano! respondió Bertoldo con lastimera voz. Déjame, que nada te importan mis cuitas. Únicamente te suplico no me toques ni preguntes: déjame quejar de mi desgracia y cumple con tu oficio.

—Advierte que, aunque alguacil, soy humano y compasivo, y me mueven á lástima las calamidades del prójimo; y si no pudiese ayudarte en el trabajo que padeces, porque mis fuerzas no lo alcanzan, á lo ménos te proporcionaré algun consuelo que te sirva de alivio.

—Poco consuelo puedes darme, porque el término es breve para lo que conmigo intentan.

—Pues qué, ¿te quieren dar doscientos palos?

—Peor.

—¿Tormento?

—Mucho peor.

—¿Echarte á galeras?

—Tres veces peor.

—¿Ahorcarte y descuartizarte?

—Todavía peor.

—¿Achicharrarte?

—Mil veces peor.

—Pues ¿qué pueden hacerte que sea peor?

—Me quieren casar (3).

—Y ¿lo encuentras peor que lo dicho? interrogó el alguacil sorprendido por tan inesperada salida. Me imaginaba que eras hombre de entendimiento, pero ahora me persuado de que eres un bestia. Juzgué habias cometido un extraordinario delito, y sales con esa rara extravagancia digna más de risa que de lástima.

—Amigo, replicó Bertoldo, no quiero suponer que el casarse sea peor que lo dicho: lo malo consiste en el modo con que intentan llevarlo á cabo; y para mi genio te aseguro me ha de ser más trabajoso que lo dicho.

—Veamos cuál es su intento. Explícate más claro para que pueda entenderte.

—Ninguno, dijo Bertoldo con gazmoñería; y quisiera no me oyese nadie, porque sé que acabarian conmigo.

—Nadie hay más que yo, advirtió el alguacil; por lo que puedes hablar con toda seguridad.

—Te suplico que no me seas traidor, dijo el astuto rústico.

—No presumas de mí tal cosa, se apresuró á responder el alguacil; y puedes hablar con toda confianza, que te guardaré secreto y te seré fiel.

—En fin, me fio de tí, pues conozco que eres hombre de bien, y espero que no faltarás á tu palabra.

—Ea, pues, empieza á contarme el caso, que te escucharé atentamente.

—Has de saber, dijo Bertoldo fingiendo la mayor candidez, que me hallaba con abundancia de bienes, á que se juntaba el lustre de mi nacimiento, dotes con que quiso adornarme el cielo; pero como todo no puede ser cabal en el mundo, he tenido la desgracia de nacer muy al contrario de la regular figura de los demas hombres, pues soy tan disforme y monstruoso de cuerpo, que no se hallará segundo en lo humano. Con el motivo de una ausencia dejé poderes á cierto caballero de mi lugar para que cuidase de mi hacienda. Este caballero tiene una hija muy bonita, y llevado de mis

cuantiosas riquezas ha determinado á pesar de mi fealdad casarme con ella. Tanto él como varios sugetos me han instado repetidas veces sobre el asunto, para reducirme á que consienta; mas considerando que estas diligencias no son por el amor que me profesa la novia, y como tampoco puedo persuadirme de que la haya seducido mi figura, porque discurro que la ciega solamente el interes, heme resistido á tal pretension, y ántes quisiera verme en la horca que casado con ella.

—Y ¿tan rico eres? preguntó el alguacil un tanto movido por el respeto que infunde la riqueza.

—Sí por cierto, respondió el astuto rústico: tanto en bienes raíces como en muebles me ha concedido mucho el cielo.

—Pero, ¿á cuánto ascenderá tu renta? insistió el alguacil.

—Un año con otro contaré sobre seis mil escudos, limpios de polvo y paja.

—¡Cáscaras! muchos marqueses hay que no los tienen. Y díme: ¿es rico el padre de la novia?

—Está bastante acomodado, dijo Bertoldo; pero comparado con mi caudal, es pobre.

—¿Cuánto tendrá?

—Unos mil escudos de renta.

—No es tan pobre como supones, advirtió el alguacil. Y ¿es bien nacido?

—Eso sí.

—Y ¿no quiere dar algo en dote?

—Sí, por cierto... Espera, que te lo contaré todo, supuesto que deseas saberlo; aunque si no desatas un poco el saco para sacar la cabeza fuera, casi no podré referírtelo. Desátalo, y cuando hayas oido mi peregrina historia, lo volverás á cerrar.

—Con mucho gusto lo haré, dijo el alguacil acompañando la accion á la palabra. Ea, pues, ya está desatado; habla ahora á tu gusto. Pero ¡qué cara tan fea tienes! Sólo con ella puedes espantar una corrida de toros; si lo demas del cuerpo corresponde á tu fisonomía, serás sin duda un animal horrendo.

—Acaba de sacarme del saco y verás qué bien plantado soy.

—Lo haré; pero es menester que vuelvas á meterte luego que hayas acabado.

—Quedamos conformes, y nada receles, pues soy caballero, y basta.

ALEGORÍA IV.

EL CORTESANO NO DEBE EXPONERSE Á LA ENVIDIA NI AL DESPRECIO. QUIEN NO SABE GUARDAR UN SECRETO NO ES APTO PARA NINGUN NEGOCIO. EL ARTIFICIO, AUNQUE CEDA Á LA FUERZA, SIRVE PARA SALVAR DE LA DE LOS PODEROSOS.

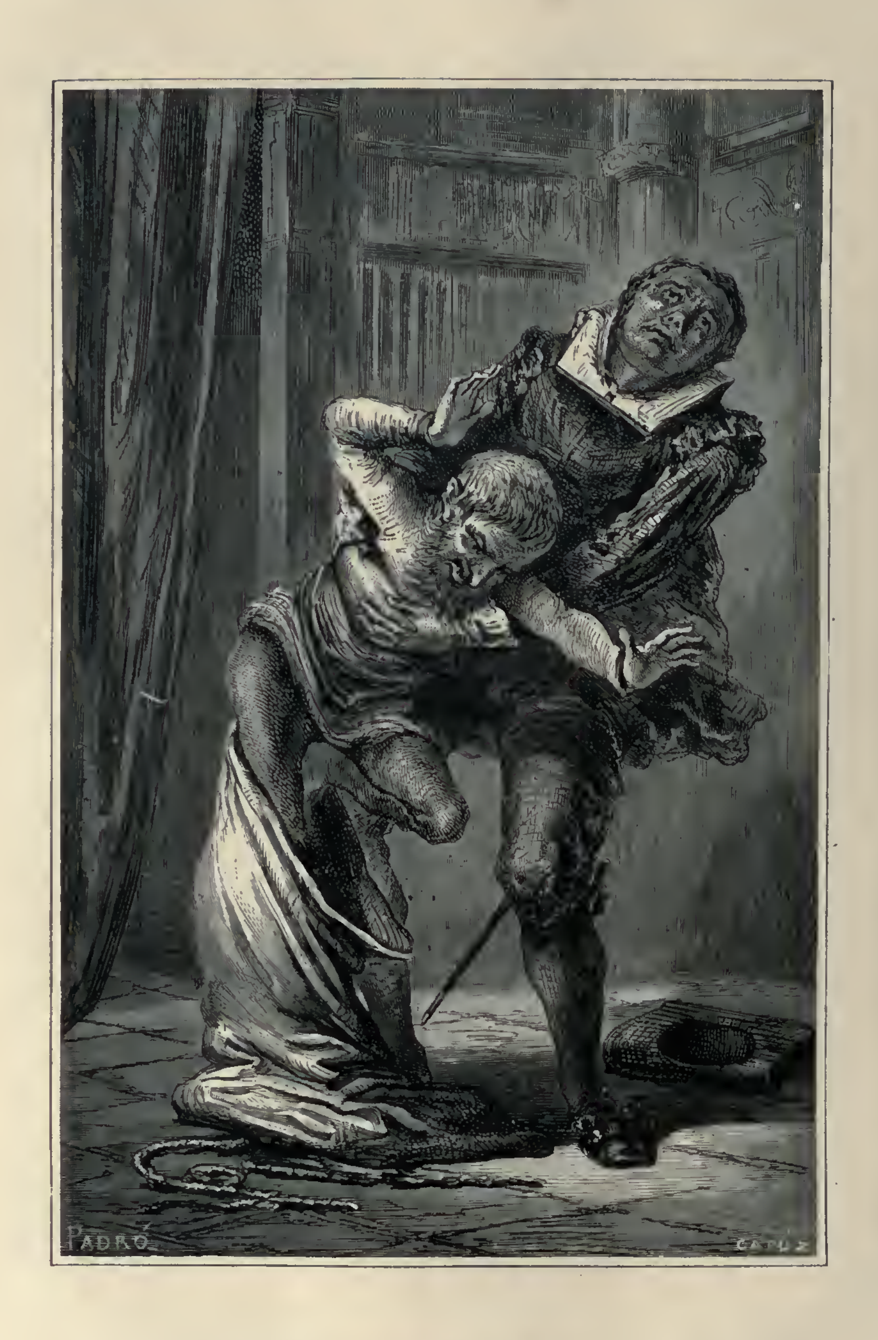
—¡Vamos, sal fuera! dijo el alguacil.

—Aquí me tienes: ¿qué te parece esta prosopopeya?

—Es cierto que eres un bello caballero. ¡Ay Dios mio! ¡No he visto en mi vida más horrorosa figura! Díme: ¿te habia visto la novia por ventura?

—Nunca, respondió Bertoldo: y para que ella no me conozca hanme encerrado en este saco, y quieren traerla aquí con el fin de desposarnos sin luz, y luego me desatarán, y al presentarme á su vista será forzoso que se contente, porque así está dispuesto, recibiendo entónces los dos mil doblones de oro que me tiene ofrecidos la reina.

—Cierto que es buena ventura, exclamó el alguacil. ¡Ay qué niño tan hermoso! ¡Oh qué hacienda tan mal empleada! ¡Cuántos pobres honrados se contentarian con la tercera parte! ¡Miren al



El alguacil saca á Bertoldo del costal.

salvaje, que por poseer hacienda y ser caballero tiene á mucha fortuna emparentar con él una de las primeras y más distinguidas familias! Por esto dice bien el refran que el interes obliga á estar al tiñoso asomado al balcon. ¡Que á mí, que soy pobre y no mónstruo como este pollino, no me venga tal fortuna! Pero ¡maldita sea la hacienda, que sirve para guerra de los hombres!

—Si fueras hombre de bien esta noche te haria riquísimo, dijo Bertoldo con intencion.

—¿De qué suerte? preguntó el alguacil.

—Atiende: estoy resuelto á no casarme con ella aunque me rompan la crisma, porque sabiendo que es tan hermosa como el sol y adornada de todas las habilidades y gracias, y por eso envidiada de muchos, cavilo y sospecho que no será para mí solo. Ademas, en viéndome tan feo y contrahecho temo no la tiente el diablo y me dé algun bocadito sabroso, compuesto con el nombre del gran *Turco Soliman,* y en pocas horas me despache al otro mundo; y así, si quieres entrar en el saco en mi lugar, te haré dueño de una fortuna tan grande como la que podias esperar en tu vida.

—¡Cáscaras! ¡Para el pícaro que hiciere tal locura! ¡Exponerme á que cuando vieran que no eras tú me echaran un nudo al pescuezo y enviaran á la eternidad!

—Nada receles, dijo Bertoldo, porque en seguida que estés desposado y conozcan que no hay remedio, tendrán paciencia aunque lo sientan; fuera de que tú eres buen mozo y agraciado, y acaso se alegrarán, tomando en cuenta mi estupenda fealdad. Una vez hecho, ya no lo podrán deshacer, y con esto entrarás en posesion de toda mi hacienda y la suya, porque su padre es muy viejo y poco puede vivir; y en adelante lo pasarás con honra y grande esplendor, sin ejercitar el bajo oficio en que te ocupas, tan vituperable, infame y aborrecido del pueblo.

—El negocio parece fácil á primera vista, pero no quiero ponerme en semejante riesgo, y por tanto vuelve á entrar en el saco.

—¡Ah cuitado! insistió Bertoldo. Pues ¿no sabes que al audaz

le sale bien tentar fortuna (1)? ¿Qué mal te puede resultar de este negocio? ¿Quieres tú, una vez desposado con ella, que su padre te haga daño alguno? La modestia de la novia, una vez ajustado, ¿temes que ponga dificultad y diga que no te quiere? Y la reina, siendo tan liberal que raya en pródiga, ¿piensas que no querrá desembolsar el dinero? No lo hará de ningun modo, por no parecer avarienta. Yo te aseguro que todos se conformarán, diciendo que es una fortuna llovida del cielo, y lo llevarán con la debida prudencia; y tú vivirás despues muy regalado y contento con tu mujer, servido de muchos criados, sin tener que envidiar á nadie en este mundo. Reflexiona bien esta gran fortuna que te depara el cielo, porque no se porporcionan cada dia ocasiones semejantes. ¡Vamos, entra en el saco, y no lo pienses más! Porque si hubiera algun peligro, no te excitaria á que ejecutases cosa que te perjudicara; ni tampoco has de imaginar que te engaño y finjo lo que te he dicho. Mañana, ántes de comer, sabrás por experiencia lo mucho que te quiero: hágome cargo de tus méritos, y eso me mueve á hacerte esta proposicion.

—Ello es cierto, dijo el alguacil titubeando, que me lo has pintado tan bien, que casi estoy determinado á arriesgarme, hecho cargo de lo que se suele decir que el que no se embarca no pasa la mar. ¿Quién puede saber los arcanos del cielo y lo que me tendrá destinado en semejante aventura?

—Yo no entiendo de bachillerías, replicó Bertoldo; sólo sé que aquel que no disfruta su fortuna cuando se le viene rodada á la mano, suele suceder que cuando la busca la encuentra en el rio. Y ya que el cielo quiere concederte esta dicha, ¿por qué la desprecias? Sé muy bien que si no conocieras mi sinceridad no pondrias tantas dificultades. En fin, hermano mio, haz lo que te pareciere, que no quiero cansarme más en persuadirte por tu bien. Ya me entro en el saco; ven á cerrar, que te aseguro no he de decir más por todo el oro del mundo, pues porfiar ya fuera necedad.

—Aguárdate un poquito, que bastante tiempo hay para hacer esta operacion, advirtió el alguacil.

—Quien tiene tiempo no espere tiempo, repuso Bertoldo; considero que desprecias tu fortuna, y no quiero fatigarme más: harto loco es aquel que hace bien á otros en perjuicio suyo.

—No dudo que tus persuasivas palabras nacen del grande amor que me profesas; así como conozco que te has molestado por mí, y no pretendo abusar de un bien como el que me ofreces. Ya me tienes convencido y resuelto á entrar en el saco y hacer cuanto me has dicho sin faltar á lo más mínimo; porque despues de desposado forzoso será que quede señor y dueño de todo, y que tengan todos paciencia y con lo hecho se conformen.

—Vaya, cierra este saco, que voy otra vez á zambullirme dentro, dijo Bertoldo.

—Aguárdate un poco, pues ya estoy resuelto á entrar.

—No, no quiero hablar más sobre eso; ven y atarás la boca del saco, repuso Bertoldo con grande fingimiento.

—Detente, amigo, no me quites dicha tan grande como la que espero, exclamó el alguacil.

—Vamos, pues, no quiero dejar de concederte esta gracia, aunque es verdad que no poco me has hecho enfadar con tu timidez; entra en el saco, y no hables más; sólo te advierto que tengas cuidado y esperes lo que te ha de venir. Por la mañana conocerás la obra tan buena que he hecho por tí.

—Si no hubiera formado concepto de que eras hombre de bien, no me redujèra á encerrarme dentro de este saco, dijo el alguacil metiéndose en él.

—Ya te he dicho que no tienes de qué recelar: mete bien dentro ese otro brazo, baja un poco la cabeza, porque eres más alto que yo, y no podré atar bien la boca si no te encoges. ¿Me entiendes?

—¡Ay que me desnuco y el pescuezo se me tuerce! Aguarda un poco: ata ahora como quieras, que juzgo no estaré aquí mucho tiempo, porque no tardará en llegar el lance de mi fortuna, segun lo que me has referido.

—Dentro de dos ó tres horas á lo más estarás ya despachado.

Ea, pues, estáte quieto y no hables, no sea que te conozcan y se eche todo á perder.

—Prometo no hablar más; pero arrímame á la pared, porque me cansaré de estar en pié.

—¡Válgate Barrabas, y lo que pesas! exclamó Bertoldo suspendiéndole. Ya estás arrimado... ¿Estás bien?

—Perfectamente.

—Pues guarda ahora un profundo silencio, advirtió Bertoldo, que es lo que importa hasta que el lance se logre.

—Descuida, que no chistaré, dijo el alguacil; pero tambien debes estarte quieto hasta que llegue la novia.

ALEGORÍA V.

EL SABIO EVITA LOS PELIGROS CON DESTREZA, DESPERTANDO LA CODICIA, LA CUAL ACARREA GRAVÍSIMOS DAÑOS.

Despues que Bertoldo dejó al alguacil bien asegurado dentro del saco, sólo pensó en librarse de la tempestad que le amenazaba. Madurado su proyecto, determinó salir por la mañana temprano; pero siendo preciso pasar por el departamento de la reina, recelaba ser descubierto. Sin embargo resolvióse, acechando ántes repetidas veces y pegando el oído á la cerradura por si acaso oia algun rumor; y notando el silencio que reinaba, porque estaban todos sumidos en el más profundo sueño, abrió con tiento la puerta de la cámara de la reina, y acercándose al lecho con gran sigilo, ob-

servó que estaba dormida, y ocurriósele pegarla otro nuevo chasco, que llevó á efecto poniéndose sus vestidos. Así disfrazado pasó por las habitaciones donde dormian las damas, y descolgando las llaves que estaban cerca de la cama de la portera, abrió las demas puertas con gran diligencia, y presto se encontró fuera del recinto de palacio. Acaeció que habia nevado aquella noche; y temeroso de ser descubierto por las pisadas, se puso al reves los zapatos, de suerte que las pisadas denotasen ser de álguien que viniera á palacio y no de quien hubiese salido. Mas al verse en libertad discurrió sobre el compromiso en que se hallaba, y en ninguna parte le parecia estar seguro, hasta que al fin halló detras de los muros de la ciudad un horno, en el cual se entró.

Acudieron las damas por la mañana á vestir á la reina, y no hallando los vestidos que dejaran por la noche quedáronse admiradas y confusas; lo que sabido por la soberana mandó le trajeran otros, levantándose tan enfadada que se encaminó presurosa á donde dejara á Bertoldo en el saco; mas no viendo al centinela imaginóse que este habia sido el ladron. Tan colérica se puso que aseguró que si le caia en las manos lo mandaria ahorcar al punto; pero á pesar del enfado acercóse al saco, y creyendo hablar con Bertoldo, dijo:

—¿Estás de tan buen humor como siempre?

—Señora, estoy dispuesto á desposarme con ella cuanto ántes, respondió el alguacil.

—Pero ¿qué es lo que quieres cuanto ántes?

—¿No lo teneis ordenado?

—No, dijo la reina maliciosamente y con secreta intencion de darle cosa no tan apetecible como la que él deseaba; pero harémos que al punto se disponga.

—Cuanto más ántes sea lo estimaré, porque anhelo despachar pronto.

—No pasará mucho tiempo sin que quedes contento.

—Grande es el ansia que tengo de alcanzar esta dicha, y por lo tanto haz que vengan sin dilacion.

—En breve te llevarán donde ella está y con eso quedarás complacido.

—Pues si el concierto ha sido que viniera para desposarnos aquí en secreto y cobrar luego los dos mil doblones, ¿cómo he de ir adonde ella está? Procura que la traigan sin tardanza, que estoy dispuesto á cumplir lo contratado.

—¿Qué desatinos profiere ese bestia? ¿Qué dice de la esposa y los doblones? Sacadle la cabéza, que deseo verle el rostro.

Y como viese que estaba muy distante de ser el que suponia, llena de asombro y deseosa de saber la causa de semejante fechoría, dijo:

—¿Quién te ha puesto en ese saco?

—Aquel que habia de ser marido, respondió con naturalidad el alguacil, quien no queriendo por esposa á la que le destinabas, ha renunciado en mí esta fortuna; por lo cual puedes mandar que la conduzcan aquí juntamente con los doblones ofrecidos en dote, que estoy pronto á cumplir cuanto con él estaba pactado.

—¿Qué esposa ni qué doblones? Habla más claro para que pueda entenderte.

—La esposa y los doblones que querias dar á aquel rústico.

—¡Ya veo que le ha engañado! exclamó encolerizada la reina dirigiéndose á los que la rodeaban.

—Pues me aseguró cuanto he manifestado, y para que llenase sus veces me hizo entrar en este saco, escapándose para que no le obligasen á casarse. Por consiguiente vamos en seguida á celebrar el desposorio, pues estoy pronto á hacer de grado lo que él por fuerza.

—Espera un poco, que luego traerán el dinero, pues es muy justo que yo cumpla el contrato en honra y provecho tuyo.

—Estoy pronto, y cada hora se me hace un siglo para contar el dinero; pero te advierto que los doblones sean cabales de peso.

—Primero los contarás, dijo la reina, y si fueren cortos, se te cambiarán. Miéntras tanto empieza á contar.

Y llamó á cuatro criados que acudieron con garrotes y empe-

zaron á descargar con tal furia sobre el desdichado alguacil, que al verse tan mal parado empezó á clamar perdon; pero léjos de compadecerle, le sacudian más récio, hasta dejarle en el suelo como muerto. Mas tal era la cólera de la reina, que no considerándolo suficiente castigo, mandó que metido en el saco lo arrojasen al rio: así cobró el desdichado los dos mil doblones, y en lugar de la ofrecida novia obtuvo su sepultura (1).

Despues de tan desastrosa tragedia se practicaron las mayores diligencias para encontrar á Bertoldo, pero como las pisadas se veian marcadas en opuesta direccion, no calcularon que hubiese salido de palacio. La reina insistia en que se le buscase por todas partes, resuelta á que si le prendian fuese ahorcado sin dilacion, vengando así la doble burla de llevársele los vestidos y dejar al alguacil en el saco.

ALEGORÍA VI.

EL LIBRE ALBEDRÍO ELIGE LA PASION QUE MÁS PERJUDICA: EL CRISTIANO LO DEBE TENER PRESENTE PARA ENMENDARSE, Y EL SABIO PARA EDIFICAR CON SU EJEMPLO.

Metido Bertoldo en el horno oia preguntar por los que le buscaban si le habian visto, y cada pregunta era una saeta que le atravesaba el corazon, pues nunca tuvo tanto miedo á la muerte como en este lance, hallándose sumamente arrepentido de cuanto hiciera, y sobretodo de haber trocado la libertad de su aldea por la esclavitud de palacio. En la afliccion en que se encontraba no se

atrevia á salir del horno por no ser descubierto, temiendo le prendieran y castigaran, constándole por experiencia la mala voluntad y animadversion que la reina le profesaba, y más precediendo la burla del alguacil y el robo de los vestidos.

Sucedió, pues, que como estos le viniesen largos, no pudo recogerlos bien dentro del horno, y quedóse colgando la basquiña, que por su mala fortuna llamó la atencion de una vieja que por allí acertó á pasar, la cual, acercándose y reconociendo por las guarniciones que aquellos vestidos pertenecian á la reina, empezó á publicar que estaba escondida en el horno contándoselo á una vecina suya, que cerciorada de la verdad, fué pasando la voz de una á otra, de tal suerte, que á la mañana siguiente se decia de público que la reina estaba escondida dentro de un horno fuera de las murallas de la ciudad.

Llegando á noticia del rey la nueva, al instante sospechó que podia ser Bertoldo el autor de una burla tan pesada como la de llevar á la reina á sitio tan impropio; y como le tenia harto conocido, sabía que era capaz de cometer tamaño exceso. Encaminóse al punto á la cámara de la soberana y la encontró hecha un basilisco, refiriéndole la burla de los vestidos y ponderando el atrevimiento, audacia y desacato del que tan villana accion cometiera. Entónces el rey se hizo acompañar al horno, donde se encontró á Bertoldo vestido con las ropas de la reina, y le hizo sacar á la fuerza jurando que sólo con la muerte pagaria tamaña osadía. Despojáronle de los vestidos, y como se llenó la cara de tizne del horno, se puso más de relieve su natural fealdad, pareciendo el verdadero retrato del demonio.

—¡Villano, infame! exclamó el rey con cólera, te aseguro que esta vez no escaparás aunque te vuelvas el mismo Lucifer.

—La ocasion hace al ladron.

—Al que hace lo que no debe le sucede lo que no espera.

—El que se está quieto no cae, y el que cae no se levanta limpio.

—El que se rie el viérnes, llora el domingo.

—Quien de su enemigo se conduele en sus manos muere.

—Entre la carne y la mentira no cabe el bien.

—Quien es defectuoso es sospechoso.

—A pesar de no tener hueso la lengua, rompe la mollera.

—La verdad ha de quedar encima.

—Tambien se calla á veces.

—No lo hagas si no quieres que se sepa.

—Quien de ajeno se viste en la calle le desnudan.

—Más vale dar la lana que la oveja.

—Pecado viejo penitencia nueva.

—Lengua limpia despide al médico.

—Movimientos de manos hasta á los insectos asusta.

—Y los de los piés á los ahorcados.

—Dentro de poco te contarás entre ellos.

—Antes ciego que adivino.

—Dejémonos de disputas y ya lo verás. ¡Hola! ministros, lleváos á este hombre y colgadle inmediatamente de un árbol; advirtiendo que no atendais á sus palabras ni súplicas, porque es un villano tan sagaz y ástuto, que es imposible no tenga el diablo en el cuerpo. Vamos, conducidle sin detencion y ejecutad lo mandado.

—Señor, considerad que las cosas hechas de prisa nunca salen bien, advirtió Bertoldo en tono de súplica.

—Gravísimo ha sido el crímen.

—Quien ménos razon tiene grita más alto; sólo pido que me permitas alegar mis razones.

—Harto te he escuchado, sin embargo de los graves ultrajes inferidos á mi real persona.

—¿Por decir la verdad he de sufrir la muerte? ¡Ah señor! no seas tan cruel conmigo; mira que de corazon te ruego me atiendas y compadezcas.

—No ignoras lo que dice aquel refran: oir, ver y callar quien del mundo ha de gozar. Y el que aprecia al amo ha de respetar al ama: por consiguiente, ya he dicho que no quiero escucharte y ha

de ejecutarse sin remision el castigo que mereces. Llevadle y cumplid mi órden al punto.

—¿Qué he de hacer? ¡Paciencia! exclamó el astuto rústico con hipócrita resignacion. Bien dicen los proverbios: ó sirve como siervo, ó corre como ciervo; los ciervos no se sacan unos á otros los ojos con las astas; á quien le duele le duele; no es todo oro lo que reluce; el que no obra no yerra; palabra y piedra suelta no tienen vuelta; tengo la risa en la boca y por dentro la rabia, pues conozco que es mejor una onza de libertad que diez libras de oro; y bien dicen que un lobo á otro no se muerden; y se cuenta del cuervo que por cantar perdió el queso, como á mí me sucede, pues por burlarme me veo ahora con la soga al gaznate, de la que no me librarán las alas de Dédalo (1), porque la palabra del rey es sagrada y ha de cumplirse aunque quien puede hacer puede deshacer. Pero ea, Bertoldo, en este trance necesitas tener ánimo y resignacion, toda vez que nada puede salvarte; y dirigiéndose al rey prosiguió: Estoy pronto á sufrir cuanto has ordenado, rey y señor mio; pero ántes que muera te suplico me concedas una gracia, que por ser la última espero obtenerla de tu misericordia.

—Di, respondió el rey, que no quiero ser tan cruel negándote la postrera súplica.

—Te ruego que no me ahorquen hasta que señale el árbol que sea de mi gusto, y así moriré tranquilo y contento.

—Si no pides más, desde luego lo tienes concedido. Vaya, llevadle, y no le ahorqueis sino del árbol que elija.

—Doite las gracias por la merced, dijo Bertoldo.

—Ten paciencia, que es forzoso hacer justicia.

Y dicho esto echó á andar Bertoldo acompañado de los ministros. El rey no entendió la malicia de la súplica; mas conduciéndole los ministros por un bosque muy frondoso, ningun árbol le gustaba, teniendo que llevarle á otro cercano. Preguntáronle si allí habia alguno que le agradase, y volvió á responder negativamente; por lo cual tuvieron que recorrer otros muchos, sin que nunca pudieran hallar alguno que fuese de su gusto. Enfadados los minis-



Muerte de Bertoldo.

tros de viaje tan dilatado y conociendo su astucia y gran picardía, le pusieron en libertad, volviéndose á dar cuenta al rey de cuanto sucediera, quien quedó absorto y maravillado de tal ingenio y agudeza, admirado de que cupiese en hombre de su clase tan claro entendimiento.

Pasado el enfado, el rey comprendió la razon, y mandó que fuésen en busca de Bertoldo y le trajesen á palacio, diciéndole que estaba perdonado; mas léjos de dar oídos al mensaje, respondió que no existia tesoro que pagase la libertad, y que berzas recalentadas y amor de segunda vez nunca se tuvieron por buenos. Viendo el rey que era imposible reducirle á que volviese, fué en persona á buscarle, y despues de muchas súplicas contra su voluntad se lo llevó á palacio, donde se le alojó en una habitacion contigua á la cámara de la reina, quien tambien le otorgó su perdon.

Desde entónces privó de suerte que todos le agasajaban, y miéntras estuvo en palacio observóse que por su consejo todos los negocios se despachaban con rectitud; pero como nada dura en el mundo, por abandonarse al ocio y regalo á los cuales no estaba acostumbrado, le acometió una enfermedad tan grave que en pocos dias le ocasionó la muerte, con suma pesadumbre de los reyes, quienes por largo tiempo no pudieron olvidarle, echando ménos sus chistes, agudeza y buen consejo.

Los médicos, no haciéndose cargo de su complexion, le aplicaron remedios propios sólo á caballeros y palaciegos, sin embargo de sus advertencias y esto fue sobretodo lo que acabó su vida. Lloráronle los cortesanos y el rey dispuso lo enterraran con gran fausto y pompa, vistiendo luto la córte como en la muerte de un individuo de la casa real, y quiso perpetuar la memoria de tan preclaro varon haciendo esculpir con letras de oro en la losa de su sepulcro los siguientes versos en forma de epitafio:

EPITAFIO DE BERTOLDO.

Descansa en paz en esta sepultura
Un rústico de claro entendimiento;

De rara facha y condicion oscura,
Aunque de ingenio y superior talento;
Brilló su fama á tan excelsa altura,
Que alcanzó del monarca el valimiento;
Pero quiso trocar su humilde suerte,
Y pagó tal mudanza con la muerte.

SENTENCIAS QUE BERTOLDO ESCRIBIÓ ANTES DE MORIR.

Quien está acostumbrado á comer nabos no coma pasteles.

Quien está hecho á la azada no tome lanza.

El campesino no quiera ser cortesano.

Vencer su apetito es de gran capitan.

Del que mira al sol y no estornuda, *libera nos*, *Domine*.

El que todos los dias viste de nuevo á cada hora tiene quimeras con el sastre.

Cuidados ajenos matan al asno.

Quien saluda á todos presto rompe su sombrero.

El que maltrata á su mujer, da que murmurar á los vecinos.

Quien gasta segun sus facultades nunca mendigará.

El que promete en el campo debe cumplir en poblado.

Quien tema á los pájaros no siembre alpiste.

El que imite al rico estará seguro en casa.

Quien vaya de camino lleve el cayado en la mano y el pan en la alforja.

El que cree en sueños pone su pensamiento en la niebla.

Quien funda su esperanza en la tierra se aleja del cielo.

El que es celoso de sus manos no vaya al tinte.

El que te aconseja pudiendo ayudarte no es buen amigo.

Cuando se castiga la perra señal de que el perro está léjos.

Quien imite á la hormiga en verano no pedirá pan prestado en invierno.

Quien escupe al cielo, en la cara le cae.

Quien va á fiestas y no sabe bailar de nada sirve y ocupa lugar.

El que se casa por ambicion, posee el capital y no la esposa.

En la casa que manda la mujer, siempre hallará alfileres á la puerta.

Quien no puede con su pellejo es una infeliz oveja.

Quien goza la hacienda mal ganada, á la hora de la muerte experimentará las consecuencias.

El que alaba á otro sin conocerle, miente á menudo.

Quien da pan á perro ajeno pierde el pan y pierde el perro.

Quien no paga el sudor del pobre no da señales de hombre justo.

Quien come á gusto de otros nada le hace provecho.

El que oculta su saber suele ser más erudito.

Quien quiera corregir á otros empiece por dar ejemplo.

Quien huye de los deleites de la tierra sólo gusta de las delicias del cielo.

El que no tiene amigos es como cuerpo sin alma.

Quien anticipa la lengua al pensamiento carece de juicio.

El que al salir de casa piensa lo que ha de hacer, regresa acabada la obra.

Quien da luego lo que promete da dos veces.

Quien peca y hace pecar á otros, sufrirá doble penitencia.

El que es malo para sí, no puede ser bueno para los demas.

Quien quisiere seguir la virtud, huya del vicio.

Quien desea imposibles, peca de loco.

El que posee buen víno tiene la bodega á la puerta.

Quien elige armas quiere pelear con ventaja.

El que navega en el mar de la sensualidad, desembarca en el puerto de las miserias.

Quien se duele del bien ajeno, otros se rien de su mal.

El que lleva la virtud por norte va seguro en su viaje (2).

Mandó el rey imprimir estas sentencias con letras de oro y colocarlas sobre la puerta principal de palacio á fin de que todos las

leyeran. Imponderable era el desconsuelo de los reyes por la pérdida de hombre tan capaz, agudo y universal. Sucedió, pues, que las personas que asistieron á Bertoldo hallaron debajo de las almohadas del lecho donde falleció un envoltorio, el cual desataron movidos de curiosidad, y encontrando varios papeles escritos, los presentaron al rey, quien despues de desdoblar una infinidad de ellos, dió con el testamento que Bertoldo hizo ántes de morir, y dispuso que fuéra un notario para que le leyese en su presencia, por lo que llamaron al mismo que lo otorgara, quien con la debida reverencia dijo al rey:

—Aquí me tiene V. M. dispuesto á obedecer con el mayor acatamiento sus mandatos.

—¿Has hecho tú el testamento de Bertoldo? preguntó el rey.

—Sí, señor.

—¿Cuánto tiempo hace?

—Unos tres meses á lo más.

—Pues tómalo y léelo, dijo el rey entregándoselo, porque los garabatos que usais en los instrumentos públicos, no los puedo descifrar.

—Señor, me sorprende que no lo entendais, observó el notario, porque no uso las frases de que suelen valerse otros de mi profesion, ignorando lo que significan; pues como sólo sirvo para los asuntos y diferencias de los pobres rústicos y aldeanos, ellos y yo nos entendemos con mis términos.

—¿Cómo te llamas? preguntó el rey.

—Cerfollo de los Villanos, respondió el notario.

—Cierto que tienes buen nombre y apellido, aunque mejor te sentaria el de embrollo, porque los de tu oficio enredan al mundo entero. Lee, pues, señor Cerfollo, alto y claro para que te entendamos.

Y obedeciendo el mandato del rey, Cerfollo procedió á la lectura.

«En el nombre del buen comenzamiento y á la buena ventura, salga lo que saliere; y pues deseo sea con el mayor acierto y gozo

de mis herederos y para el mayor descargo de mi conciencia, digo: que viendo y conociendo ser yo Bertoldo, hijo de Bertolazo, hijo que fue de Bertuzo de Bertin y de Bartolina de Bretaña, persuadido de que todos somos mortales y semejantes á las vejigas henchidas que á la más pequeña punzada se escapa el aire, contando ya sesenta años de edad, quiero disponer mis cosas en la mejor forma posible, haciendo testamento para satisfacer á mis parientes y amigos, á quienes confieso quedar muy agradecido; por lo que ruego al notario señor Cerfollo se sirva otorgar mi última voluntad, que es como sigue:

«Al maestro Bortola, zapatero de viejo, le dejo mis zapatos gordos de cuatro suelas, y ocho cuartos de moneda corriente, en memoria de haber tenido siempre conmigo una buena correspondencia, y á veces dispensarme la fineza de prestarme la lesna para agujerear los tacones y coserlos, y otros infinitos chismes que me convenian.

«Item, al maestro Ambrosio, barrendero de palacio, le mando diez cuartos por haberme llevado varias cosas á componer y desempeñado muchos encargos.

«Item, á Barba de Saúco, el hortelano, le dejo mi sombrero de paja, por regalarme tal cual vez por la mañana con algun manojo de puerros, comida más de mi gusto que los regalos de palacio.

«Item, al maestro Alegría, cordelero, le mando mi correa larga y mi hortera, por habérmela llenado de berzas cada vez que yo tenia necesidad, y otros muchos favores.

«Item, al maestro Martin, el cocinero, le mando mi cuchillo con su vaina, por haberme dispensado la atencion de asar en el rescoldo muchos nabos, componer algunos potajes de judías con cebollas, comida correspondiente á mi complexion, más que si fueran faisanes y perdices.

«Item, á la tia Pandurra, la lavandera, la mando el jergon en que duermo, con dos sillas rotas y tres varas de estopa, para que se haga dos delantales; y esto es en pago de lavarme muchas veces la camisa y limpiarme la cátedra necesaria.

«Item, dejo mandado al marmiton de palacio, que se llama Fiqueto, veinte y cinco zurriagazos, y que sea con un buen látigo, en pena de la burla que ha hecho de mí muchas veces, colgando un cencerro debajo de la cama con intencion de asustarme, sin otras que omito por no gastar papel en referir picardigüelas propias de muchachos insolentes; lo que deseo sea ejecutado cuanto ántes para escarmiento de bribones.»

—Prosiga adelante el señor Cerfollo, dijo el rey, que á eso se dará el debido cumplimiento.

«Item, digo, continuó el notario, que cuando vine aquí dejé á Marcolfa mi mujer con un hijo que se llamaba Bertoldino, que al presente contará diez años, á quienes no quise jamas noticiarles dónde me hallaba á causa de su fisonomía, por no tenerla á propósito para presentarse en semejantes lugares; pero poseyendo algunas alhajuelas, autorizo á *Marcolfa* mi cara esposa para que disponga de todas hasta que mi hijo tenga veinte y cinco años; pues entónces es mi voluntad que sea dueño absoluto de todo, con condicion de que si se casa procure no sea con mujer que sepa más que él; advirtiéndole ademas:

«Que no sea llano con los mayores.

«Que no haga daño á sus vecinos.

«Que coma cuando lo tenga y trabaje cuando pueda.

«Que no tome consejos de gentes perdidas.

«Que no le cure médico enfermo.

«Que no le sangre barbero que le tiemble el pulso.

«Que pague sus deudas.

«Que cuide bien de sus negocios.

«Que no se inquiete por lo que no le ataña.

«Que no se haga mercader de aquello que no entienda; y sobretodo que se contente con su estado, y no desee más de lo que le dé su suerte; que considere que tan presto va el cordero como la oveja, pues la muerte nunca suelta la guadaña y puede cortar igualmente la vida á los mozos que á los viejos: queriendo que se le graben estos documentos en la memoria, para que teniéndolos

presentes no yerre en menoscabo del cuerpo y perjuicio del alma.

«Item, declaro no haber aceptado nunca nada de mi rey, quien no ha dejado de persuadirme á tomar de su mano sortijas, joyas, dinero, vestidos, caballos y otros ricos presentes, por considerar que tal vez con semejantes riquezas no hubiera vivido tranquilo, y acaso me ensoberbeciera, cometiendo mil infamias que me hicieran odioso de todos, como suele suceder á infinitos que, siendo de ruin esfera y condicion, ascienden por su fortuna á grados eminentes, sin hacerse cargo de que á pesar de tanta dignidad no pueden salir del lodo en que fueron amasados, perdiéndose por su altivez y soberbia; por lo que estoy contento con morir pobre, y sepan que jamas he adulado á mi rey , sino que siempre le he aconsejado fielmente, hablándole con claridad, sin dejarme llevar de pasion alguna, y siempre en beneficio del público y mejor gobierno de sus estados: y para manifestar en mis postrimerías el grande amor que le profeso, déjole estos breves documentos, que segun confio aceptará y observará aunque proceden de un villano, los cuales son los siguientes:

«Tener la balanza en el fiel, tanto para el pobre como para el rico.

«Examinar los procesos detenidamente ántes de fallarlos.

«No dar audiencia nunca á quien esté colérico.

«Bienquistarse con el pueblo.

«Premiar siempre á los hombres eruditos y de mérito.

«Castigar á los verdaderos reos.

«Desterrar á los perversos aduladores y las lenguas maldicientes, que son los incendiarios de los palacios y córtes.

«No agraviar á los súbditos.

«Proteger á las viudas, patrocinar los pueblos y defender sus causas.

«Procurar que se despachen los pleitos, pues de su lentitud proviene quedar en cueros los pobres litigantes; de suerte que el que gana el pleito queda en camisa, y el que lo pierde, sin ella.

«Si todas estas insinuaciones las observare, vivirá tranquilo y

contento, será gran rey para todos, y señor justo, amado y temido de sus vasallos. Y con esto concluyo mi testamento.»

Viendo el rey los preciosos documentos que le dejaba, no pudo contener las lágrimas, mostrando la honda pesadumbre que tal pérdida le causaba, reflexionando la alta prudencia, amor y fidelidad que le habia profesado durante su vida y aun despues de su muerte.

Así como Alejandro Magno conservó entre sus más preciadas joyas la Ilíada de Homero, mandó este rey poner el testamento de Bertoldo entre las más ricas y preciosas piedras que tenia é indagar dónde habitaba el hijo de Bertoldo, llamado Bertoldino, juntamente con su madre Marcolfa, porque deseaba tenerlos en palacio para memoria de Bertoldo. Envió á este fin algunos caballeros para que les buscasen por los bosques y montañas, advirtiéndoles que no regresasen á la córte sin ellos. Con esta órden marcharon los caballeros, y tanto registraron aquellas sierras, que por fin los encontraron; mas lo que les sucedió se verá en el segundo tratado. Miéntras tanto, amigo lector, guarda en tu memoria, como el rey Albuino entre sus alhajas, las máximas del rústico Bertoldo, y no eches en saco roto los beneficios que de practicarlas pueden resultarte.

FIN DEL TRATADO PRIMERO.

SIMPLEZAS

DE

BERTOLDINO,

HIJO DEL SÚTIL Y ASTUTO BERTOLDO,

Y LAS

AGUDAS RESPUESTAS DE SU MADRE MARCOLFA.

SIMPLEZAS
DE BERTOLDINO.

TRATADO SEGUNDO.

INTRODUCCION.

Todo árbol, planta ó raíz produce su fruto segun la especie, sin apartarse un punto de cuanto ha dispuesto la próvida naturaleza, maestra de todas las cosas. Solo el hombre es una planta que con el tiempo cambia y se adultera, no cumpliendo las leyes naturales, segun la experiencia nos lo enseña; pues á menudo vemos que de un padre gallardo nace un hijo feo, horroroso, y otras veces de un varon docto nace un ignorante é idiota, cuyos sentidos y potencias no son para limados. ¿Por qué? Responda por mí quien lo entienda, porque no soy escolástico ni erudito para resolver semejante materia; y así voy á mi asunto, que es referir la vida de Bertoldino, hijo de Bertoldo, tan diferente de su padre como del plomo el oro, por cuanto Bertoldo era atento y cortés, y su esposa Marcolfa de claro entendimiento. ¿A quién pues no admira que de dos plantas tan buenas naciese un fruto tan simple como luego verémos? Muchas cosas se cuentan que suelen pasar por sandeces. Del hijo de Migdome dicen que acostumbraba permanecer todo un dia á las orillas del mar, intentando contar las olas. De otro escriben que se levantaba al alba para ver crecer una higuera de su huerto. Empero no leerás tales cosas en esta breve historia, y sí sólo la vida

y hechos de un rústico idiota muy dichoso, á quien siempre favoreció la fortuna, amiga y protectora de los tontos, segun explica Ariosto diciendo: «Mala es la fortuna cuando á los tontos no ayuda, y generalmente se muestra adversa con los varones doctos, como cada dia se experimenta.» Voy pues á referir las simplicidades de un bobo zafio y gracioso, rogándote, lector amigo, que lo leas con paciencia y reflexion, pues si analizas las que al parecer son tonterías y chanzas, sobre el solaz del ánimo asegúrote que sacarás utilidad y provecho.

ALEGORÍA I.

EN LAS SELVAS Y BOSQUES NACEN SABIOS Y FÁTUOS COMO EN LAS CIUDADES.

Privado el rey de tan raro entendimiento como el de Bertoldo, de cuyos labios no salian sino sentencias, y cuya prudencia librara á la monarquía de graves peligros, necesitaba ya quien le aconsejase en sus dudas aliviándole la pesada carga del gobierno. La memoria de los chistes y agudezas del célebre rústico mitigaba sus pesares, y continuamente pensaba en si habria quedado alguno de su familia ó parentela, aunque no le adornasen todas las prendas que concurrian en Bertoldo, pues calculaba que á lo ménos se le asemejaria en algo; con cuyas reflexiones acordábase al par de la mencion que en el testamento hacia Bertoldo de su consorte é hijo Bertoldino, á quien instituia heredero universal de sus bienes, lamentando que no designase el punto de su residencia, si bien del lenguaje y porte de Bertoldo colegia que léjos de habitar en ciudad, debian ser gente rústica y criada en alguna montaña; y así, llamando á Herminio, empleado de palacio, mandóle inquirir dónde moraban, sin omitir la menor diligencia hasta encontrarles, y que los condujese á la córte con las mayores consideraciones para halagarles, manifestándoles el aprecio que su marido y padre mereció al rey, en prueba del cual y recompensa de sus servicios deseaba tenerles en palacio para que disfrutasen de las amenidades, regalos y grandezas de la córte.

Montó inmediatamente Herminio á caballo y partió acompañado de varios caballeros, no dejando villa ni aldea por recorrer, y preguntando á cuantos topaban, por si les podian dar razon; mas

fueron al pronto tan infructuosas sus pesquisas, que estaban casi desesperados, acordándose del encargo riguroso del monarca al advertirles que no volviesen á su presencia sin Bertoldino y su madre.

Finalmente, tras largas fatigas determinaron trepar á la cumbre del monte más elevado de la fragosa cordillera por cuya falda caminaban, sin imaginar que allí pudieran habitar mas que alimañas y fieras, pues sólo se veian asperezas y peñascos. Llegados á la cima arrepintiéronse de haber subido y volvieron riendas; mas descubriendo al bajar un llano cruzado por una vereda que guiaba al bosque, internáronse por ella notando que estaba asaz trillada de gentes y caballerías. Siguieron adelante y llegaron al corazon del bosque, poblado al Septentrion de muchos y altísimos robles, y bastante descampado al Mediodía, si bien rodeado de grandísimas peñas que cual fortaleza lo defendian. Distinguieron en el centro del bosque una humilde choza de tapia y ramaje con techo de tablas, á cuya puerta vieron una mujer feísima sobre toda ponderacion, la cual estaba hilando y tomando el sol. Al ver tantos y tan lucidos forasteros entróse en la choza apresuradamente, cerrando la puerta á piedra y lodo como suele decirse, asustada por la imprevista aparicion de tal clase de gente.

Tomó una tranca y se dispuso á fortificar la puerta temiendo que intentaran causarla algun daño. Era la mujer de Bertoldo que con su hijo Bertoldino allí moraba, ocupados en apacentar cabras por aquellos bosques y breñas.

Observando Herminio las precauciones que tomaba no quiso hostilizarla, aunque le fuera fácil derribar la puerta; ántes llamándola con afabilidad la suplicó que abriese, asegurándola que no llevaban intencion de ocasionarla daño alguno, sino de favorecerla.

Asomóse Marcolfa á una ventanita y díjoles:

—Pues ¿qué buscais por estos andurriales?

—Abrid la puerta, señora, respondió Herminio, que no venimos sino para vuestro beneficio.

—No puede proporcionarlo á nadie quien está fuera de su casa, replicó Marcolfa.

—Aunque ausentes de la nuestra, podemos haceros bien. Salid, pues tenemos que hablaros.

—Quien desea sacarme de casa más me quiere hacer mal que bien, y así véte á la tuya, que es el mayor favor que puedes dispensarme.

—Decidme: ¿teneis marido? preguntó Herminio.

—Quien se entromete en asuntos ajenos descuida los propios, respondió Marcolfa.

—¡Bravo! Díme por favor si tienes marido ó no.

—Le tendria si no hubiera comido.

—¿He? Habla más claro, que no te entiendo.

—Si no comiera pavos, perdices, faisanes, pichones y otros manjares delicados contrarios á su complexion, creyéndome á mí que le dije no se alimentase sino de castañas y demas cosas con que se criara, aun viviria.

—Pero ¿quién era tu marido?

—El hombre más honrado y hermoso de todos.

—Y ¿cuál era su nombre?

—Ya que tanto deseas saberlo, se llamaba Bertoldo.

—De veras ¿era Bertoldo tu esposo?

—Sí, señor.

—¡Gran noticia nos das! Y ¿Bertoldo era el más hermoso del mundo?

—A mis ojos parecia un Narciso, pues á la mujer honrada la debe gustar más su marido que todos los demas de la tierra.

—¿Te amaba mucho?

—Tanto, que estaba celosísimo.

—Y con razon, pues cada cual debe apetecer y amar la carne de su carne; fuera de que no le faltaban motivos para tener celos, porque efectivamente posees raras cualidades.

—Cierto que la hermosura ha de estar en el rostro, pero es mil veces preferible la virtud, hermosura del alma, pues un rostro bonito se marchita como una figura gallarda se encorva con el tiempo, y las virtudes son como los árboles que nunca pierden su ver-

dor y lozanía. Hay hombres hermosos que reunen cualidades abominables, y al contrario, otros muy feos á quienes dotó el cielo de ciertas gracias que les granjean el aprecio y buena voluntad del prójimo; tal era Bertoldo, mi amado consorte.

—En efecto. Pero díme: ¿tienes algun hijo?

—Sí y no.

—¿Cómo se entiende?

—Cuando está en casa le tengo; pero ahora que no está puedo decir que no le tengo.

—¿Dónde se halla?

—Pregúntaselo á sus zapatos, que con él andan.

—Para ser criada en la montaña despuntas de aguda.

—Educóme un maestro tan discreto como bueno.

—Lo creo; pero mudando de párrafo, debo noticiarte que el rey nuestro señor os llama á los dos, porque siendo tan grande el cariño que profesaba á tu marido Bertoldo, anhela teneros á su lado; por consiguiente sál sin recelo para que hablemos más cómodamente.

—Voy, voy...

Y abriendo la puerta Marcolfa presentóse en el dintel diciendo:

—Aquí estoy. ¿Qué me quieres?

—Ante todo, ¿qué tienes para comer? preguntó Herminio.

—Quien desea saber lo que hay en la olla ajena da á entender que está vacía la suya.

—Maliciosa eres, aunque discreta.

—Como estos aires son tan sutiles, no es maravilla que se aguce el entendimiento de los que aquí habitan; pero ya que deseas saber qué tengo para comer, debo manifestarte que en mi olla sólo hallarás algunas yerbecillas sin sal.

—¡Yerbas sin sal! ¿Cómo las puedes comer así?

—El apetito es la mejor salsa para nosotros, y te aseguro que nuestra mesa es más opípara y provechosa que la del rey, pues en estos montes el hambre corresponde á la digestion, el ejercicio abre el apetito, la dieta hace la comida tan sabrosa como nutritiva, y finalmente las aguas que tenemos nunca menoscaban la salud.

—Segun te explicas, bien se conoce que has sido discípula de Bertoldo, pues jamas salió de sus labios palabra que no fuese una sentencia. Y ¿cómo verémos á tu hijo?

—Abrid los ojos cuando venga, que si no sois ciegos le veréis sin duda.

—Pues miéntras viene haznos el favor de darnos de beber, porque venimos cansados de andar subiendo y bajando por estos montes sin hallar un manantial donde apagar la sed.

—Seguidme, que deseo serviros.

Llevóles á una fuente de agua cristalina que distaba de allí corto trecho, y dijo:

—Honrados caballeros y señores mios, hé aquí la bodega donde mi hijo y yo venimos á beber cada dia con nuestros ganados; refrescad cuanto os dé la gana, pues nuestras cubas están siempre provistas aunque las dejamos abiertas de noche y de dia, y bebiendo de este líquido no se os alterarán los sentidos, ni os atacará la gota ni perlesía, como suele suceder á los que sin tasa ni medida llenan el estómago de vínos regalados y licores fuertes, que trastornan el entendimiento al hombre, causando no pocos accidentes y desgracias, pues cuando se calientan los cascos, ejecútanse con facilidad las cosas más ilícitas y que ménos favorecen, dando que reir al vulgo y que llorar á los de casa. Tales perjuicios acarrea el vicio de la embriaguez, que de lo poco se pasa á lo más, de lo más á lo mucho, de lo mucho al exceso, y del exceso á la perdicion. Empero, quien sólo bebiere de este cristalino manantial estará siempre en su cabal juicio, y no se expondrá á servir de risa y mofa á las gentes.

—Cierto que es excelente tu bodega, mas no temas que nadie venga á sangrar las cubas. En fin, ¿tienes por ahí algun vaso?

—Aquí carecemos de vasos, pues por lo general bebemos con la taza que nos dió naturaleza; y para que me entiendas, bebemos con las manos solamente, y si quieres apagar la sed, no tienes otro remedio que valerte de la misma taza.

—Nosotros nos amoldamos á las circunstancias. Pero díme:

¿quién es el cabrero que viene con su manada hácia este sitio?

—Mi hijo Bertoldino.

—¿Bertoldino? ¡Oh qué noticia! Ven, acércate, hijo mio.

Asombrado Bertoldino de ver tanta gente á caballo, cosa para él de todo punto nueva, dirígese á su madre diciendo:

—¿Qué gentes ó qué bestias son las que están aquí?

—Frescos estamos, advirtió Herminio. El primer saludo de ese montaraz es tratarnos de brutos.

—No os ha conocido. Acércate, hijo mio, que estos caballeros desean hablarte.

—¡Ah! ¿Con que los caballeros son medio hombres y medio caballos? observó Bertoldino.

—¡Otra te pego! ¿Con que somos medio hombres y medio bestias?

—No quiere decir tal, sino que como no ha visto en su vida caballos, se le antoja que vosotros y el caballo sois una misma cosa.

—Poco importa que se lo figure. Hazle venir acá.

—¡Ay cuántas piernas tienen! A cada uno ya le he contado seis. ¡Zape! Y ¡cómo correrán! exclamó Bertoldino.

—Calla, tonto, dijo Marcolfa, que las cuatro de abajo son de las bestias, y las otras dos de los caballeros.

—¡Digo! ¿No ves cómo estos animales se están comiendo el hierro? ¿Si tendrán tripas de plomo?

—Sí, de estaño, dijo Herminio. ¡Habrá idiota! No, no se dirá de este: de tal palo tal astilla. ¡Lástima grande que el astuto y agudo Bertoldo tuviese un hijo tan estólido! ¿Qué solaz podrá disfrutar el rey con tal majadero? Sin embargo, no conseguirémos poco si se lo llevamos. Ea, Bertoldino, disponte á venir con nosotros.

—¿Adónde me quereis llevar?

—A la córte.

—¿Qué tengo de hacer allá? ¿Seré caballero lacayo?

—¡Vaya un mentecato! exclamó Herminio.

—Díme, continuó Bertoldino: esa córte ¿es macho ó hembra, está arriba ó abajo?



Madre ¿que gente ó que bestias son esas?

—Como gustes. Vente con nosotros, que serás muy dichoso, pues te espera una buena ventura.

—¿Cómo anda vestida la buena ventura, para que la conozca al verla?

—De oro, plata y piedras preciosas; y tú tambien irás ricamente vestido como ella, tratarás con las damas más ilustres y con los caballeros más principales, quienes te considerarán como á igual suyo, estimándote todos porque gozarás el favor del rey.

—Y ¿podré llevar mis cabras á la sala del rey cuando quisiere?

—Sí, sí, siempre que gustes. Y tú, señora, ¿cómo te llamas?

—Marcolfa.

—Pues, Marcolfa, si deseas venir empieza á liar el hato.

—Tan fácil será abandonar mi choza, aunque sea de tapia y ramas, como que los rústicos pierdan su malicia; lo que deseo es que cuanto ántes te vayas de aquí sin mi hijo, porque si te lo llevas de seguro no viviré cuatro dias. Además, aunque soy madre y puede cegarme la pasion, conozco que el mozuelo es un pedazo de alcornoque, y si os lo llevais será el hazmereir de la córte, en la cual bien sabeis que no se admiten chisgarabíses ni badulaques, sino sugetos astutos, entendidos, que conozcan la aguja de marcar, y no unos pobres palurdos como nosotros.

—No importa, que se le enseñará lo que ignore; pues no fáltarán maestros que le instruyan en las buenas costumbres, cortesía y política: déjale venir con nosotros y nada temas.

—¿Qué dices, Bertoldino? ¿Quieres ir ó no á la córte?

—Si vienes, me resolveré; si no, de ningun modo.

Marcolfa titubeó algunos instantes, y por fin dijo:

—Iré para que alcances la fortuna que te aguarda; pero ántes de partir quiero encargar la casa á una vecina que vive cerca de aquí, para que la cuide hasta mi regreso, si Dios lo permite.

—Y ¿á quién dejaré mis cabras? preguntó Bertoldino.

—A ella tambien, dijo Marcolfa.

—No, no, que me las quiero llevar.

—No es necesario, pues allá las hay de sobra.

—¿Habrá tambien toros?

—Más que aquí, respondió Herminio. Vamos, que es lo más importante.

—Ya estoy determinado á dejarlas, puesto que por allá dices que abundan. Ea, madre, cuide la vecina las cabras, y despachémonos luego.

Marcolfa fué á casa de la vecina para confiarla el cuidado de la suya hasta la vuelta, y cogiendo luego estopa, cuatro husos, un par de zapatos viejos, la gata y la gallina que tenia, y enfaldando en las sayas lo que pudo, emprendieron el camino de la córte con los caballeros, quienes tratando de poner á caballo á Bertoldino, y no consiguiendo hacerle abrir las piernas, decidieron colocarle atasajado en la silla á guisa de fardo. Todos montados y andando á buen paso permitieron á Marcolfa que fuése á pié por complacerla. Llegaron á la ciudad, donde noticioso el rey les salió al encuentro con numeroso acompañamiento de cortesanos, y viendo un bulto sobre un caballo, empezó á reir preguntando á Herminio:

—¿Que envoltorio traes?

—Señor, es Bertoldino, hijo de Bertoldo. Le hemos hallado entre unos montes, en un vericueto hasta para los lobos inaccesible. Al propio tiempo debo participar á V. M. que viene su madre, quien, aunque rezagada, no puede tardar, pues camina á buen paso por sus piés, habiéndose negado tenazmente á montar á caballo.

—Y este ¿por qué no viene montado como se debe?

—Porque por más que nos esforzámos no quiso abrir las piernas, viéndonos precisados á traerle de este modo. Salvo vuestro parecer, opino, señor, que más acertado fuera dejarle en su choza, pues ademas de ser zafio rematado, es tan bobo que se le hará creer que los asnos vuelan. Baste para graduar su necedad que se le encajó en la cabeza que habia de traerse las cabras. ¡Cuánto nos ha costado sacarle de sus gazpachos y migas! ¡No se resistia poco á salir de su mísera cabaña!

—Todo se puede dar por bien empleado: bajadle con tiento, pues como no está acostumbrado á montar es natural que venga

algo molido. Al ver su rara figura, no se puede negar que es hijo de Bertoldo. Y ¿cómo se llama?

—Bertoldino; y aquella que viene es su madre, llamada Marcolfa, mujer tan perspicaz y aguda, que asombra á los más avisados; al paso que este bestia parece el reverso de la medalla de sus padres.

Llegó en esto Marcolfa á donde estaba el soberano, y doblando la rodilla dijo con el debido acatamiento:

—Serenísimo señor, el cielo te guarde, conserve tus estados y acreciente cada hora tu grandeza.

—Y á tí conceda cuanto desees, Marcolfa. ¿Vienes cansada?

—Más lo estuviera á no haber caminado.

—¿Qué dices? Explícate, pues como hablas equívocamente no te comprendo.

—Me explicaré. El que camina para obedecer á su superior como yo, nunca se cansa, al contrario del que no sirve con buena voluntad, que se fatiga aunque vaya despacio, porque ya tiene el pensamiento y la voluntad cansados ántes de ponerse en camino.

—Acabas de probarme que has sido consorte de mi estimado Bertoldo, pues en llegando ya brota de tus labios una admirable sentencia.

Y dirigiéndose á los de la comitiva añadió:

—Vaya, que al punto les dispongan alojamiento y vistan lucidamente al uso de la córte, presentándolos despues á la reina.

—Suplico, serenísimo señor, que me concedais una gracia, dijo Marcolfa.

—Con mucho gusto.

—Se reduce á que no nos despojen de nuestros trapos, á los cuales estamos acostumbrados, pues de quitárnoslos nos sucederá lo que al árbol á quien se desnuda de su natural corteza, que no sólo deja de producir fruto, sino que luego luego se seca. Si nos adornas con ricas telas de oro y plata, aumentará nuestra vanidad, y engañado el mundo al vernos con tanta gala, imaginará que somos personas encopetadas, de lo cual se seguirá que olvidarémos pronto nuestra humilde esfera, y reinará en nuestras pasiones

la soberbia con los demas vicios que la acompañan, y nos harémos aborrecibles de todos, viniendo á parar al cabo nuestras vanidades en el escarnio general. Señor, los villanos con zancos son gente muy mala; no puede hallarse otra más indómita, y todo su talento se reduce á la malicia, pues sólo han estudiado gramática parda como suele decirse, y por experiencia vemos que hallándose en pinganitos no aciertan á sostenerse, despeñándose bajo el peso de su ignorancia. Así, pues, déjanos con nuestros vestidos para que teniéndolos á la vista meditemos cada instante sobre nuestra pobreza y nos conservemos humildes, considerando que nacímos para servir y no para que nos sirvan.

—Sentencias muy grandes y dignas de consideracion has pronunciado, muestra de la sinceridad de tu ánimo. Conozco que el cielo te ha favorecido con sus gracias, pero no instes sobre el particular, que deseo vistas ricos trajes y seas servida como mereces.

—Señor, te suplico oigas una fábula, que si bien no viene muy á pelo, me la contó mi marido Bertoldo, de feliz memoria, durante una de las largas veladas de invierno.

—Cuéntala, que la escucharé gustoso.

—Díjome, pues, que habia oido referir á su abuelo que, pasando cierta ocasion por las tierras de Trapisonda á donde suelen llevar las patas de anguilas ahumadas, habia un asno descomunal que, viendo un dia caballos de regalo con arreos guarnecidos de oro y plata, frenos con rosetas y broches dorados, y gualdrapas y tapafundas bordadas, se le encasquetó que tambien debian enjaezarle de la misma manera, alegando que aquello no se hacia por la nobleza del caballo, pues nació para servir como los demas irracionales, y si era por antigüedad, no cedia la suya á ninguna otra. A semejantes razones respondió el amo: ¿No conoces que estás diciendo un solemne desatino? Has de saber que cuando se crearon las bestias le fue designado á cada una su destino: al buey la carreta, al gato la caza del raton, al caballo la silla, y á tí los palos y cargas. No ascenderias á más aunque tuvieses todo el oro del mundo; siempre serias conocido por asno, y como tienes las orejas tan lar-

gas, nunca podrias ocultar, por mucho que te adornases, que eres asno dedicado á sufrir cargas y palizas. Si las orejas han de ser la pinta que me descubran, replicó el jumento, presto se puede remediar cortándomelas á la medida de las que tienen los caballos; y cuando sane de las heridas, poniéndome la gualdrapa y demas atavíos nadie me conocerá por asno; por consiguiente, que venga cuanto ántes el mariscal y me las acorte. El amo, por complacerle, se las mandó cortar y curar, y despues que estuvo bueno le compró galanos jaeces como los de los caballos. Era tan corpulento que todos le creyeron de regalo, y así anduvo muchos dias sin ser conocido; mas como la naturaleza vence siempre, por cuya razon la cabra tira al monte, el infeliz animal vió pasar una burra por la calle, y abandonando la compañía de los caballos, echó á correr tras la hembra con tan desaforados rebuznos, que nadie podia detenerle; tiró silla y gualdrapa, rompió el freno, cometió otros mil desmanes, y despojado de los ricos aparejos, á dos por tres descubrió su borrical ascendencia; con que despues de reconocer el engaño los que le tuvieran por caballo, lleváronle á la cuadra donde le zurraron muy bien la badana, reduciéndole á su primer oficio de llevar cargas, para lo cual nació (1).

Serenísimo señor, este ejemplo puede aplicársenos. Si nos haces vestir lujosos trajes y alternar con los personajes de la córte, todos nos honrarán y tendrán en buena opinion miéntras callemos; pero en oyéndonos hablar conocerán que somos dos villanos rústicos y tontos, y lo que al principio merezcamos de aprecio y estimacion servirá despues de mofa y escarnio para nosotros; con que si quieres que vistamos otro traje dispon que no tenga oro ni seda, pues desdicen de nosotros los atavíos, y más para este hijazo que Dios me dió tan ridículo y monstruoso.

—Me has contado una fábula sentenciosa y ejemplar, y confieso que son convincentes las razones que ha sabido aducir tu claro entendimiento para refutarme. Al oirte nadie te juzgará por mujer ordinaria, pues no obstante las apariencias, en el fondo eres todo lo contrario; y no te aflijas si Bertoldino hace ó dice alguna incon-

veniencia, porque no ignoro que será menester perdonarle por inocente y acostumbrado á tratar con gentes de su jaez. Rozándose y departiendo con los cortesanos se le irá puliendo la inteligencia, y cuando se halle más despejado dispondré que se le instruya como es debido. En fin, Herminio, llévalos á su estancia; procura que les hagan los vestidos del paño más fino que se encontrare, y nada les falte de cuanto necesiten. Cuando hayan descansado, preséntalos á la reina, que les espera con impaciencia.

—Señor, serás obedecido. Vamos, Marcolfa, seguidme.

—¿Adónde nos llevas? preguntó Bertoldino.

—Al cuarto de tu padre.

—Mi padre está debajo de tierra, y por lo visto nos quieres sepultar con él. ¡Ay madre! volvámonos á casa.

—No dice tal, zopenco, sino que vamos á la estancia de que era huésped tu padre cuando vivia.

—Con que ¿mi padre tenia posada?

—¿Qué posada ni qué alforjas, sándio?

—Como diz que vamos á la de mi padre, figurábame que habia sido posadero.

—Quiere decir donde habitaba. ¡Ay desdichada de mí! Y ¡qué bien dije que aquí me volveria loca con este bestia! ¡Pluguiese al cielo que no hubiese salido de mi casa!

—Vamos, ven conmigo y no te desazones.

Y obedeciendo el real mandato acompañóles Herminio á una estancia suntuosamente adornada de tapicerías, cortinajes de tisú, techo artesonado y sostenido por elegantes columnas, dos camas con colgaduras de brocado de oro, colchas de seda primorosamente bordadas, y otros muebles y alhajas de exquisito primor y riqueza. Mandó llamar despues al sastre para vestirlos con la decencia que el rey previno, y hechas las prendas á la mayor brevedad, al otro dia probaron á Bertoldino las suyas; mas al ajustarle el jubon se le subió un poco oprimiéndole la garganta, y acostumbrado á llevar vestidos holgados, en su ignorancia imaginóse que al apretarle el sastre inten-

taba ahogarle, por lo cual empezó á poner el grito en el cielo.

—Ignoro por qué el rey ha mandado estrangularme.

—¿Qué dices? preguntó el sastre.

—¿No eres el verdugo?

—Soy el sastre de S. M.

—¿Hasle estrangulado alguna vez?

—¿A mi rey y señor? ¡Qué barbaridad!

—Pues ¿por qué me estrangulas á mí, y á él no?

—¿Qué hago para decir que te estrangulo?

—Tanto me aprietas la garganta que no puedo respirar.

—¿No adviertes que el vestido debe abrocharse é ir ajustado á la garganta?

—Si me aprietas más no podré sufrirlo, pues ya siento que me van subiendo del estómago los puches que comí há poco. ¡Quita, quita, que suben sin poderlo remediar!

Y esto diciendo Bertoldino dió con lo de su estómago en la cara del sastre, quien exclamó encolerizado:

—¡Bruto! ¡Mal torozon te dé Dios, puerco de los diablos! ¡Mira cómo me has puesto! ¡Así reventases!

—¿Por qué me apretabas tanto, avisándote que ya no podia más? Déjame con mis vestidos viejos y holgados, que no quiero me encajes por fuerza en ese saco apretado.

—En fin, el villano en todas partes dará á conocer lo que es, y nadie por más que haga sacará á la rana del charco. Toma tu ropa, porque el ponerte otra es lo mismo que ensillar un cerdo.

Y con el hocico emplastado fuése gruñendo el sastre á su casa, lavóse bien, y salió despues en busca del rey para referirle lo sucedido. Desternillábase el monarca de risa durante la narracion, considerando la inocencia del uno y la formalidad del otro. Llamó á palacio otro sastre, el cual hizo el vestido ancho que Bertoldino deseaba, y á Marcolfa un jubon de paño fino; y así vestidos presentáronles á la reina, quien al ver aquellos rostros tan ridículos no pudo tener la risa. Notando Marcolfa la burla, hizo una reverencia á lo campesino y dijo:

—Serenísima señora, en cierta ocasion oí contar allá en la montaña á una vieja de hasta ciento veinte años, que cuando los grajos hablaban aconteció lo que voy á referir. Como siempre han mostrado gran predileccion por los campanarios, segun se observa en nuestros tiempos, un dia subieron á la torre de Babilonia, desde cuya altura contemplaron los sucesos del mundo; vieron como unos engañaban á otros; distinguieron á los petardistas, embusteros, los amos desagradecidos, los criados poco fieles, las criadas desobedientes, las madres nada modestas, los padres disolutos, los hijos viciosos, las viudas escandalosas, los cortesanos vanidosos, los validos lisonjeros, los bufones descarados, los jueces injustos, las rameras falsas, los terceros malvados, en fin, el mundo enredado y revuelto, notando los hechos de cada uno. Oyeron referirse unos á otros el modo que tenian para vivir engañando al prójimo, y vieron que llegaba á tal extremo la desconfianza que ya nadie se fiaba ni siquiera de sí mismo; los negocios adolecian de mala fe, yendo todo cada dia de mal en peor. En resolucion, reparando los hombres que se divulgaban sus delitos por las malas lenguas de los grajos, citáronlos ante la reina de las aves, acusándolos del grave crímen de curiosidad y propaladores de sus vicios y depravadas costumbres, por cuya causa el mundo se hallaba notablemente infamado. Oyendo la reina tan fundadas quejas llamó á los grajos, reprendióles severamente, y les prohibió publicar lo que vieran desde la torre, so pena de pelarles las cabezas con agua hirviendo. Desde entónces los grajos no hablan y sólo se concretan á graznar continuamente: *Crás*, *crás*, *crás*, que significa *mañana*, *mañana, mañana*, porque de un dia á otro esperan la facultad de hablar, y si les es concedida revelarán muchas cosas que ahora encubre la solapada malicia. Pero teniéndome embelesada la narracion de esta fábula, añadió Marcolfa, la buena vieja me contó otra que referiré si lo permites, pues tambien cumple á nuestro objeto.

Y obtenida la anuencia de la soberana, continuó:

—Dijeron pues las aves de quienes hablábamos que, cuando los

caracoles tenian pellejo, halláronse en la ciudad de las sanguijuelas algunos ratones mercaderes de higos secos, que abastecian la ciudad y lugares comarcanos.

Encaminábanse allá varios comerciantes de Indias con crecida cantidad de nueces moscadas para trocarlas por higos secos; mas sucedió que hallándose un dia fatigados de tan largo viaje hicieron alto al pié de una encina situada en un verde prado, en donde se quedaron dormidos, y á lo mejor del sueño sobrevino una manada de jabalíes que á hocicadas rasgaron los sacos y comiéronse las nueces; aunque en el pecado llevaron la penitencia, pues acostumbrados á la bellota, se les revolvió de tal modo el estómago que las vomitaron con las tripas.

Muy afligidos quedaron los mercaderes al despertar, encontrándose los sacos rotos y vacíos; empero continuaron el camino, y hallando más adelante unos pellejos de ardillas, los destinaron para regalar al rey de las tencas fritas, por cuya ciudad debian pasar, quien apreció sobremanera el obsequio, agasajándoles con gran cantidad de criadillas de tierra. Fuéronse con este presente á la ciudad de las sanguijuelas, donde por falta de segadores se vieron obligadas á segar aquel año las miéses, y tuvieron proporcion de hacer negocio, trocaron las criadillas por higos secos, dándoles ademas una partida de hongos salados. Embarcáronse y llegaron al puerto de las lagartijas, abordando á los pocos dias en otro que se llamaba de los escarabajos, en el cual resolvieron descansar algunos dias, á cuyo efecto tomaron tierra y llevaron los barriles á la aduana, pagando los derechos consiguientes; mas habiendo tenido harta confianza en aquellos empleados, recibieron un solemne chasco, y fue que los escarabajos idearon la pesada burla de alzarse con los higos y llenar los barriles de boñiga, dejándolos de manera que no se echase de ver el fraude.

Efectivamente, volvieron los mercaderes á ponerse en camino sin sospechar lo más mínimo, y en pocos dias llegaron á su patria. Acudieron los moradores de la ciudad inmediata á felicitarles por su regreso, siendo tal el tropel y la confusion de los que deseaban

comprar higos, que les tenian acorralados, deseando todos ver las mercancías. Destaparon por fin los barriles, y quedaron suspensos y mudos de asombro al encontrarse en lugar de higos las tortas excrementicias, armándose tal alboroto de palmadas, silbidos y risotadas, que corridos y avergonzados tuvieron que escapar de la plaza. Volviéronse á la aldea donde nacieron, y á los pocos dias murieron desconsolados con tan imprevisto percance.

Esta fábula me contó la vieja, que viene, señora, como de molde á nuestro caso. El rey nos mandó á buscar, sacándonos de nuestro centro, persuadido sin duda de que seríamos aptos y á propósito para vivir en la córte, y á cada paso témome que le suceda lo que á los pobres mercaderes, teniendo que sonrojarse, porque en lugar de higos dulces y sabrosos se encuentre con asquerosa mercancía, como somos nosotros, que presumo fastidiarémos en breve á todos, segun ya lo han empezado á probar las sandeces de Bertoldino, que cada dia van aumentando. Preferible fuera que el rey nos dejara tranquilos en nuestra choza, á mandarnos venir á ser mofa de palacio; pero ya que tal es su voluntad, estoy pronta á acatar humildemente sus órdenes.

—A no oirlo, dijo la reina, nunca creyera tu grande elocuencia y los ejemplos que tan oportunamente acabas de aducir. Apénas acierto á persuadirme de que hayas nacido en un desierto, pues tu cultura y lenguaje suelen ser dotes peculiares de quien se ha educado entre varones doctos en alguna populosa ciudad, dedicándose á la lectura de libros curiosos é instructivos. Si tu marido maravilló á la córte con sus sutiles astucias y sabias sentencias, tú asombras y confundes á los ingenios más esclarecidos que te oyen. Toma este anillo, y póntelo en el dedo como testimonio del singular cariño que me mereces.

—La viuda no debe llevar más anillo que el de desposada; me basta saber que puedo agradarte.

—Pues ¿qué te daré que sea de tu gusto?

—Nada, cuando necesitas más que yo.

—No ignoras que, como reina de Italia, poseo tantos tesoros que á nadie cedo en grandeza.

—¡Ah! te faltan tantas cosas, señora, que...

—¿Qué me falta? Deseo que me lo digas.

—No saldré de esta córte ¡por quien soy, señora! sin conseguir que confieses lo mucho que necesitas; y como á la necesidad se sigue la pobreza, habrás de convenir en que eres más pobre que yo.

—Cuando me desengañes probándome lo que dices, convendré en que eres la mujer más grande del mundo. Interin, vete á descansar. Y tú, Bertoldino, espero que vengas á visitarme con frecuencia.

—¿Qué quiere decir visitar? preguntó el simple.

—Que vengas á verme todos los dias.

—¿Acaso soy algun mendrugo de pan?

—¿No lo dije, señora? exclamó Marcolfa. ¿Ves este majadero cómo interpreta tu soberano mandato?

—No importa; en las córtes todo pasa desapercibido, por la gran variedad de gentes que en ellas existe. En fin, retiráos y descansad.

Llegaron á su habitacion que, como se dijo, estaba maravillosamente adornada y surtida de todo lo necesario, y trabaron los dos conversacion, diciendo Bertoldino á Marcolfa:

—Madre, he oido decir que la reina quiere estar sobre todas las demas mujeres, y seria lo mejor que cuanto ántes nos volviéramos á casa, porque si ella se pone encima de tí, has de echar las tripas por la boca, siendo más gorda que la vaca que tenemos en casa: vámonos de aquí, porque si no, verás cómo te hace reventar.

—Mira, tonto, cuando se dice que la reina está sobre todas las mujeres, no es lo que entiendes de subirse encima de ellas, sino que como señora y dueña es más que todas, y como tal debe ser venerada.

—Sí, sí. ¡Ya verás si ella se sube encima de tí, si te da gana de reir ó de llorar!

—Calla, babieca, que no sé á quién te pareces, pues no puedo

creer que de hombre de tan claro ingenio como era tu padre, haya salido un zoquete semejante.

—Pregunto: ¿quién nació primero, yo ó mi padre?

—¡Válgame Dios! ¡Qué mameluco tan grande! ¿Cómo quieres haber nacido primero que tu padre? ¡Ay pobre de mí! ¡Que yo haya venido á la córte con este gran pollino!

—Díme, madre: ¿al rey se le da el tratamiento de amo ó de señor?

—Discurro que el que le des será bueno, pues de cualquiera suerte que hables siempre te explicarás peor. No obstante, si quieres que no se rian de tí, no abras jamas la boca.

—Y ¿si se me ofrece bostezar?

—En fin, ábrela cuando quisieres, que de todos modos la córte ya te ha conocido por un simplon, dando que reir á todos; y lo peor es que siempre te sucederá lo mismo, pues tus sandeces no tienen término.

—Con que ¿las córtes se rien? Y ¿dónde tienen la boca?

—Calla, que viene gente, y me parece que es el rey.

—¿Qué nos quiere ese señor?

—Cierra la boca y nada digas ahora.

—Ya la cierro; mírame bien como la tengo cerrada.

—Sí, sí. Tenla bien cerrada, hasta que yo te diga que hables.

Durante la conversacion de Bertoldino con su madre estuvo escuchando el monarca con gran gusto, tanto por la inocencia del uno, cuanto por la agudeza y talento de la otra; por cuya razon les mandó llamar, y conduciéndoles en su carroza á una quinta situada en las cercanías de la ciudad, hermoseada con deliciosos jardines, vastos viñedos, espesos bosques, un bellísimo estanque con peces, y otros varios recreos, habló á Marcolfa en estos términos:

—Haciéndome cargo de que acostumbrada á tu libertad y á la vida del campo te servirá de cárcel la ciudad, me ha parecido conveniente cederte esta quinta para que disfrutes de ella y goces de sus recreos; por lo cual te hago donacion de todo lo que encierra, advirtiendo que ha de ser con la obligacion de que Bertol-

dino vaya á verme lo ménos una vez al dia. Aquí hallarás todo lo necesario, y si faltare algo, dispondré que os provean de cuanto pidiereis.

—Agradezco, señor, tu generosa magnanimidad, pues no me reconozco digna de tanta honra, siendo mujer criada en rústicos pañales y nacida en agrestes lugares. No hallo circunstancias en mí para habitar en sitios reales como estos; y más me convendria vivir entre cuevas y peñascos, donde no habita la riqueza ni la cortesía, pues ya puedes considerar que tanta grandeza no se aviene con mi humilde clase, ni ménos con este idiota que únicamente sirve de risa. Cree, señor, que vivo avergonzada y corrida de ver que es la irrision de todos, y cada dia más pasmada de que de agua tan clara y dulce haya salido un pescado tan amargo; quiero decir que de un padre tan entendido y sentencioso haya nacido un hijo tan rudo y simple, cuya ignorancia llega hasta el extremo de preguntar al levantarse de la cama cuál es lo primero que ha de poner en el suelo, si los piés ó la cabeza.

—¿Es cierto, Bertoldino? ¿No respondes? ¿Por qué tienes cerrada la boca?

—Porque yo se lo he mandado.

—¿Cómo así?

—Me preguntó la mayor necedad que puede ocurrirse, cual es la de qué tratamiento se da á tu real persona, y le respondí que de cualquier modo hablará bien, como no abra la boca.

—Pensaba que hubiese dicho otro desatino mayor, pues por eso no es justo privarle del don de la palabra que Dios le concedió; además, prefiero los inocentes por naturaleza á los tontos por conveniencia. Ea, Bertoldino, te doy licencia para hablar: abre la boca.

—Mi madre no quiere, y dice que la tenga cerrada.

—Habla, pero mira lo que dices, y reflexiona que estás delante del rey.

—Yo quisiera que se fuése de aquí cuanto ántes.

—¡Ah! pícaro, ingrato. ¿Son palabras esas para decirlas á nuestro dueño y señor, debiéndole tantos y tan grandes beneficios? ¿Por qué quieres que se vaya?

—Porque miéntras está aquí no puedo ir á merendar.

—¡Admirable atencion! ¿Te parece que es buen modo ser tan descortés? No hagas caso de este necio; doite las gracias por el bien que nos dispensas, pues no soy ingrata como este bruto, que desea te vayas de aquí para saciar su apetito desordenado.

—Tiene muchísima razon en lo que ha dicho, y ahora sostengo que no es tan tonto como opinan. Os dejo; quedad con Dios, y no te olvides de ir á verme todos los dias. ¿Lo has entendido? dijo á Bertoldino.

—Sí, señor amo. Pero pregunto: ¿cuál es el dia más largo, el de la ciudad ó el de la villa?

—Tan largo es el uno como el otro. Vaya, cuidado que olvides mi encargo.

—Ya escampa y á cántaros llovia. ¡Miren qué discreta pregunta! ¡Válgame Dios, qué jumento! Señor, no dejaré de enviarle todos los dias por complacerte.

—Cuida de Bertoldino, Marcolfa, y hasta la vista.

—Buen viaje, señor, y concédate el cielo cuanto en mi gratitud para tí deseo.

ALEGORÍA II.

LOS DISCURSOS DE LOS SABIOS COMPLACEN Y DAN FRUTO; LOS DE LOS IGNORANTES EMPALAGAN Y NO SON DE UTILIDAD ALGUNA.

Luego que se fué el rey quedaron Marcolfa y Bertoldino dueños de la quinta en virtud de la cesion que se les hizo. Estaba esta adornada de cuanto puede apetecerse para vivir con comodidad,

contando entre los amenos sitios de los jardines con un estanque que contenia gran diversidad de pesca, entre la cual, como es consiguiente, se criaban ranas. Sucedió, pues, que cierto dia estaba Bertoldino en el borde del estanque divirtiéndose en contemplar los peces que corrian y saltaban, cuando reparó que gran número de ranas nadaban y cantaban en desconcierto; y como parece que con su particular canto remeden las palabras *cuatro*, *cuatro*, figurósele á Bertoldino que le decian que el rey no le habia dado mas que cuatro escudos, siendo así que le regaló mil; por cuya razon corrió á casa muy enfadado, tomó el cofrecillo de los escudos, se volvió al estanque y empezó á tirar puñados de ellos hácia donde cantaban las ranas, exclamando:

—Tomad, animales de Barrabas, contadlos y veréis si son más de cuatro.

Pero como á pesar de esto redoblasen el canto, menudeó los puñados, añadiendo:

—Tomad, canalla, y veréis cómo nos ha dado el rey más de mil escudos.

Y diciendo y haciendo no sólo acabó el dinero, sino que no creyéndolo bastante para acallar á las ranas, arrojó con cólera al agua el cofrecillo, y despues de denostarlas y maldecirlas, volvióse á casa furioso como un tigre.

Al verle Marcolfa de tal modo, salióle al encuentro preguntando sobresaltada:

—¿Qué tienes, Bertoldino, que vienes tan sofocado?

—Estoy trinando contra las ranas del estanque.

—¿Por qué? ¿Te han hecho algun daño?

—Ellas lo saben.

—¿Te han interrumpido el sueño con sus chillidos?

—Mucho peor es lo que me ha sucedido.

—Pues ¿qué es? Acaba, dílo.

—¿No te acuerdas de que el rey nos regaló un cofrecito de escudos?

—Sí, y ¿qué?

—Has de saber que dieron en decir aquellas malditas bestias que sólo dió cuatro, y al oir tamaña mentira las arrojé un buen puñado para que se desengañaran; pero prosiguiendo en sus *cuatro, cuatro*, echéles otro puñado, y como persistiesen en su obstinacion, les arrojé el cofrecillo para que los contasen y quedasen desengañadas. Ahora volverán á poner todo el dinero en el arca, y cuando vaya me lo entregarán y lo traeré á casa sin que falte ni un escudo. ¿Qué dices á esto, madre? ¿No he obrado como hombre de bien?

—Con que ¿has arrojado los escudos al estanque? exclamó Marcolfa.

—¡Si decian que no eran mas que cuatro!

—¡Ay desventurada de mí! ¡Desdichada Marcolfa! ¡Salvaje, imbécil, no sé cómo no te ahogo entre mis manos. ¿Qué dirá el rey cuando sepa semejante locura? Es natural que se irrite y nos despida por culpa tuya, gran bestiaza; si te echase á galeras seria bien merecido. ¡Qué loco pudiera cometer tal desatino!

—Su señoría diga lo que quisiere; suya es la culpa; tuviera enseñadas sus ranas á que supiesen los escudos que regalaba. Y lo peor de todo será que si prosiguen en gritar, me enfadarán de tal suerte, que las tiraré cuantos trastos halle en casa. Espero que lo verás como sigan mareándome, pues de este modo las enseñaré á que no hagan mofa de mí; y cuidado conmigo, que soy más bestia que todas ellas.

—En tu vida has dicho mayor verdad; y si cabe, eres mayor bestia que todas las bestias juntas.

—Venid conmigo, y oiréis su maldita obstinacion, pues ahora hacen más ruido que nunca; quiero ir allá y arrojarles toda la casa.

—¡Ay pobre de mí! ¿Adónde vas?

—Pues que se estén quietas y callen, porque si no...

—Cálmate, que yo haré que los pescadores las cojan con cierto bocadito, y así no te enfadarán más; espérame aquí, que voy á la ciudad para ver si los encuentro ya que has dado en ese tema; entre tanto guarda la casa.

Despues que se fué Marcolfa, cometió Bertoldino otro desatino, ó mejor dicho otros dos todavía mayores que el primero. Habiéndola oido decir que las ranas se cogian con un bocado, imaginó que á fuerza de bocaditos de pan lo conseguiria ántes que volviese su madre. Oyó que continuaban cantando, y no pudiendo contener la cólera, fuése adonde estaba el pan, lo partió á bocados, y metiéndolos en un saco, encaminóse al estanque, al cual los arrojó todos de golpe. Sumergiéronse las ranas al caer los mendrugos en el agua, y subieron los peces atraidos por el cebo; pero como eran muchos, tropezaban los unos con los otros, de suerte que parecia que diesen una sangrienta batalla.

Por último, en breve tiempo dieron fin al socorro de los mendrugos. Viendo Bertoldino que se habian comido todo el pan, regresó á casa furioso, cargó con un costal de harina, y llegando al estanque empezó á echarla con una pala á los peces, creyendo cegarlos al darles en los ojos segun fuésen apareciendo. Llevado á cabo tal disparate, volvióse á casa satisfecho de su venganza.

ALEGORÍA III.

LOS FARSANTES REDUCEN Á ALGUNOS LOCOS Á TAN DEPLORABLE ESTADO, QUE TARDE Ó NUNCA RECUPERAN EL JUICIO.

Al llegar Bertoldino á su casa despues de lo referido, reparó en una clueca que empollaba huevos en un ceston, quitóla, y poniéndose en su lugar los aplastó todos. Estando metido en la cesta llamó á la puerta Marcolfa, quien léjos de ir en busca de los

pescadores como dijera, fuése á ver á la reina para proporcionarla un rato de distraccion con su visita. Bertoldino no respondió: llamó por segunda y tercera vez, y obteniendo el mismo resultado que la primera, empezó á dar voces diciendo:

—Bertoldino, Bertoldino, ven, hijo, y ábreme la puerta.

—No puedo.

—¿Por qué no puedes?

—Estoy metido en el cesto de la clueca.

—Y ¿qué estás haciendo?

—Estoy sacando los pollitos.

—¿Tú sacar pollos? ¡Ay desdichada de mí! ¡habrá aplastado los huevos! Ea, ven, abre la puerta.

—Ya he dicho que no puedo, madre, porque empiezan á nacer ahora y siento ya que uno me está picando.

—¡Habrá mujer más infeliz! ¿Qué haré con este bruto? ¡Oh, nunca hubiera venido aquí con este tonto! Bertoldino, Bertoldino, ábreme.

—Madre, poquito á poco, que la clueca me está mirando, y no quiere apartarse del cesto.

—Ven, hijo mio, y ábreme la puerta.

—Espera un poco, que ya voy.

Salió Bertoldino de la cesta y abrió á su madre, la cual, como le vió tan pringado de los huevos, empezó á gritar indignada exclamando:

—¡Ah pícaro, traidor, infame! ¿Qué has hecho?

—¿Qué tienes? ¿De qué te alborotas?

—Grandísimo bestia, ¿qué quieres que tenga? ¿No ves qué buena la has hecho? ¡Mira qué pringado estás! Voy corriendo á pedir licencia al rey para volver á la montaña, pues con los desatinos y brutalidades tuyas no es posible vivir entre gentes. Ahora conozco la prudencia de que usó tu padre en no querer revelar á nadie que tenia hijos, pues bien preveia que le servirias de sonrojo y vergüenza. ¿Qué bestia cometiera el desatino de romper los huevos y ahogar los pollos que empezaban á nacer? Ademas, ¡mírate qué

limpio estás! ¿Qué dirás al rey cuando te llame, y pregunte por qué estás tan asqueroso?

—Diréle que he hecho una tortilla en mis asentaderas.

—¡Oh qué respuesta tan decente y propia de tu gran discrecion! Quítate al punto esas medias, ponte otras, y vamos á comer, que debemos ir á la ciudad.

—Y ¿qué has de comer, si en casa no hay bocado de pan?

—¿Cómo que no hay pan? ¿No dejé de sobra al salir?

—Cierto.

—Pues ¿dónde está?

—¿No dijiste que las ranas se cogian con un bocado?

—Y ¿qué quieres decir con eso?

—Todo el pan que habia en casa lo he echado en el estanque en bocados para coger las ranas; pero los malditos peces acudieron, y se lo comieron todo; de suerte que no han dejado á las ranas el más pequeño bocado; pero no te dé cuidado, que despues les he jugado una burla que has de reir mucho: empieza á reir, ríete por Barrabas.

—¿Que me ria? ¡Ah infame! Buena cosa para reir; más seguro es que con tus tonterías me hagas llorar. Veamos qué burla ó qué chasco les has pegado. Dílo, que discurro será otra locura mayor que la antecedente.

—¿No sabes que habia un costal de harina en casa?

—Sí.

—Pues como estaba tan enfadado con los peces porque se habian comido el pan de las ranas, tomé el saco de harina, y toda se la he tirado á los ojos.

—Y ¿para qué lo has hecho?

—Con ánimo de cegarlos, y creo que muchos habrán cegado, y no verán más luz en su vida; pues á paladas les tiraba la harina.

—¡Válgame Dios, qué locura! Ojalá te hubiese ahogado al tiempo que naciste. ¡Oh Bertoldo mio! Si vieras esto, ¿qué dirias? Tú que eras un manantial de sentencias, ¿qué harias al oir tales y tan

extravagantes simplezas? Vaya, disponte para ir á la ciudad, porque el rey desea verte.

—¿Por qué no viene si quiere verme?

—Sí, por cierto; más razon era que el rey te viniese á ver á tí. La merced que me has de hacer es cerrar la boca, y no abrirla hasta volver á casa, y no sea como otras veces, que has desobedecido.

—Y si el rey me pregunta alguna cosa, no pudiendo abrir la boca, ¿cómo quieres que le responda?

—Calla, que yo hablaré por los dos.

—Pues ya la cierro; mira si está bien cerrada.

—Así la has de tener, y no la abras hasta que yo te lo mande, si no quieres pagarlo caro cuando volvamos.

Despues de estos debates Marcolfa y Bertoldino se dirigieron á ver al rey, quien despues de grandes demostraciones de cariño preguntó á Bertoldino cómo estaba; mas viendo que no desplegaba el labio, se volvió el monarca á Marcolfa y la dijo:

—¿Por qué no responde? ¿Acaso le ha dado algun accidente que le impida hablar?

—Mejor fuera, señor, que hubiese nacido mudo, pues así no hablara tan enormes desatinos ni cometiera tales locuras como las que acaba de hacer miéntras estuve ausente de casa.

—¿Qué ha hecho?

—Señor, sé que con justa razon te has de enfadar cuando lo sepas, por lo que vuelvo á repetir que mejor hicieras dejándonos en en nuestras montañas, que conduciéndonos aquí, donde todo el mundo conocerá las tontadas de este necio.

—Pero ¿qué es ello, que segun lo ponderas das á entender ha cometido algun gravísimo delito? Dílo presto y no te aflijas, que aunque sea el más grave que se puede cometer, queda perdonado.

Contó Marcolfa lo sucedido con Bertoldino, y el rey en lugar de reprenderle empezó á reir de tal manera que se vió obligado, por no poder más, á tirarse sobre los almohadones por largo rato, hasta que reprimiendo la risa volvióse á Marcolfa diciendo:

—¿Esas son las graves faltas que me ibas á participar? Lo creia cosa de más entidad; bien hizo en enseñar á las ranas cómo han de hablar: no te aflijas, que no te faltará dinero, ni pan, ni cuanto hubieres menester.

—Señor, ya que te complaces en sus barbaridades, no diré esta boca es mia. Yo viendo que este ignorante no guarda el respeto y comedimiento debidos á T. M., le he mandado que no abra la boca sino en casa, porque tiemblo no prorumpa en tonterías indignas de pronunciarse en tu presencia.

—Pues yo le doy licencia para que hable cuanto quisiere; llévale á la cámara de la reina para que tenga un rato de diversion. Y tú, Bertoldino, aunque haya delante damas y caballeros, habla con toda libertad, y lo que te parezca, sin ningun temor, reparo ni sujecion.

Penetraron Marcolfa y Bertoldino en la habitacion de la reina, que les recibió con vivas expresiones de cariño; mas como el rey habia permitido á Bertoldino que hablase con entera libertad, tomó este vocablo por el nombre de una camarista de la reina que se llamaba Librada, quien se hallaba presente, y en vez de llamarla por su nombre, empezó á saludarla con los mayores disparates y desvergüenzas que su corto entendimiento le dictaba, y en términos rústicos la dijo:

—Libertada, ¿cuánto darias por ser bien apaleada?

—Y ¿por qué habia de serlo? Los palos se emplean en los burros como tú, replicó la camarista.

—Yo seria burro si tú fueras mi mujer, pues hablando con verdad, tu presencia es de burra vieja.

—¿Quién te ha dado libertad para ser tan desvergonzado con una dama de mis circunstancias y linaje? Véte á tu aldea, villano, á guardar cabras monteses, que es más propio para tí que tratar con racionales.

—¿Qué mejor cabra que tú? Te pareces á ellas hasta en el rumiar cuando comen sal.

—Guárdate de mí, insolente, que si te cojo te he de romper ese hocico de lechon.

—Si me rompes los hocicos, te aplastaré esa nariz de lechuza.

—Calla, Bertoldino. ¿Quién te ha mandado decir semejantes picardías á esa dama? exclamó la reina.

—El rey; y si no, pregúntalo á mi madre.

—¿Es cierto, Marcolfa?

—Serenísima señora, varias veces he protestado al rey que este muchacho no conviene en la córte, pues no todos se hacen cargo ni reflexionan que es tonto, y ya tiene agraviados á muchos. Porque no dijese algun desatino delante del rey, le mandé que tuviese la boca cerrada hasta volver á casa; pero no sólo le ha dado licencia vuestro esposo para que hable, sino que permitió lo hiciera como le pareciera sin sujecion alguna; y como este bruto todo lo entiende al pié de la letra ó al reves, habiendo oido llamar á vuestra camarista con el nombre de Librada, ha pensado el gran salvaje que el rey le autorizaba para decirla lo que se le viniese á la boca.

Cuando la reina oyó semejante tontería se echó á reir á carcajada suelta, en cuyo punto llegó el rey, y como le refiriesen lo sucedido, renovósele la risa, y cuando se le apaciguó regalóle (¡qué fortuna en un villano indiscreto!) cincuenta escudos de oro, y mandó se volviese á su casa; pero ántes de despedirse la reina le dió una buena reprension, diciéndole que en adelante no se desvergonzara más con sus damas; que mirase bien lo que hacia, si no queria como descortes y desatento experimentar un riguroso castigo, y se amparase de la modestia, que era en la córte la mejor prenda. Callando á todo Bertoldino, correspondió con una gran cortesía al uso de la montaña, prometiendo á la reina hacer lo que le mandaba, y partieron á su caserío.

Llegados allí, Bertoldino encontróse con la mujer del hortelano que se llamaba Modesta, y creyendo que el dicho de la reina se referia á la tal, se arrojó sobre ella sin andarse en rodeos, sujetándola por el guardapiés y llevándola á tirones como el lobo á la pobre oveja. Era tanta la violencia con que la empujaba, que casi púsole las faldas á la cabeza, viéndose obligada por los desmanes de aquel loco, que así es justo se le llame, á proferir grandes vo-

ces, á las que acudió precipitadamente su marido con un garrote, el cual se abstuvo de descargar sobre sus costillas por consideracion al rey, contentándose con arrancársela de las manos con gran trabajo, diciendo:

—Bestia, ¿quién te ha enseñado á usar con las mujeres acciones tan rústicas y villanas?

—La reina.

—¿La reina? ¿Qué daño ha causado á la reina para mandarla arrastrar de esta suerte?

—Vé á preguntárselo, que te lo dirá.

—Iré para averiguar esta infamia.

—Anda, y vuelve presto, para que pueda aprender cortesía, que tambien me encargó la estudiase.

Partió sin dilacion y ciego de cólera el hortelano, y echóse á los piés de la reina, refiriéndole el caso, y rogándola le manifestase si habia sido su voluntad que Bertoldino cometiera la infamia de arrastrar á su mujer públicamente, levantándola los vestidos sobre la cabeza, con otras indecencias. Respondió la soberana negativamente, añadiendo que ántes bien le habia reconvenido y exhortado á que aprendiese el modo de portarse en la córte, y que tuviese siempre presente la buena correspondencia, para lo cual le convendria abrazarse con la modestia, único camino para adquirir buen concepto; pero ni le he dicho, ni le he mandado, ni me ha pasado por las mientes que ofenda á tu mujer, ni se abrace con ninguna otra.

—¡Ay señora, que mi mujer se llama Modesta! exclamó el hortelano.

—¿Se llama Modesta tu esposa?

—Sí, señora.

—Comprendo pues que ha sucedido lo mismo que con mi camarista Librada. Díjole el rey que hablase con libertad, y pensó el majadero tener licencia para desvergonzarse con ella, de suerte que fuera menester valerse de la fuerza para refrenarle.

—Esto ha sido mayor bestialidad, y siento que el nombre de mi

mujer haya sido la causa de tal desórden: ya suponia que una señora de vuestras prendas y prudencia no era capaz de estimular tan indecorosa accion: permitid, pues, que me retire porque estoy con zozobra, temiendo que aquel bestia haga algo peor que lo pasado.

—Retírate, y dí á Marcolfa que venga cuanto ántes, pues tengo precision de hablarla.

—Señora, quedaréis al punto obedecida.

Encaminóse el hortelano á su casa, y encerró á su mujer en un cuarto, temeroso de que cometiese alguna otra fechoría aquel salvaje á quien aquietaron no sin trabajo.

El hortelano cumplió el encargo de la reina, y Marcolfa fuése en seguida á la córte, donde la recibió su soberana cariñosamente, y haciéndola sentar á su lado la dijo con rostro afable y bondadoso:

—Querida Marcolfa, te necesito como jamas hube menester á ninguna otra persona del mundo.

—El haber menester nace de la necesidad, la necesidad viene de la pobreza, y la pobreza de la carencia; por consiguiente eres más pobre que yo, pues no teniendo yo necesidad de tí ni de tus riquezas, queda probado que por grande y poderoso que cualquiera sea siempre ha menester de los demas (1).

—Es verdad; y con tan concluyentes razones, te aseguro que nunca más me alabaré de ser tan feliz que no necesite de nadie; pero dejemos por ahora este discurso, y vamos á lo que más importa, pues deseo que me ayudes en una cuestion importante.

—Como sea cosa que ataña á tu persona, aquí me tienes pronta para servirte.

—A no incumbirme, no te hiciera venir con tanta instancia. La noche pasada estuvímos de fiesta, con música, canto y baile, dando fin con un juego entre las damas y caballeros, en el cual quien perdia pagaba una prenda, imponiéndose varias penitencias para rescatarla; á unos se les hacia representar, á otros improvisar una décima, á estos recitar versos heróicos, á aquellos escribir cartas amorosas, etc., segun el capricho del depositario de las

prendas; y habiéndome tambien tocado pagar una, dí un solitario, el cual no me será devuelto sino en el caso de que esta noche descifre un enigma que por pena se me impuso. El enigma es este: *No tengo agua y bebo agua; que si tuviera agua beberia víno.* Despues de quebrarme la cabeza largo rato, no he podido sacar nada en limpio, y cuanto más pienso en ello, ménos acierto; por cuya razon mi diamante corre gran peligro. Sé muy bien que Dios te dió un ingenio agudo y sutil, y recuerdo que en cierta ocasion me explicaste este misterioso enigma; pero se me ha olvidado y es menester que des tormento á tu ingenio para que yo pueda rescatar mi prenda.

—Si sólo es eso, lo saben hasta los pastores de mi tierra.

—¿Cómo es posible? Y ¡la tengo yo por tan dificultosa!

—Voy á descifrártelo al instante.

—Mucho me place.

—El enigma se refiere al molinero, el cual se halla en un molino que no tiene agua bastante para moler; y como no muele no gana para poder comprar víno; siéndole preciso beber agua por necesidad, porque si tuviera agua para moler, tendria dinero para comprar víno, y no se hallaria reducido á beber agua. ¿Estás enterada?

—Conozco en efecto que esta es su interpretacion, la cual nunca adivinara, y estoy segura de recobrar mi prenda: por lo tanto sigamos hablando sobre otra materia para distraerme, pues tu conversacion me es gratísima.

—Malo es que el rio salga de madre; pero peor cuando están de mal humor los poderosos.

—¿Por qué?

—Porque el rio solamente perjudica los campos inmediatos, al paso que el poderoso malhumorado atemoriza á sus súbditos.

—Es verdad; mas eso seria cuando el humor procediese de alguna causa grave como de un ultraje y la sed de venganza, ó de desear alguna empresa y no poderla lograr; empero yo ignoro el motivo del mal humor que me aqueja.

—Quien tiene mal humor, no tiene sabor.

—No te entiendo.

—Hablaré de manera que me entiendas. El agua ¿por qué dicen que es húmeda?

—Porque moja.

—Dices bien, pero cuando se bebe, ¿qué sabor deja en la boca?

—Ninguno, porque es insípida.

—Pues hé ahí por qué el que está de mal humor no tiene sabor alguno, y suele causar enfado á cuantos le tratan; aunque es verdad que hay humores diferentes, alegres, melancólicos, pacíficos, gustosos, enfadosos, falsos, ligeros y tontos, como se ve en mi hijo Bertoldino, quien por ser tan gran bestia ocupa el primer lugar entre los imbéciles.

—No extraño que sea tonto; lo que me maravilla es que de padres tan agudos haya salido un hijo tan escaso de juicio.

—Ya sabes, señora, que las mujeres embarazadas son antojadizas, habiéndolas que apetecen cuanto ven, y no ha faltado quien deseara comer sesos de liebre y mollejas de mosquitos, de suerte que si unas desean cosas que fácilmente se encuentran, otras por al contrario raras y extrañas; por lo tanto, no te asombre lo que me sucedió cuando llevaba en el seno ese zángano que tantos disgustos me cuesta. Se me antojaron los sesos de un ánade, y como el antojo nació de mi pasion y delirio, ha sacado la cabeza con sesos de ánade (2), que es uno de los animales más tontos que Dios crió en este mundo, careciendo tanto de instinto, que por la noche no atina á dar con el nido: esta es la causa de que sea Bertoldino tan necio, siendo tan agudo su padre, y yo nada tonta.

—Es preciso tener paciencia, que otros son más fátuos, mayormente cuando sus cosas son tolerables. Ahora véte y dále de merendar, que ya es hora.

—Voime á casa, donde de seguro me espera alguna novedad.

—Te encargo que vengas á verme más á menudo.

ALEGORÍA IV.

LA SABIDURÍA NO SE HERMANA CON LA PRESUNCION, COMPAÑERA DE LA IGNORANCIA.

Interin la reina departia con Marcolfa, fuése Bertoldino á casa, y entrando en el corral vió volar una infinidad de grullas, y al punto imaginó que podria cogerlas, pues reparó que bajaban á beber en una artesa que habia para el uso del ganado. Discurrió varios medios, y no halló otro más hacedero que el de ver cómo las emborrachaba; por lo que fuése á la bodega, tomó un barril de víno generoso que el rey regalara á su madre, y lo vació dentro de la artesa; despues se escondió en un rincon para ver beber las grullas y el efecto que les causaria el víno. Apénas lo ejecutó cuando se posaron todas al rededor de la artesa, y empezaron á gustar de tan grata bebida, y tanto bebieron que se embriagaron cayendo todas como sin vida. A tal espectáculo, Bertoldino acudió con grande alborozo, y cogiéndolas una por una las ensartó al rededor de su cinto para llevárselas á su madre cuando viniese, creyendo haber ganado un gran trofeo. Distinguióla á lo léjos, y brincando de alegría empezó á dar voces diciendo:

—¡Mira las grullas, mira las grullas!

Quiso la fatalidad que con el movimiento, el aire y el tiempo trascurrido las grullas comenzaran á sentir la opresion del cinto; y viéndose oprimidas con mortales y terribles angustias, principiaron á sacudir las alas esforzándose para escaparse de aquel lazo. De tal suerte las batieron, que como eran muchas no pudo resistirlas,

y las grullas consiguieron levantarle á cierta altura.

Reparó Marcolfa que Bertoldino andaba por el aire, y no sabiendo el motivo de cosa tan extraña, trémula y confusa empezó á clamar:

—¡Ay pobre de mí, qué veo! Bertoldino, ¿qué te ha sucedido? ¿Adónde vas?

—A cenar con las grullas: sosiégate, que presto volveré.

—¡Desdichada de mí! ¡Bertoldino, Bertoldino!

—Ya no soy Bertoldino, sino grulla.

—¡Ay de mí, que las grullas se llevan á mi hijo! Dios sabe si le veré más! Ven, muerte, y acaba conmigo, que no quiero estar más en este mundo; ven, y me quitarás tantos disgustos como paso.

ALEGORÍA V.

QUIEN MEDRA CON EL SUDOR AJENO, LABRA SU PERDICION, INSPIRANDO LÁSTIMA Á LOS CIRCUNSPECTOS Y PREVISORES.

Miéntras Marcolfa se quejaba de su desdicha, las grullas emprendieron el vuelo hácia donde habian bebido, y casualmente sucedió que, cruzando un estanque abundante de pesca, se rompió el cinto que las sujetaba; y el pobre, á imitacion del infeliz Icaro, cayó de cabeza con las piernas hácia arriba, dando con su cuerpo en el agua, de suerte que con el estruendo los peces salieron á la orilla; mas como la fortuna sólo favorece á los tontos (1), despues de zambullirse varias veces salió sin lesion alguna. Llegó Marcolfa, y viéndole en estado tan lastimoso, le preguntó lo que le habia sucedido, diciendo:

—¡Pobrecito mio! ¿Cómo te llevaban por el aire las grullas?

—Las emborraché con el vino que nos regaló el rey.

—¡Ay desdichada de mí! ¿Qué has hecho, majadero, infame, tonto?

—No hice mas que vaciarlo en la artesa del ganado, bajaron las grullas al olorcillo, y se lo bebieron todo; despues que estuvieron embriagadas cayeron en el suelo como muertas; yo que las ví así, las fuí cogiendo y sujetando al cinto. De este modo iba á recibirte, cuando al llegar cerca de la puerta empezaron á volver de su letargo, aleteando con tal violencia, que pudieron más que yo y me levantaron en el aire, como viste. Quiso mi desgracia que se rompiese el cinto, que si no, yo volaba como ellas, y me llevaran á la casa de la luna, y desde allí al país de Culicotidonia, tierra donde son hembras las mujeres.

—No, que serán machos. Bruto, ¡qué pan tan mal empleado el que comes! Vamos á casa y te mudarás el vestido. ¡Qué bien dice aquel proverbio: *Nada les importa á los locos que se hundan las estrellas del cielo!* Mírese por experiencia este, que á pesar del peligro en que se ha hallado, lo toma á risa; no sé qué me haga con este jumento, pues cada dia comete mayores disparates. Ea, anda á casa.

—No quiero ir, que aquí me secaré al sol; anda tú y tráeme un cesto, que quiero llenarlo con los peces que salieron del agua cuando caí dentro, para regalos al rey, que lo agradecerá, y mucho más cuando le cuente la estratagema de que me he valido para cogerlos. ¡Vaya si reirá con esta nueva moda de pescar!

—Cierto que sí. Simplon, ¿no conoces que has perdido el juicio, y que no tienes más sesos que una mosca?

—Así los tuvieras tú y cuantos hay en el mundo; pues todo iria mejor. Si no, díme: cuando me crió Dios ¿estaba yo presente?

—Quítate de delante, que no puedo sufrir tantas simplezas, y repito que vayas á casa al punto.

—Ya he dicho que quiero coger los peces, y que me traigas una cesta; si no, me los pondré en los calzones, y se los llevaré así al rey. ¿Estamos?

—¡Ay infeliz de mí! Este bruto lo hará como lo dice. Espera, que te traeré la cesta y el vestido para complacerte.

ALEGORÍA VI.

CONTRA LA PRESUNCION, ACHAQUE DE TONTOS, EL ENTENDIMIENTO OFRECE EL VERDADERO ANTÍDOTO, INEFICAZ CUANDO ES TARDÍO.

Miéntras Marcolfa iba á buscar la cesta y el vestido, Bertoldino quedóse en cueros para que se enjugara la ropa al sol; pero como era en lo más ardoroso del mes de julio y la hora de medio dia, se le empezaron á pegar las moscas de suerte que le acribillaban, sin poderse librar de su furor; unas le picaban en la espalda, otras en el brazo y en el pescuezo, dándole tal asalto que llegó á enfadarse, y cogiendo un manojo de mimbres y otro de cambroneras, compuso dos como escobas, y las empezó á retar á sangrienta batalla; pero como se le pegaban, Bertoldino se daba en el cuerpo, y miéntras saltaban de un lado á otro, él segundaba con furia en donde se le posaban. Tanto se sacudió que se llenó de llagas; mas viendo que no podia librarse de la plaga, empezó á llamar á su madre para que viniera á defenderle, diciendo á las moscas:

—Esperad, que ahora vendrá mi madre y os dará el pago que mereceis. ¡Madre, corre, que las moscas me quieren comer!

A estas voces salió Marcolfa, imaginándose que le habia sucedido alguna desgracia, y viendo que con tan blandos algodones se desollaba vivo, se los quitó de las manos, cubriéndole las ensangrentadas carnes; llevóle á la cama, porque no podia tenerse en pié, ya por la

caida en el estanque, ya por lo aporreado que estaba, ytambien por haber estado tanto tiempo sufriendo el rigor del sol; de manera que se hallaba tan fatigado, dolorido y ensangrentado, que movia á lástima. Dirigióse Marcolfa al punto en busca de un médico, y de camino pasó á visitar la reina. Entró en su cámara saludándola como acostumbraba: y extrañando la soberana fuése á hora tan intempestiva, la dijo:

—¿Qué buena suerte te trae, Marcolfa, á estas horas y con tal calor?

—No es mi buena suerte, sino la mala.

—¿Qué te ha sucedido? ¿Se ha muerto acaso Bertoldino? Parece que vienes afligida.

—Señora de mi vida, ¡ojalá se hubiese muerto!

—¿Por qué? ¿Qué te ha hecho?

Marcolfa refirió lo ocurrido á Bertoldino, y la reina, despues de desternillarse de risa, le dijo:

—Tienes razon, y siento infinito tus desazones. Pero díme: ¿dónde le dejastes al salir de casa?

—En la cama molido y hecho una lástima, pues por defenderse de las moscas se ha vapuleado.

—Es menester que vaya el médico y recete lo necesario, porque estando como dices, será preciso echarle ventosas ó sangrarle, ú otro remedio adecuado á su mal: búsquenle y sin dilacion visite á Bertoldino, y le ponga luego en cura, pues importa mucho su salud. Tú, Marcolfa, vé á ver lo que ordenare el médico. Consuélate, que espero no sea cosa de cuidado, y cuanto se ofreciere se aprontará al momento; con que no te acongojes, que los golpes poca mella causan en los muchachos. Cuando el rey se entere tendrá un buen rato, que aguará el pesar de verle malo.

—Ya sé, señora, que los locos dan gusto y divierten á los extraños, pero no á los propios. Me voy, aunque dificulto permita que el médico se le acerque, porque creerá que le va á matar; no obstante, deseo que le visite para que me diga lo que se ha de ejecutar, y lo haré, pues de ese modo nada recelará; y así, señora, queda con Dios.

—Él te guie.

Cuando Marcolfa penetró en el cuarto de Bertoldino, este estaba durmiendo; por lo que abriendo el balcon se aproximó al lecho y llamóle repetidas veces, pero como estuviese á lo mejor del sueño, no respondia; á cuyo tiempo llegó el médico, y acercándose, lo descubrió un poquito para reconocerle las heridas, y hallándole bastante maltratado, dijo á Marcolfa:

—Mira si le puedes despertar para reconocerlo mejor.

—Despierta, Bertoldino. Bertoldino, ¿no oyes?

—No puedo despertar, respondió.

—¿Cómo que no puedes?

—¿No sabes que estoy durmiendo?

—Vaya, despierta; mira que si no te echo al suelo.

—Anda á hilar, y no me enfades. ¡Vaya una salida! Estoy durmiendo como un tronco, y ¿quieres que despierte?

—¡Válgame Dios! exclamó el médico. Está hablando y dice que duerme ; no he oido mayor tontada en mi vida.

—¿Quién es ese hombre barbudo que está contigo? preguntó Bertoldino. Algun pícaro. No importa, pues no me asusta. Señor figura, quítese de delante de mí, porque... Agradece que estoy durmiendo, que si no, me habia de levantar y daros tantos palos como puede llevar un borrico de yesero.

—Sólo esto me faltaba; vaya, duerme, duerme, que para mí es fortuna que no estés despierto. Marcolfa, ya conozco la enfermedad; te enviaré cinco píldoras capitales, con las que se le descargará la cabeza; y aunque deseara le echaras una lavativa, por la dificultad que ofrece el que permita se la administren, le pondrás una cala, y por tres mañanas consecutivas le darás unos pedacitos de cañafístola, con lo cual espero que en breves dias sanará.

—Agradezco tus favores, y perdona que en este momento no me sea posible obsequiarte, respondió Marcolfa.

—Agradezco mucho tu atencion; pero nada necesito. A Dios, y déjale dormir cuanto quisiere.

Despidióse el médico, riendo de la gran simpleza de tan solemne

majadero, que aun se quedaba gruñendo y decia que dormia. Llegó á palacio, refirió á los reyes el suceso, los cuales soltaron la carcajada sin que por largo rato les fuese posible contenerla, y mandaron que al punto llevasen los medicamentos á Marcolfa, quien luego que los recibió llegóse al lecho de Bertoldino, diciendo:

—¿Duermes todavía, simplon?

—Sí, duermo. ¿Qué me quieres?

—Te traigo una medicina que ha recetado el médico, quien asegura que luego te pondrás bueno.

—Duermo, duermo. Tómala tú por mí.

—Vamos, siéntate, tomarás un poco de casia (1), y despues te daré en las espaldas con el ungüento de dialtea y verás cómo al punto te curas.

—¿Qué has dicho? ¿Qué me coma una casa? Que se la coma el médico si tiene hambre.

—No digo casa, tonton, sino casia; tómala á bocaditos, y si no te gustase así, te la daré en la caña, ó desleida en víno, ó del modo que prefieras.

—¿Cómo quiere el bárbaro que pueda tragar una casa y cañas enteras? Más valiera que me hubiese recetado unas puches. Sin duda el tal médico es un grandísimo ignorante.

—Yo te haré las puches despues de tomar la medicina; y si no quieres casia, tomarás estas cuatro píldoras, y luego te pondré esta cala, que te descargará la cabeza.

—Bien está, haré lo que quisieres, con tal que me hagas las puches.

—Te lo prometo: toma las píldoras ahora, que la cala te la pondré despues.

—No, no; dámelo todo, que ya entiendo lo que me dices, y lo haré como deseas.

—Pues tómalo todo, y ten buen ánimo, hijo mio.

Pero léjos de seguir las indicaciones de su madre, Bertoldino se traga la cala y se aplica las píldoras al ano.

—¿Qué haces, bestia? dice Marcolfa. Espera, que eso es al con-

trario. ¡Desdichada de mí! Lo que ha de tomar por arriba se lo aplica por abajo.

—Déjame. ¿Piensas que soy lerdo? Tú eres la que no has entendido al médico. ¿Quieres que me ponga abajo este tarugo estando bañado en miel? Buen tonto seria: esto se debe tomar por la boca, y estas bolas por abajo. ¡Si sabré lo que me pesco!

Y por más que gritara Marcolfa, tragóse la cala, y se esforzaba para encajarse las píldoras por detras. Bien le pesó al desdichado la toma de la cala, pues como estaba tan enmelada se le atarugó en la garganta de modo que no podia tragarla, y llegó casi á términos de ahogarse, causando á un tiempo lástima y risa sus visajes y gestos. Viendo Marcolfa tan lastimoso suceso envió á llamar al médico, quien vino prontamente por órden de la reina, y hallándole con temblores convulsivos, le dió un vomitivo que le hizo arrojar lo de la garganta. El pobre médico no se desvió á tiempo, y recibió todo el vómito en la cara: así es que despues de limpiarse con bastante trabajo, fuése á su casa furioso y colérico, maldiciendo de los insensatos y de quien le enviara á visitar tan gran bruto.

Apénas quedó Marcolfa sola llegóse al lecho, del cual se separara para acompañar al médico, y preguntó:

—¿Cómo estás, Bertoldino?

—Bueno, y estaré mejor cuando traigas las puches que me ofreciste.

—Cierto que por tu habilidad las mereces, pues has dejado casi ciego al médico con la cala que le arrojaste como si fuera una bala.

—Para él ha sido el daño, y es razon que quien tal hizo tal pague, pues yo no le llamé.

—Ya sé que no le llamaste, pero tampoco podias, porque la cala te impedia hablar.

—Mejor estaba cuando tenia aquel bocado en la garganta, pues con él no me habia de morir de hambre como ahora me sucede; y si quieres que viva hazme luego una grande artesa de puches, porque me siento tan debilitado, que apénas puedo hablar.

—Voy á hacértelas al momento, ya que mi desgracia así lo quiere.

—Despacha presto para sacarme de esta afliccion y desmayo.

Coció Marcolfa una buena cacerola de puches, las que comióse Bertoldino con descompasado apetito, yendo despues á aligerarse del peso al pié de un olmo, donde se quedó dormido.

Noticioso de aquel percance el rey, lo envió á buscar con un coche, y cuando llegó á su presencia preguntóle:

—¿Cómo estás, Bertoldino?

—De pié, respondió el bobo.

—Ya lo veo; pero deseo saber cómo te sientes.

—Siento tocar las campanas.

—Lo que pregunto es si te sientes malo ó bueno.

—Pues si ya he dicho que siento tocar las campanas, ¿no siento bien?

—¡Me gusta la respuesta! Ea, pues no quiere responder, conducidle á la cámara de la reina, porque deseo que le vea.

—Traédmela aquí.

Y empezó á resistirse, teniendo que llevarle poco ménos que á la fuerza; y luego que le vió la soberana, con gran risa dijo:

—¡Oh! ¡Aquí tenemos á Bertoldino! ¿Qué hace Marcolfa?

—Las que hacen son vacas, y no yo, señora reina.

—Díme: ¿te encuentras aliviado de tu indisposicion, pues he tenido noticia que has estado enfermo?

—Hasta ahora no he salido de casa, con que mira cómo puedo haber estado en el infierno, ni tampoco tengo noticias donde está: lo que te estimaré es que me digas si es palomar ó pajar ese infierno.

—Sí, sí, palomar es. Pero díme: ¿qué se ha hecho tu madre?

—Cuando yo la dejé estaba dando de beber á los polluelos de nuestra clueca, que ha tenido hasta treinta.

—¿Tu clueca tiene hijuelos?

—Ya se ve que los tiene. Y ¿por qué no los tienes tú? ¿Te falta por ventura un buen gallo?

—¿Soy yo gallina acaso?

—Mi madre dice que sin un buen gallo las gallinas nunca empollarian. Y las gallinas ¿no son hembras como tú? Pues si deseas tener

hijos, yo te buscaré un buen gallo, y si no, te llevarémos el nuestro.

—Ningun gallo he menester, y te agradezco el cuidado. Hola, criados, llevad á merendar este cuitado.

—Antes de merendar dispon que me lleven á hacer mis necesidades, que es lo que más me urge ahora.

—Tienes sobrada razon. Filandro, ven.

—Aquí estoy, señora. ¿Qué mandais?

—Lleva este pobrecillo adonde él te diga, y cuanto ántes, no sea que le suceda algun trabajo.

—¿Adónde quieres que te lleve? preguntó Filandro á Bertoldino.

—A hacer aguas mayores.

—Me figuro que este descomulgado ha de soltar la carga ántes de hora. Ea, ven conmigo. ¡Qué bravo leño me han entregado! No sé qué gustos tan raros tienen estos príncipes en tolerar esta casta de bufones, y más este, que es un bruto. Hoy dia más se aprecian, protegen y patrocinan semejantes gentes, que un hombre erudito, cansado de quemarse las cejas estudiando (2): son los que se premian, y á este bruto le colman de ricos vestidos y regalos exquisitos, sucediendo todo al contrario con los sugetos de mérito, como acontece en palacio con muchos criados antiguos y envejecidos en el servicio, sin recibir jamas la menor gratificacion por sus dilatados méritos, manteniéndose estos pobres de humo y vana esperanza, en la que acaban sin más ascenso que su miseria. Todos se afanan por la córte, y en ella se hallan cortas recompensas y prolongados deseos, y si estos no vivieran con esperanza, más presto correrian á buscar su muerte que pasar á la córte. Yo soy uno de tantos que despues de servir en ella muchos años con la mayor fidelidad y celo, no he alcanzado la menor recompensa; y ahora para colmo de desgracia tengo que llevar á descomer á este bruto. ¡Buen pago, por cierto, despues de tantos servicios! ¡Hallarme reducido á ejercicio tan bajo é indecoroso! ¡Oh pobre Filandro! Vamos, descomulgado.

—¿Adónde me quieres llevar?

—Adonde hagas tu menester.

—Llévame al campo, y déjame allí.

—Vamos, que te llevaré adonde desees, ya que mi corta fortuna así lo dispone. Por esta vez me han pillado, pero no me hallaré en otra..

Condújole Filandro á lo último del jardin, donde hizo su menester; y luego lo llevó á la despensa, dióle pan y un pedazo de salchichon, con un buen trago de víno, llevándole despues de merendar á donde estaba la reina, quien le preguntó:

—¿Has merendado bien?

—Sí, señora.

—Y ¿qué te han dado de bueno?

—Pan y lasamo.

—¿Qué?

—¿No he dicho que samalo?

—No te entiendo.

—Quiero decir malaso.

—Peor que peor.

—He comido lamaso, ¿entiendes? Pues bien claro me explico; y para que me entiendas mejor, repito que se llama masalo.

—¿Qué desatinos estás diciendo? ¿Qué infierno de nombres son los que dices de lasamo, samalo, malaso, lamaso y masalo? No entiendo lo que pretendes decir. ¿Qué le has dado á merendar, Filándro?

—Salchichon, señora; vea V. M. qué buena cabeza tiene, pues de cinco veces no ha acertado á nombrarlo, como si se tratara de la mayor dificultad.

El lector podrá presumir lo que la reina reiria. Llegó el rey á la sazon, y se reprodujo la risa al contarle el referido lance, que divulgado por palacio causó la de todos, durando largo tiempo sus comentarios; pues quedaron tan impresas en la memoria de los cortesanos las cinco palabras de lamaso, samalo, malaso lasamo, y masalo, que cuando llegaba ocasion de poner en la mesa salchichon, ninguno acertaba á llamarle sino con los nombres extravagantes ya dichos. Mandó finalmente la reina que llevasen á Ber-

toldino en carroza á su casa, y así que llegó le preguntó Marcolfa:

—¿Qué has visto en la ciudad que sea de tu agrado?

—La olla de la cocina del rey.

—¿Qué particularidad tiene?

—Que caben en ella más de mil tazas de sopas, porque es muy alta y barriguda.

—¡Siempre estás pensando en comer!

—Quien no piensa en comer no piensa en vivir; y si no comiera me moriria.

—Gran verdad; pero ahora deseo me digas: ¿qué has aprendido de bueno en la córte?

—El andar subiendo y bajando escaleras.

—Cierto que eres gran sugeto, y das muestras de tu gran discernimiento.

—Pregunto: ¿los gansos son ánades?

—Bueno va. Sí, con tal que me dejes.

—Otra cosa te queria preguntar y se me ha olvidado.

—Tal seria ella.

—Ya, ya me acuerdo. Díme: cuando me concebiste ¿estabas presente?

—¡Ay pobre de mí! Ya te he dicho que no me rompas más la mollera con tus desatinos, pues tanto me enfadas que ya te aborrezco.

—No te enojes. Escúchame; te contaré lo que he observado. Estando en el cuarto de la reina he visto que no tiene sino dos piernas, lo cual me ha maravillado, porque nuestra vaca tiene cuatro. ¿Qué te parece? Responde.

—¿Qué quieres que responda? Que en vez de concebirte valiera más hacer una torta.

—¡Mejor! Así me hubieras dado un cachito.

ALEGORÍA VII.

DONDE SE INDICAN LOS MEDIOS DE CONSERVAR LA SALUD.

Era ya tarde y dando punto á la plática fuéron á acostarse. Levantáronse al romper del alba, y como Marcolfa tuviese que ir á la ciudad para algunas compras indispensables, encargó á Bertoldino el cuidado de la casa y sobretodo que vigilase á los polluelos que andaban sueltos por el corral, para que el gavilan no se los llevase. Fuése Marcolfa, y cual si á su hijo le hubiesen mandado entregarlos al gavilan, ensartólos todos empezando por uno blanco y atándolos por la pierna, y de tal suerte los subió al tejado, donde los dejó, bajando en seguida á una azoteilla para ponerse de observacion. Sucedió, pues, que un gavilan, que de continuo revoloteaba al rededor de la casa, arrojóse sobre ellos, y comenzó á picar el blanco, que era el primero de la sarta levantándolo en el aire con los demas. Echóse á reir Bertoldino diciendo:

—¡Al blanco, al blanco! Tira bien del blanco y te llevarás los otros.

Así aconteció.

Al regresar Marcolfa de la ciudad, salió Bertoldino á recibirla soltando récias carcajadas.

—¿De qué te ries? preguntó la madre. ¿Ocurre algo nuevo?

—¡Ay madre mia! ¡cuanto me he divertido! Te aseguro que cuando sepas el motivo te reirás tambien. ¡Ay qué gusto! No se puede dar mayor.

—Tonto, ¿por qué quieres que me ria si no lo dices?

—¿No me encargaste los pollos?

—Sí; prosigue.

—Pues le he pegado un gran chasco al gavilan.

—¡El cielo me ampare! Y ¿qué chasco es? Dílo presto.

—Los até en una sarta, vino el gavilan, y todos se los llevó de una vez; pero no puedo ponderarte el trabajo que le ha costado; pues aunque le gritaba que agarrase primero al blanco para que le costase ménos trabajo llevarse los demas, no me entendia, hasta que por último se esforzó é hizo lo que le decia. Te hubieras desternillado de risa al ver que aquel pájaro tan grande apénas podia llevar una manada de pollos. Díme: ¿no le he pegado buen petardo al pajarraco?

—Tú lo eres, bestia indómita; no sé cómo me detengo, pues me están dando impulsos de agarrarte por el pescuezo y ahogarte entre mis uñas. ¡Ah rey Albuino! Ya decáiste de mi concepto, viendo que te pagas y complaces con los desatinos de este loco, que no tiene ni aun visos de racional. Es cierto que cada uno en este mundo posee su venita de loco; pero á tal exceso es insufrible. ¿Qué remedio tiene, ni cómo ha de dejar de cometer insolencias, si cuando sepa el rey este desatino, en lugar de reprenderle lo celebrará haciéndole algun regalo en premio? ¡Ah pobres filósofos! Aprended con este ejemplo: aplicáos, sudad, trabajad, perdiendo la vida en el estudio, que por más que hagais, pobres viviréis y pobres moriréis, pues en esta córte más protegido está y mejor premiado un loco ignorante, que cien eruditos por muchos méritos que tengan. Este pago acostumbra á dar el mundo. Y díme, bruto, ¿dónde está la gallina?

—Encerrada en el gallinero, para que no impidiera al gavilan llevarse los hijuelos: ¿piensas que soy tan tonto?

—Paciencia: á lo hecho pecho. Entra en casa, que ya estoy satisfecha de que eres un mozo muy discreto. Pero díme: si esto llega á oídos del rey, ¿qué dirá? Se enojará teniéndote por necio, ignorante y mentecato.

—Y ¿quién quieres que se lo diga al rey?

—¿Te parece que no hay orejas que todo lo están oyendo?

—Yo no veo otras que las del burro del hortelano; y ciertamente creo que está aquí cerca para observar lo que pasa; repárale bien, y verás qué tiesas las tiene. Yo te aseguro que pronto tomaré la debida providencia.

ALEGORÍA VIII.

LA CURIOSIDAD DEBE SER CASTIGADA.

—¡Alto! ¿Qué vas á hacer?

—A cortar las orejas á este pollino, que está escuchando cuanto hablamos, y ha de pagar la curiosidad para que aprenda cortesía.

Y ántes de que Marcolfa pudiera estorbarlo, Bertoldino puso por obra su bárbaro intento.

—¡Ay infeliz de mí! exclamó Marcolfa. ¡Ya cortó las orejas al borrico del hortelano! ¿Qué dirá ahora? Si va á querellarse al rey, nos envia en hora mala con justa razon. ¡Ah pícaro!

—El pícaro traidor es el borrico, que la da en escuchar lo que pasa entre nosotros; pero yo le aseguro que ya no oirá más en su vida.

—Ea, ya viene el hortelano, y pues su borrico no oye, oirás lo que no quisieras; y le sobrará razon para obligarte á que se lo pagues.

En efecto, atraido por los rebuznos del desorejado rucio, el hortelano acudia más que de paso, temiendo alguna nueva fechoría; y conteniendo apénas la cólera en vista del inesperado desastre, exclamó:

—¿Quién ha cortado las orejas á mi borrico?

—Yo, respondió con la mayor naturalidad Bertoldino.

—¿Por qué motivo?

—Porque estaba escuchando lo que parlábamos.

—Aquí no necesitamos bufones: págame al punto el borrico; sino, me voy á querellar al rey para que me haga justicia.

—Escucha; aguarda; no vayas, que yo te satisfaré el valor del borrico; déjalo á mi cargo, que todo se compondrá.

—No, no; quiero que el rey lo sepa, pues ya sucedió lo que sabes con mi mujer, y no quiero dar lugar á que algun dia se le antoje hacer otra locura mayor, que me dé más que sentir, si tanto se tolera; por consiguiente, voime corriendo á la ciudad á quejarme al rey.

Y sin más razones el hortelano se encaminó á palacio, donde expuso sus quejas al monarca, quien mandó inmediatamente llamar á Bertoldino, al cual viéndole comparecer con las orejas del burro que le asomaban por entre el jubon, dijo:

—Ven acá, Bertoldino.

—Aquí estoy, señor amo.

—Acércate más, hortelano.

—Serenísimo señor y rey mio, aquí estoy, dijo el hortelano aproximándose.

—¿Cuál es la queja que traes? preguntó el monarca.

—Señor, que este majadero me ha estropeado el borrico, y vengo á pediros justicia.

—¿Es verdad, Bertoldino?

—Es verdad, porque el asno, señor... dijo Bertoldino.

—Lo eres tú: prosigue.

—Estaba con las orejas tiesas para escuchar lo que hablábamos mi madre y yo; y porque no oyera jamas negocios de otros, le he cortado las orejas, y para que te enteres de la verdad, las he traido conmigo; tómalas, y llama quien se las ponga de nuevo, que mi madre pagará la compostúra.

A estas razones se puso el rey á reir, de suerte que apénas podia respirar, hasta que se sosegó y dijo:

—Hortelano, ya sabes que Bertoldino es hombre de bien, y si te ha estropeado el borrico no quiere deberte nada; toma tu prenda que son las orejas del asno, y mando, para escarmiento y castigo de tal delito, que Bertoldino monte en el borrico desorejado, acompañándole tú hasta casa. Díme; ¿estás satisfecho de la sentencia?

—Señor, ese es un castigo que redunda más en detrimento mio que suyo; lo que pido es que me abone el valor del borrico, y despues monte en él quien quisiere, que yo sólo deseo lo justo, porque no es razon que yo pierda lo que me costó.

—Dices bien: ¿cuánto quieres por el asno?

—Yo, señor, no deseo ganar ni perder nada; el año pasado me costó ocho ducados.

—Bien está, se te pagará al punto. Herminio, ven acá.

—Mande V. M.

—Dále á este hombre ocho ducados; y tú, Bertoldino, toma el borrico, que quiero regalártelo, para que te lleve á casa. Pero andad juntos, y correspondéos como buenos vecinos y amigos.

—Así lo harémos, señor. Vamos, Bertoldino, monta y volvamos á casa.

Y caballero Bertoldino en el rucio, el hortelano cogió el ronzal diciendo:

—¡Arre! ¡Sóo!! ¿Qué diablos haces que te vas cayendo?

—Es que me pesa más la cabeza que el tafanario. Ten bien: só; chó, toma, arre allá, hombre de los diablos, déjame la brida. Arre, anda, camina. A Dios, señor.

Pero tales fueron las trazas que dispuso para atormentar al pobre borrico, que este á la mitad del camino dió con el bárbaro jinete en el suelo, hundiéndole una costilla.

Comprendió Marcolfa al verle tan malparado que era preciso poner término á los disgustos que su célebre hijo la causaba, y fuése á presentar á los reyes con ánimo de consultárselo, á quienes encontró riéndose todavía de las simplezas de Bertoldino. El monarca así que la vió dijo:

—Querida Marcolfa, ¿qué buena ventura te trae por acá?

—No la tengo; al contrario.

—¿Por qué? ¿Te ha sucedido alguna desgracia?

—¿Qué ha de ser? Bertoldino que ha caido del borrico, y quebrádose una costilla, y vengo á buscar una bizma para curarle. Miéntras me despáchan tendré tiempo para contar una novela que viene muy adecuada al caso, si me das permiso y gustas escucharla.

—En hora buena; empieza, pues nos complacerémos en oirla.

—Cuando los hormigones iban á caza de chinches, hallándose en la ciudad de Berlinches una mosca recien viuda y una homicida lombriz con una vara larga de torear que habia quitado á un moscon de campo que iba á la conquista de la miel de la Alcarria, año señalado porque se vieron muchos alcarreños en aquella tierra, sucedió que yendo á la casa de la mosca una grandísima araña macho vió asomada á la ventana la mosca, que como era domingo se habia compuesto, y tenia la cabeza puesta, como se suele decir, de veinte y cinco alfileres; tan bonita le pareció al araña, que enamorada de su hermosura la hizo una guiñadita, y como le tocara en el corazon la flecha de Cupido, empezó á pasear la calle arriba y abajo, hecha un petimetre. La desdeñosa viudilla conoció la intencion de su galan, y haciendo la desentendida se retiró, escondiéndose como suelen hacer las viudillas zalameras. Una vez se asomaba y hacia un gesto, otra una guiñada; todo para chasquearle, de manera que el pobre arañon se dejó llevar de su cariño, quedando abrasado con el fuego que le devoraba; mas no pudiendo resistir á su amoroso incendio, buscó traza de entrar por la ventana: púsolo por obra, y empezó á trepar por la tapia imaginando que era alguna de las de vida airada. Prosiguió la empresa con ánimo de alcanzar su fin, y despues de lograrlo volverse por el mismo camino. Con estas cuentas subia muy alegre el galan, cuando ella se asomó, y viendo tal atrevimiento y desvergüenza, fué corriendo á buscar una caldera de lejía, dispuesta para lavar los calzones de un piojo que tenia en su casa de huésped, y apénas observó que echaba las garras al balcon, se la encajó hirviendo

sobre la cabeza, á fin de castigar su osadía; pero el araña era muy pícaro, y conociendo la intencion se puso por yelmo una cáscara de nuez. Luego que vió el diluvio de agua hirviendo sobre sí, colocóse de suerte, que si le cayera alguna fuese sobre la cabeza, defendida por el yelmo; de modo que poco fue el daño que recibió, librándose del primer golpe; pero como duró más tiempo el chorro de lejía del que empleó para caer al suelo, quiso la fatalidad que con la caida se le quitase el yelmo, y le cogió la cabeza el agua, cociéndole los sesos, que se le pasaron á otra parte; y desde entónces han tenido siempre las arañas los sesos atras, por lo que hicieron juramento de vengarse de hecho tan afrentoso: y por eso andan siempre las arañas á caza de moscas, resentidas del ultraje que recibieron de la viudilla, tendiendo en todos los desvanes, rincones y agujeros sus redes homicidas, siendo muy comun cuando prenden á una descabezarla y dejar el cuerpo.

Lo mismo creo ha sucedido á mi hijo, á quien le aconteció que una vez que iba corriendo tras una cabra por una empinada cuesta, se cayó de espaldas; y rodando dió con la cabeza en un tronco de saúco, de cuyas resultas se le fué el juicio á la parte posterior, quedando tan ligero de cascos como el saúco, y dedicándose desde entónces tambien á coger moscas. Con que así VV. MM. harian una accion loable en darnos licencia para regresar á nuestra choza; porque presumo que se ha de cumplir la sentencia de mi marido Bertoldo (de felice memoria), que dijo: *Quien esté acostumbrado á cebollas no busque pasteles*; y siendo nosotros nacidos y criados en lugares rústicos é incultos, no debemos pretender, ni es razon, salir fuera de nuestro centro. En la córte el cortesano, y en la aldea el labriego.

—Has dicho bien, Marcolfa; mas quien ha bebido en la mar, puede tambien hacerlo en un rio. Te aseguro que siento la simplicidad de Bertoldino, aunque opino que permaneciendo en la córte quizá llegue á tener más juicio.

—Quien nació loco nunca sanará.

—Quien mal baila bien enfada.

—Genio y figura, hasta la sepultura.

—El que no tiene cabeza tenga piés.

—A la muerte no vale médico ni medicina.

—Más vale pájaro en mano que ciento volando.

—Más vale ser pájaro libre que regalado en la jaula.

—Todo derecho tiene su reves.

—No todas las cabezas que tienen pelo, suelen tener sesos.

—Todo se puede sobrellevar, excepto el mal tiempo.

—Nunca se hizo colada sin que lloviese.

—Una hora de buen sol seca mil coladas.

—Quien no tuerza bien la ropa, no la secará en tres dias.

—Habla más claro, que no te entiendo.

—No hay peor sordo que el que no quiere oir.

—Prosigue, que ya te escucho, y como cuentes otra fábula de suerte que me persuada con razones concluyentes, daré licencia para que os retireis á vuestra aldea, prometiéndoos no impedirlo, si bien lo sentiré y dispondré que nada os falte miéntras vivais.

—Ya que VV. MM. me prestan atencion, habrán de saber que cuando las luciérnagas eran mercaderes de linternas, un caracolazo de los que tienen cuatro astas se enamoró de una babosa. Era esta muy graciosa, y habiéndola caido encima el rocío una noche de abril, estaba todavía más lustrosa y bella. Sucedió, pues, que en aquella misma noche la vió el caracol, diéronse palabra de esposos, y la condujo á su casa obsequiándola con un suntuoso banquete, al cual concurrieron todos los deudos y amigos. Fueron varias las habilidades que se hicieron, distinguiéndose cuatro cangrejos de buen porte y mejor traza que tocaron la viola: seguíase á estos un galápago que tocaba el arpa con perfeccion; dieron un poco de música, ínterin llegaba la hora de la cena, despues de la cual se renovó la diversion, cantando una mariposa unas tonadillas graciosas acompañándose con la guitarra; pero como estaba un poco resfriada no pudo dar al auditorio toda la satisfaccion que deseaba. En seguida acordóse que saliesen algunos á bailar; y á una señal, todos los instrumentos empezaron á sonar, dando principio al baile un galápago y una mariposa, que encantaron con sus ha-

bilidades; pero salió otra pareja que fueron un grillo blanco y una chicharra, é hicieron raya, como suele decirse, bailando la españoleta con tal destreza, que maravillaron á los concurrentes.

Acabaron el baile, y molidos y cansados propusieron juegos, delegando la direccion á una pulga decidora y jocosa. Aceptó esta el encargo sin hacerse de rogar, é inventó varios y bellísimos juegos de prendas, para cuya restitucion impuso al que perdia penitencias, que consistian en sentencias agudas y discretas, motes, preguntas y respuestas elegantes, etc., etc. Pero el inconveniente que tuvo la diversion fue haber sido tan larga, que muchos de cansados se durmieron, y otros se fuéron molidos. Así pues somos nosotros, que con la fiesta se pasó bien el tiempo; pero el juego no solamente no se acaba, sino que cada dia se va dilatando; siendo cierto que si dura, Bertoldino se quedará cada dia más dormido. Por esto, señores, será mejor que mudemos de clima, pues puede suceder que le haga despertar el aire de la montaña, aunque sea dificultoso. Ademas, siempre oí decir que todo pájaro canta mejor en su nido que en el ajeno; y así deseo volver este pájaro al suyo, y tocante á mí, quiero vivir en mi cabaña del modo que más me convenga, sin fastidiar á nadie. Por lo cual, serenísimos señores, suplico con el mayor respeto que nos concedais licencia para marcharnos, porque ya no habeis de sacar ningun partido de uno ni otro, pues aunque Bertoldino sea mi hijo, razon no quita conocimiento.

—Deseamos complaceros, respondió la reina. El tiempo que has estado en la córte hemos disfrutado con tu agudeza, que es tanta que ántes bien se te puede llamar oráculo que mujer rústica y criada en el desierto. Ciertamente mereciste estar empleada con un hombre de altas circunstancias como Bertoldo, cuyas sentencias las tengo esculpidas en letras de oro encima de la puerta de palacio para perpetuar su sabiduría; pero ya que es preciso condescender á tus ruegos, Herminio, vé á mi despacho y toma el cofrecito cubierto de terciopelo negro, en donde hay dos mil escudos de oro, y tráemelo para dárselo á Marcolfa, y despues pasarás á casa de

algun mercader de paños, y le dirás que te entregue cuatro piezas de paño fino y doscientas varas de lienzo para ropa blanca, y harás que dispongan una litera, en la que les conduzcan á su lugar con el mayor cuidado. En seguida les enviarás doce costales de harina, doce barriles de vino y cuanto les haga falta para el viaje y vivir con quietud y sosiego en su albergue. Ea, Marcolfa, puesto que ya se te ha concedido la gracia de regresar á tu casa y vivir en ella á tu gusto, te agradeceríamos que aunque fuera de tarde en tarde vinieses á vernos. Ya te he significado el grande sentimiento que nos causa tu partida; pero como no deseamos sino lo que apeteces, no opondrémos ningun obstáculo.

—¡Magnánimos señores! exclamó Marcolfa: me falta lengua para daros las debidas gracias por tantos y tan singulares favores como he recibido de la piadosa clemencia de VV. MM., por lo que os suplico encarecidamente me perdoneis, confiando que en cuanto hubiésemos faltado y en adelante podamos faltar, lo suplais con vuestra innata piedad.

Deseo que Dios os conceda gracia para conservaros en vuestro reino en paz y con la mayor felicidad; valor y fuerzas contra vuestros enemigos; que veais cumplidos vuestros deseos, y que os otorgue las mayores satisfacciones. No cesaré de rogar al Señor os galardone con la bienaventuranza, y héme aquí rendida á vuestros reales piés pidiéndoos humildemente perdon de todo; y si por ignorancia hubiese incurrido en alguna culpa, vuelvo á suplicaros me perdoneis, y así partiré con el consuelo de que siempre me tendréis por humilde sierva y apasionada vasalla vuestra.

Con las expresiones y razones tan humildes y discretas de Marcolfa el rey ni la reina no pudieron disimular sus lágrimas, y luego que se despidió, se retiraron á sus gabinetes, en donde dieron rienda suelta á la tristeza y melancolía por la ausencia de Marcolfa, que partió con Bertoldino cargada de escudos y otras dádivas.

Los condujeron en la litera hasta dejarles en su mísera choza natal. Acudieron á su llegada los vecinos á darles la bienvenida, y

se hicieron fiestas durante algunos dias en aquellas sierras al estilo del país.

Como todo acaba en esta vida, tambien terminaron los festejos de aquellos rústicos, viviendo los dos cortesanos en la montaña muy tranquilos y alegres lo restante de su vida, sin tener nada que desear. Bertoldino entre palurdos era el hombre más discreto y político de todos. En fin, como hombre ya práctico en la córte dió diversos chascos á aquellas pobres y agrestes gentes; mas como en aquellas asperezas no habia quien supiese escribir, no es posible mencionarlos, ni lo que despues le sucedió. No obstante, por raros conductos se vino á saber que cuando Bertoldino llegó á la edad de treinta años, la rudeza de su entendimiento se disipó de manera que parecia absolutamente otro hombre, dotado de una sagacidad y discrecion tan admirables, que no daba muestras de haber sido tan gran tonto como queda referido.

De mí sé decir que á duras penas lo creo, porque aunque Dios, como Todopoderoso, puede hacerlo, vulgarmente se dice que las tres cosas más difíciles de curarse son la locura del tonto, las deudas del tramposo y la gangrena.

FIN DEL TRATADO SEGUNDO.

VIDA

DE

CACASENO,

HIJO DEL

SIMPLE BERTOLDINO.

VIDA
DE CACASENO.

TRATADO TERCERO.

INTRODUCCION.

El astuto Bertoldo y la sagaz Marcolfa su esposa, sin embargo de haber nacido y criarse en lo más fragoso de la montaña, no sólo maravillaron con sus dichos, sentencias morales y agudas respuestas á los particulares que los oian, sino tambien al rey Albuino y á su esposa la reina Ipsicratea, de quienes eran vasallos; por lo que recibieron de estos soberanos numerosas mercedes y dádivas correspondientes á su grandeza. Alcanzaron dichos rústicos la dicha de concederles el cielo un hijo. Varios eran los motivos de alegría de ambos esposos, siendo el mayor imaginarse que el hijo se parecia á su padre Bertoldo, y para que la semblanza fuese completa tomaron la nominacion paterna y le pusieron por nombre Bertoldino; pero frustróseles la esperanza, pues ya crecido, todo lo que Bertoldo tenia de agudo y sagaz sacó aquel de simple, aturdido y bruto. Viendo el pobre padre tal contrariedad, y no pudiendo sufrir las tontadas de su hijo, se fué á la córte, donde como vímos acabó sus dias, quedando Marcolfa viuda con Bertoldino. Tuvo noticia de ellos el rey, y les mandó buscar, sucediendo que cayesen tan en gracia las inocentadas de Bertoldino en la córte, que cuando se re-

tiró de ella, el rey le regaló dos mil escudos de oro con otras innumerables cosas de valor y precio. Vendió estos presentes Marcolfa, y con el producto compró fincas para pasar cómodamente el resto de sus dias. Despues se casó Bertoldino y tuvo un hijo que se llamó Cacaseno, de quien referirémos la graciosa vida.

ALEGORÍA I.

ES PROVIDENCIAL QUE LOS RÚSTICOS SEAN APTOS PARA LA PROPAGACION, TAN NECESARIA PARA LA CONSERVACION DEL GÉNERO HUMANO.

Partió Herminio con un criado á desempeñar una mision política en las provincias de la monarquía, y pasando casualmente por la falda de una montaña en que moraba la memorable Marcolfa con el célebre y nunca bien alabado Bertoldino, juzgó hacer una cosa muy grata y meritoria si llevaba á los reyes noticia de ellos, y determinó verlos. Emprendió la ascension á la montaña, y llegado á la cumbre observó la buena situacion del país y una casa de buena apariencia. Llamó á la puerta, se asomó á la ventana Marcolfa, y conociendo á Herminio se apresuró á abrirle recibiéndole con grande regocijo. Hízole muchos agasajos, y entre los varios asuntos de que habló contóle que su hijo Bertoldino habia casado muy bien gracias al dinero y alhajas que le dieron los reyes, aunque cuando ellos fuéron á la córte ya poseian algunos bienes para poder subsistir. Añadió que Bertoldino, despues que pasó los años de su mocedad, habia cambiado de tal modo que estaba desconocido por su discrecion, viviendo alegres y tranquilos, con la única desazon de que despues de tanto tiempo como hacia que Bertoldino se casara, no tenia mas que un hijo, ya de siete años cumplidos, y con el desconsuelo de haber salido más simple y necio que su padre. Tuvo Herminio gran gozo con esta conversacion, y resolvió llevar noticia á los reyes de cuanto Marcolfa le refiriera, preguntándole:

—Díme, Marcolfa: ¿dónde está Bertoldino y su hijo?

—Han ido cerca de aquí á la choza de un pastor nuestro, y discurro que no tardarán en volver, pues se acerca ya la hora de amasar.

—Y el hijo que dices, ¿cómo se llama?

—Arsenio; pero como estos montañeses siempre inventan, añaden y quitan nombres, los propios no suelen servir, sucediendo que si uno se llama Antonio por ejemplo, y es de estatura elevada, le llaman Toñon; si de baja, Toño; si más diminuta, Toñeto; si pequeño y gordo, Toñolo; si pequeño y flaco, Toñino: de modo que trastornan tanto el nombre de Antonio, que no se conoce, como al presente sucede á mi nieto, que llamándose Arsenio, como es pequeño y algo simple, le han puesto el ridículo nombre de Cacaseno.

Cuando oyó Herminio tan extravagante nombre, se le encendió más el deseo de conducirle á la córte. Miéntras discurria sobre los medios para llevárselo, oyó á Dominga, mujer de Bertoldino, que venia cantando esta coplilla:

ESTRAMBOTE.

Todos dicen que soy tan linda y bella
Que de algun gran señor hija parezco;
Uno me llama de Diana estrella,
Otro que amor flechero ser merezco;
Todo el lugar me dice sin querella
Que en mi frente las flores reverdezco;
Y un mancebo anteayer al verme clama:
No en vano tienes de hermosura fama.

A cuya sazon llegó Bertoldino, y despues Dominga y Cacaseno con manojos de espárragos, fresas y requesones, que traian de su cortijo; hiciéronse muchos cumplimientos unos y otros, y Herminio dijo:

—¿Eres tú la mocita que cantaba?

—No, señor, que era una pastora nuestra.

—¡Ah embustera! dijo Marcolfa; mira que no parece bien decir mentiras. Sí, señor, ella era, y sabe cantar muchas coplillas graciosas.

—Dominguita, hazme el favor de volverla á cantar, ó lo que sea de tu agrado.

—¿De veras? No puedo cantar, porque estoy ronca.

—Vamos, canta. ¿De qué tienes miedo? dijo Bertoldino.

—Ciertamente que no puedo, y ahora de ninguna me acuerdo.

—Vaya, ¿quieres hacerte de rogar y dejar desairado á este caballero? añadió Marcolfa.

—No hacen más las grandes músicas, observó Bertoldino, que se hacen de rogar mucho, y cuando cantan ya tienen enfadado al auditorio. Ea, Dominguita, canta, canta.

—Por lo mismo que tratas de sonrojarme, no quiero cantar.

—No te enfades, Dominguita, que tu marido se chancea, dijo Herminio.

—Canta, hija, que no sienta bien hacerse de rogar tanto.

—Cantaré, pero no aquí.

—Con tal que cantes, sea donde quisieres, dijo Herminio.

Marcolfa y Bertoldino se despidieron para ir á disponer la comida, á cuyo tiempo Cacaseno venia de almorzar, y Herminio le tomó de la mano, miéntras que Dominga cantaba el siguiente

ESTRAMBOTE.

Si te vienes conmigo, prenda mia,
A caballo vendrás en mi pollino,
Verás hecha un espejo mi alquería,
Todo su ajuar, el gallo y el cochino.
Del jilguero oirás la melodía
Cuando el albor asoma matutino;
Y tendrás el contento duplicado,
Tordos cazando y mirlos en el prado.

Así que acabó de cantar Dominga preguntó Herminio á Cacaseno:

—Niño hermoso, ¿qué haces?

—En este instante acabo de almorzar.

—Buen principio. Díme: ¿cuál es tu nombre?

—No, señor, no soy hombre, que soy muchacho.

—No te pregunto si eres hombre; te pregunto cómo te llamas.

—Cuando me llaman respondo.

—Y si yo hubiese de llamarte, ¿qué tengo de decir?

—Lo que quisieres; pero ten las manos quietas, que parece me quieres sacar los ojos, y no me enfades de suerte que te sacuda con este garrote, pues no sabes aun quién soy.

Es menester advertir que miéntras Herminio hablaba con él hacia varios ademanes, y creyendo Cacaseno que le queria sacar los ojos, se enfadó, alzó el palo, y le iba á descargar en la cabeza, cuando llegó Marcolfa y le sacudió un récio bofeton, con lo que le hizo presto bajar el palo. Empezó á gritar Cacaseno, de suerte que parecia un lechon cuando le degüellan, no pudiendo acallarlo hasta que acudió su madre.

ALEGORÍA II.

LAS MUJERES SE PAGAN DE APARIENCIAS.

Llevóle Dominga un gazpacho para sosegarle, y le preguntó:

—¿Qué tienes, Cacaseno mio, que tanto chillas?

—Ú, ú, ú, la abuela me ha pegado porque me he defendido, ú, ú, ú, de este hombre que me queria sacar los ojos con los dedos, á, á, á.

—Calla, Cacasenito mio, que obligarémos á la abuela á que duerma descalza. ¿Sí, sí, hijo mio? Ea, escupe, y verás cómo la casco.

—No es cierto lo que dice, pues no intentaba sacarle los ojos, exclamó Herminio. Vamos, hijo mio, toma un *tres*, y hagamos las amistades.

Viendo Cacaseno el tres, es decir, el cuarto, se sosegó, y Dominga le dijo:

—Haz un besamanos á este caballero, y besa la mano á la abuela.

Herminio estuvo observando los movimientos que hacia, no pudiendo contener la risa, considerando el gusto que tendrian los reyes al ver su extravagante figura, pues era sumamente grueso, de frente aplastada, ojos saltones, cejas largas y cerdudas, narices chatas, y boca tan puntiaguda, que parecia gato montés.

Llegada la hora de comer todos se lavaron las manos y se sentaron á la mesa. Y aquí dejo á la consideracion del curioso lector lo que sufriria conteniendo la risa el pobre Herminio por no disgustar á aquella buena gente.

Pero con la mira de llevarse á Cacaseno á la córte, les dijo:

—Habeis de saber que comprando unas cabritas en la plaza la otra mañana el proveedor de palacio á uno de esta serranía, que discurro le conoceréis, estuvo contando cómo os tratabais, dando noticia de Cacaseno, lo cual llegó á oídos del rey, quien me ha mandado venir para que le lleve á su presencia, pues anhela verle, y teneis obligacion por respeto y agradecimiento de manifestarle vuestra buena voluntad y fiel afecto.

—¡Cómo se entiende! No, señor, no puede ser, porque mi hijo es tan simple y bruto, que si va á la córte de seguro le ha de suceder algun trabajo.

—Nuera querida, no tengas miedo, que yo le acompañaré; y has de tener entendido que los brazos de los soberanos son muy largos, y llegan á lo más remoto del mundo; y considerando esto, es menester obedecerlos con razon ó sin ella, y sobretodo por las mercedes que nos han dispensado.

—Y en particular al rey Albuino, á quien debemos cuanto tenemos, añadió Bertoldino; con que así, Dominga, tranquilízate, que esta es nuestra mayor fortuna.

ALEGORÍA III.

LOS HIJOS COMUNMENTE SIGUEN LAS HUELLAS DE SUS PADRES, PROCURANDO CONSERVAR LA HONRA Y GLORÍA DE SUS ABUELOS.

Con las razones de Marcolfa y Bertoldino no replicó palabra Dominga; vistió á su hijo con el traje de los dias de fiesta, entregóselo á su abuela Marcolfa, y despues de las caricias paternales propias del caso, se despidieron, quedándose Bertoldino y Dominga para cuidar de la casa. Herminio, Marcolfa y Cacaseno bajaron la montaña y tomaron el camino de la córte. Herminio así que llegó á la primera posada mandó desmontar á su criado y despachóle por la posta á participar á sus soberanos lo que ocurria. Quedó el caballo del criado sin jinete, y Herminio se volvió á Marcolfa que llevaba á Cacaseno, y le dijo:

—Marcolfa, me parece más conveniente que Cacaseno monte á caballo ya que estamos en llano que de este modo no se cansará.

—Dices bien; ya que este caballo no lleva carga, bueno será que le ocupe Cacaseno: vamos, te montaré en él.

—No quiero, que me morderá.

—¿Por qué te ha de morder?

—Ya he dicho que no quiero. ¿Ves como me enseña los dientes?

—Espera, Marcolfa: me apearé y le pondré de suerte que vaya bien. Ea, no tengas miedo; abre las piernas, y siéntate encima de la silla. ¡Ah qué bravo mozo! Toma la brida en la mano, déjale que siga á mi caballo, y yo respondo de que no te caerás.

ALEGORÍA IV.

LA EXPERIENCIA ES LA MAESTRA DEL HOMBRE, POR CUYA RAZON EL RÚSTICO NO DEBE IMITAR AL CORTESANO.

Antes de volver á montar á caballo, Herminio previno á Cacaseno que tuviese las riendas bien sujetas, y él comprendió que debia tirar de ellas. Así lo ejecutó, y el caballo se encabritó, con lo que cobró tanto miedo que exclamaba á grito herido:

—¡Ay que me mata! ¿No habrá quien me favorezca? Porque esta bestia me quiere llevar por los aires y romperme los cascos. A tan descompasadas voces volvióse Herminio y díjole:

—Afloja, afloja las riendas.

El pobre Cacaseno, que no entendia lo que le decian, las soltó del todo; por lo que el caballo se desbocó y le tiró al suelo; pero tuvo la fortuna de caer en un arenal, por cuya razon no se hizo daño. Asustóse Marcolfa, creyendo le hubiese acontecido alguna desgracia, y empezó á llorar clamando:

—¡Ay desdichada de mí, que el muchacho se ha estropeado! Bajad presto.

—¿Qué es esto, Cacaseno? ¿Te has hecho daño? dijo Herminio apeándose.

—Bien ó mal, quiero volverme á casa.

—Vamos, hijo, monta á caballo, te pondré la brida en la mano, y le dejarás caminar como quisieres, replicó el cortesano.

—Si quieres que vaya, déjame montar á tu manera.

—Muy bien, yo tendré el caballo, y para que alcances mejor á

los estribos, súbete encima de esta piedra, y montarás más cómodamente.

Montó Herminio á caballo, y encargó á Marcolfa que tuviese las riendas del de su nieto; pero Cacaseno se adelantó y puso el pié izquierdo en el estribo derecho, quedándose con la cara á las ancas del caballo. Cuando Herminio se volvió y reparó en tal disparate, no pudo contener la risa, y le instó para que se apease; mas no fue posible de ningun modo, respondiendo que aquella era la manera de cabalgar.

ALEGORÍA V.

EXISTEN SERES EN EL MUNDO QUE SÓLO SIRVEN PARA DIVERSION DE LOS DEMAS.

Tenaz Cacaseno en su tema no hubo medio de convencerle, por más que Herminio repitiera:

—Bájate, que has montado al reves.

—Nunca podré estar mejor. Ademas, ¿no dijiste que el rey te ha enviado para conducirme?

—Cierto. Pero ¿qué infieres de eso?

—Que tomes la brida del caballo y me conduzcas; así obedecerás á tu amo, y no veré los peligros que debo pasar.

—¡Buena la hemos hecho! Ya he llegado á lazarillo de caballo en lugar de serlo de un ciego. ¿Qué tal la salida de este marmota en figura de camueso?

Estando en estas razones acertó á pasar un labriego que iba á la córte, y llamóle Herminio para que llevase de las riendas el caba-



Llegada de Cacaseno á la córte.

llo de Cacaseno hasta la puerta de palacio, donde le previno que le esperara, ordenándole que al entrar en la ciudad pidiese auxilio á la guardia, por si los muchachos apedreaban á Cacaseno ó le tiraban naranjazos. Picó espuelas, llegó á palacio y halló á los reyes en un balcon esperando la entrada de Polan, cuya noticia habian recibido por su criado. Miéntras Herminio les referia las aventuras ocurridas por el camino con Cacaseno, vieron venir á Marcolfa, al labriego que conducia el caballo de Cacaseno, y á este montado al reves, llevando detras tal golpe de gente, armando tal algazara con sus silbidos y gritería, cual si fuese dia de carnestolendas. Cayó tanto en gracia á los reyes la bulla, que no se puede ponderar. Llegaron á palacio, subieron y entró primero Marcolfa, y despues de hacer una gran reverencia, la dijo el rey:

—Bien venida seas, Marcolfa, pues no creíamos que vivieses despues de tanto tiempo.

—Todavía vivo para servir á T. M., de quien seré siempre esclava.

—Marcolfa, ¿no me conoces ya? ¿No te acuerdas de mí? preguntó la reina.

—Señora, son tantas las obligaciones, gracias, mercedes, favores y dádivas que recibí de vuestra liberal mano miéntras estuve en la córte con Bertoldino, que tengo siempre delante de los ojos las imágenes de los dos; y no lo digo por adulacion, pues aunque pobre montañesa, nunca la gasté y siempre dije la verdad desnuda: este modo de portarme y el ser agradecida lo aprendí de Bertoldo, agudo y sentencioso en sus proverbios, los que bien entendidos pueden servir de enseñanza al que atento los leyere; muchos dijo, y entre los que le oí recuerdo estas sentencias:

El pobre soberbio es veneno acerbo.
El pobre que se humilla es sincera avecilla.
El pobre tramposo es peor que el oso.
El pobre verdadero es como el cordero.

—Cierto que son dignas de meditarse, dijo la reina; pero dejan-

do esto por ahora, ¿dónde está Cacaseno?

—Señora, conmigo venia, pero no le veo. ¡Pobre de mí! ¿Dónde se habrá quedado?

Oyendo lo cual un ujier alzó una cortina é hizo entrar á Cacaseno, que traia una puerta arrastrando; los reyes soltaron la risa al ver tan buena entrada, y el ujier descifró semejante extravagancia diciendo:

—Sepan VV. MM. que al tiempo de subir la escalera de palacio miéntras Marcolfa entraba en la cámara, este salvaje le dijo á uno de vuestra servidumbre que tenia ganas de hacer aguas; lo llevó al excusado, y al entrar le dijo: Tráete la puerta hácia tí. Y el gran bruto así lo ha hecho, pues la ha desgoznado y la trae arrastrando, y de esta suerte le acompañamos para que le veais.

—Díme, Cacaseno: ¿por qué traes arrastrando esa puerta? preguntó el rey.

—Y ¿qué se te da á tí?

—Mucho, pues como dueño de casa quiero saberlo.

—Si eres el dueño de casa, tuya será esta puerta, y me dirás lo que tengo de hacer con ella.

—Sí, suéltala, dijo el rey.

—Puerta, ya te suelto, que el dueño de la casa te da licencia, exclamó Cacaseno; anda, anda, que pesas demasiado y no te puedo sostener; obedece, puerta, que si no te cascará el amo de casa.

Con semejante simpleza llegó Marcolfa muy enfadada y se la quitó mandándole que hiciese una cortesía á los reyes, y postrándose de rodillas les besase las manos. Obedeció Cacaseno, pero fue poniéndose á gatas y diciendo:

—¡Oh señores mios! Ya veis mi reverente cortesía, tirándome por el suelo como mi abuela me lo mandó; ya no falta sino que me metais el dedo en la boca para besaros la mano: venid, que os estoy aguardando.

—¿Qué haces, jumento? exclamó Marcolfa.

—Pues ¿no me has dicho que les haga la cortesía y les bese la mano de rodillas? Ea, pues, ya estoy con las rodillas en el suelo;

díles que vengan, les besaré, que ya tengo ganas de merendar.

Los reyes celebraron mucho tamaña sencillez, le mandaron levantar, y llamando á un caballero que se llamaba Atilio, le ordenaron le llevase á merendar. En el interin quedóse Marcolfa disculpando al inocente Cacaseno de esta suerte:

—Serenísimos señores, debeis considerar que Cacaseno no es ménos ignorante que su padre Bertoldino; en fin, de tal árbol tal fruto; por lo que os ruego no extrañeis sus simplezas. Le he traido á la córte gustosa en muestra de que obedezco los mandatos de mis soberanos; mas espero vuestro permiso para volverme á casa, que sólo he abandonado por complaceros.

—Está bien. Y Bertoldino ¿vive todavía? dijo el rey.

—Sano y rollizo, respondió Marcolfa. Cuando tuvo más edad, empezó á tener razon y juicio, cosa que parece fabulosa, y despues se casó, naciendo de este matrimonio Cacaseno; y te aseguro que con la boda y otros infinitos gastos, nunca hubiéramos podido sostenernos á no ser por vuestra real munificencia que dispuso, que á pesar de todo nos quedase lo suficiente para pasarlo medianamente segun nuestro estado.

—¿Es cierto lo que dices de Bertoldino? preguntó el monarca.

—Cierto, pues no diria una mentira á mi rey y señor, aunque me costara la vida; y si no te causa enfado, quisiera contarte un caso de los que al intento referia Bertoldo, de uno que por mentir á un príncipe perdió mil pesos (1).

—Tendré especialísimo gusto en oirlo.

—Habia un príncipe que tenia un criado muy querido, y sucedió que, viendo cierto hidalgo la familiaridad que le dispensaba su amo, trató de elevar por su conducto una pretension, ofreciéndole mil pesos si la lograba: el sonido de tan codiciado metal abrió las puertas de la avaricia, y prometióle que haria lo posible para que se le despachase favorablemente. No tardó el criado en recurrir al príncipe, suplicando que le concediese la tal gracia; y para alcanzarla se valió de una mentira, diciendo que era para un hermano suyo. El príncipe respondió que lo consultaria con el ministro y le daria la respuesta.

Como las mentiras no tienen alas y el embustero necesita gran memoria, á los pocos dias el príncipe recordó que en cierta ocasion le habia dicho su criado que no tenia hermano alguno,por lo que para aclarar la verdad quitóse de cuentos y secretamente hizo llamar al hidalgo pretendiente. Llegó á la audiencia y el príncipe le dijo:

—Si no confiesas la verdad te retiraré mi gracia.

Respondió el hidalgo que nada ocultaria de cuanto supiese, por lo que preguntó el príncipe:

—Fulano ¿es hermano tuyo?

El hidalgo respondió negativamente.

—Pues ¿por qué te ha prometido apoyar tu pretension? replicó el príncipe.

—Señor, respondió el hidalgo, hele ofrecido mil pesos si se despachaba favorablemente.

—Pues dáme los mil pesos, ya que yo te concedo la gracia que solicitas, y te prohibo que lo digas á tu amigo.

Ajeno el criado á lo acontecido entre su amo y el hidalgo, cierto dia que estaba el príncipe de buen talante le hizo memoria de la gracia que le habia suplicado para su hermano, á lo cual respondió con agudeza:

—Puedes buscar otro hermano, pues el que te imaginabas serlo tuyo lo es mio.

—Respuesta pronta y graciosa invencion, dijo el monarca. Pero volviendo á nuestro asunto, ¿por qué has omitido darnos noticias de tu persona, cuando todos los años hubiéramos tenido el gusto de enviarte algun regalo?

—Indiscreto es quien no se contenta con lo preciso; bastante hemos disfrutado de vuestra real magnanimidad con tanto como nos disteis al tiempo de nuestra partida. Con su importe hemos comprado muchas tierras, de suerte que con lo que poseemos vivimos mejor que otro de mayor esfera (2).

—¿Por qué no te has vestido del paño fino y lienzo delgado que llevaste? preguntó el rey.

—Porque nuestra infeliz montaña requiere vestidos toscos, pan

mezclado con centeno, y agua pura y cristalina, con cuyos alimentos se mantienen los cuerpos sanos y robustos.

—El que se contenta con su estado es dichoso; pero me parece una gran simplicidad mantenerse de vegetales y beber agua, pudiendo comer bien y beber mejor.

—No hay peor cosa para la salud que beber vino quien no lo tiene acostumbrado; y en prueba de eso desearia contaros un suceso acaecido á un caballero aleman, que mi marido referia como cosa cierta, y que viene á propósito hablando de los aficionados al vino.

—Puedes empezar cuando quieras.

—Cierto caballero aleman determinó salir de su patria para ver la maravillosa ciudad de Roma, y recorrer el delicioso reino de Nápoles. Púsose en camino con un criado de su confianza, y práctico en tales países, y llegados á Bolonia, el caballero mandó al criado que se adelantara y parase en todas las tabernas de las ciudades, villas, lugares y ventas que hallase por el camino, y probara el vino escribiendo sobre la puerta de la taberna donde lo encontrase bueno, el mote latino *Est*. Cumplió el criado la órden, y donde el amo veia *Est*, se paraba un dia, tanto por la curiosidad de visitar la poblacion, como para gustar de tan deliciosa bebida. Fuéron caminando por la Romanía; llegó el criado á un lugar de la Toscana, situado entre Florencia y Sena, que se llama Pogibonce; se paró en una hostería, llamada de las Llaves, donde encontró tres clases de vinos, moscatel, verdea y treviano, y con tan buen hallazgo el criado puso tres veces *Est*, *Est*, *Est*. Llegó su amo, dispusiéronle la comida y mandó que le sacaran de los tres vinos; los cató, y cada uno le gustó á cuál más, deteniéndose allí tres dias sin saciarse de beber, y con tanto exceso, que le sobrevino una sofocacion repentina que en pocas horas le llevó al sepulcro. Noticioso el criado del suceso, volvióse atras afligido con tan funesta noticia, para participarla á los parientes de su amo y á todos sus amigos, á quienes, al preguntarle de qué habia muerto su amo, respondia:

EST, EST, EST.
Propter nimium est,
Dominus meus mortus est.

Con que, aplicando el cuento, vuelvo á repetir que el vino es muy nocivo y engendra infinitos desórdenes y enfermedades; lo que no sucede en las montañas, en donde nadie ni siquiera lo cata, pues más apetecemos las aguas cristalinas que susurrando se despeñan de las fuentes, las cuales cuando las bebemos llegan tan delgadas y apetitosas, que nos libran de toda suerte de indigestiones.

—Cierto que ha sido muy graciosa y adecuada la historia; pero por cuanto me hago cargo de que estarás muy cansada del viaje, véte á descansar, y despues volverás con Cacaseno.

Llamó el rey al mayordomo y le mandó que acompañase á Marcolfa al cuarto que se le habia destinado, en donde encontró á Cacaseno tendido en el suelo gritando:

—¡Ay, ay, ay!

—No le puedo hacer callar, dijo un criado que allí estaba.

—¿Qué ha sucedido? preguntó Marcolfa.

—Has de saber, respondió el sirviente, que despues de merendar me dijo que queria dormir; y juzgando que no fuese tan simple, le dije que se subiese sobre esa cama, y él se agarró con manos y piés de una de sus columnas de tal modo, que cuando llegó al remate se rompió la columna y dió en tierra con su cuerpo como le ves.

—No te maravilles de esto, porque como en la montaña no se usan camas de esta moda, se ha imaginado que el cielo de ella era en donde se habia de acostar. Y llegándose á él exclamó: ¡Ay desdichada de mí! ¡Qué veo! No habla. ¿Cacaseno? ¿Cacaseno?

—Déjame, no me dispiertes, que estoy durmiendo, respondió al fin.

Marçolfa le levantó del suelo rendido de sueño, le tendió en la cama, cerró los postigos y le dejó durmiendo. En este intermedio

el criado fué á dar cuenta á los reyes del suceso, que se quedaron admirados de semejante simpleza, maravillándose al mismo tiempo de la memoria tan feliz que conservaba Marcolfa de todos los dichos de Bertoldo. Volviendo de nuevo á hacer conmemoracion de cuando Cacaseno se agachó esperando que le diesen la mano para besársela, y excitándoles la risa tan rara sencillez como querer subirse al cielo de la cama, hiciéronle contar nuevamente la historia, celebrándola siempre en gran manera. El rey le mandó luego que tornase á ver lo que pasaba y le diese cuanto ántes noticia de las novedades que sobreviniesen con el inocente Cacaseno. Miéntras estaba durmiendo, Marcolfa, cansada del viaje y bien comida, se fué á descansar; pero á lo mejor del sueño la despertó el gran golpazo que dió Cacaseno de la cama abajo, el cual empezó á clamar:

—¡Ay de mí! ¡Ay infeliz de mi! ¿Dónde estoy?

—¿Qué ruido es ese? ¿Qué te ha sucedido? preguntó Marcolfa.

—¿Qué ha de ser? Que me he caido de la cama y se me han saltado los ojos.

—¡Habrá mujer más desventurada que yo! ¿Qué dirán Bertoldino y Dominga cuando sepan que estás ciego? ¿Adónde estás?

—Si estoy ciego, ¿cómo quieres que lo vea?

—Espera, abriré los postigos.

—Alegría, alegría, abuelita, que ya me han vuelto los ojos.

—Salvaje, ¿cómo puede ser que estuvieses ciego? Seria que los postigos estaban cerrados. Levántate de ahí. ¿Te has hecho daño?

—Bastante, porque siento un gran dolor en las espaldas; pero se puede dar por bien empleado por el hallazgo de mis ojos.

Estando Marcolfa y Cacaseno en estas razones, el criado, á quien habia enviado el rey para averiguar lo que sucedia, se estuvo escondido detras de una mampara, y cuando oyó lo referido, se apresuró, sin poder moderar la risa, á participárselo al rey, contándolo con tanta gracia y chiste, que los monarcas soltaron la carcajada. Mandó despues la reina al criado que pasara recado á Marcolfa di-

ciéndola que la precisaba hablarla inmediatamente sobre un asunto de su incumbencia, pero que fuése ella sola dejando á Cacaseno en su cuarto. Recibió Marcolfa el recado y dijo á su nieto:

—Hijo, la reina me ordena que vaya á verla, pero sola; por lo tanto quédate aquí hasta que vuelva.

—Yo tambien quiero ir, porque temo que si me quedo solo vuelva á perder los ojos.

—No sucederá; quédate, que vendré lo más pronto que pueda.

Marcolfa cerró la puerta con gran prisa á fin de que Cacaseno no se escapase tras ella; pero empezó á gritar de tal modo que parecia un becerro, no callando hasta que encontró unos juguetes con que divertirse.

Llegada Marcolfa delante de la reina, la dijo:

—Serenísima señora, aquí me tienes á tus órdenes.

—Querida Marcolfa, recuerdo que cuando estuviste la otra vez en la córte con Bertoldino, me descifraste ciertas dudas enigmáticas, acaecidas en un juego en que me hallé con unas damas y caballeros; y como tengo mañana á la noche otra diversion semejante, quisiera que me enseñaras un juego de tu agrado.

—¡Ay señora! las plantas silvestres nunca crian fruto doméstico. Yo, que vivo en una montaña, mal puedo inventar cosa que corresponda á la persona de una reina como tú: los que sé no serán como yo desearía.

—No importa, díme uno, que estaré contenta y satisfecha siendo tuyo.

—Debo obedecer y dar gusto á T. M., pues no ignoro que lo que en mí seria comun y ordinario, saliendo de tus labios se apreciará y celebrará infinito, enseñándonos la experiencia que, aunque los caballeros digan algun desatino, se acoge como si lo pronunciara un oráculo, y lo interpretan por una sentencia muy docta (3); sin embargo, te suplico me concedas tiempo para pensar el enigma del juego que deseas.

—¿Una persona tan capaz como tú necesita tiempo para pensarlo? Creo que te burlas de mí.

—¿Yo? ¡Líbreme Dios! Soy muy agradecida, y como dije poco há en presencia del rey, siendo yo una pobre infeliz, tengo presente que con tus dádivas he llegado á gozar grandezas correspondientes á mi clase.

—¿No sabes aquel proverbio que dice:

Este mundo es escalera,
que uno acierta y otro yerra?

—Mi marido Bertoldo solia decir, hablando del mundo:

La carne en el garabato
huele el perro y maulla el gato.

Y para decirlo más claro, unos arriba y otros abajo; y á este propósito se me ocurre una moraleja de la zorra y el oso.

—Deseo que la refieras, y despues volverémos á nuestro asunto.

—Pasando casualmente un dia la pícara y astuta de la zorra por un patio de cierto caballero, se subió sobre un aljibe casi enjuto, púsose á mirar al fondo, y descubrió gran cantidad de pececillos que se mantenian con la humedad que habia quedado; llevada de su glotonería quiso descender abajo; vió que habia una cadena con dos cubos, se abalanzó á uno de ellos, y con su peso bajó prontamente, y se hartó de pesca, como se suele decir, hasta la garganta: cuando estuvo saciada acordóse de como habia bajado, y se persuadió que seria lo mismo para subir; pero se equivocó de medio á medio, porque no pudo subir de ningun modo. Hallándose en esta afliccion empezó á quejarse amargamente exclamando:

—¡Ay infeliz de mí, y qué he hecho! Creí hacer una cosa buena, y me ha salido muy mala. ¡Desgraciada de mí! ¿Qué haré? ¿Quién me librará de este cautiverio? Si los dueños vienen y por desgracia me hallan aquí, dirán que me he comido la pesca y me la harán echar á palos del cuerpo, como suelen decir; que el que se comió las velas vomite los pábilos, y si vienen á limpiar el aljibe pereceré sin duda.

Miéntras la zorra hacia esos extremos pasó por allí un oso pa-

riente suyo que la conoció en la voz; acercóse, se asomó y viéndola allá abajo la dijo:

—¿Por qué te quejas? ¿Te has caido, ó no puedes subir? Cuéntame lo que te ha sucedido, que deseo ayudarte en tan gran necesidad.

Entónces estuvo pronta á la astucia la maliciosa zorra, y explicóse en estos términos:

—Querido pariente, ¿sabes por qué me quejo? Por el caldo que está damasiado gordo; quiero decir que he bajado aquí y comido tantos peces que estoy harta hasta los ojos.

—Y ¿por eso te quejas? replicó el oso.

—No me quejo de lo que he comido, añadió la zorra, sino que siento lo que dejo.

—¿Hay mucho ? preguntó el oso.

—Se pueden cargar diez acémilas, respondió prontamente la zorra.

Oyendo el oso esto, dijo:

—Pues tambien voy á bajar y sacaré la barriga de mal año. ¿Cómo bajaste tú?

—Ásete de ese cubo, dijo la zorra, y verás con qué ligereza bajas; pero no sueltes las manos.

Tan presto é incauto fue para acoger el consejo de la zorra, que sin otra consideracion asióse al cubo, al mismo tiempo que ella se metió en el que estaba abajo, subiendo con más velocidad arriba cuanto más pesado era el oso, al cual, cuando se vió en salvo, dijo:

—A Dios, amigo, hasta la vista, que creo no será nunca. Por lo que aplicando el cuento, digo que muchas veces cuando una persona se halla en la mayor pobreza asciende á las felicidades mayores, como sucedió á la zorra, que despues de haber saciado su apetito salió victoriosa, al paso que otros experimentan lo que el pobre oso, que dejándose engañar, llevados de una vil golosina, acaban su vida en la mayor necesidad.

—Me has proporcionado un buen rato con la fábula, y sola tu

agudeza pudiera traer las cosas tan prontas y adecuadas al caso. Pero volviendo á nuestro asunto, quiero que me enseñes un juego de prendas, en que el que perdiere la pague, y para volverla á cobrar tenga que descifrar algun enigma ó cumplir cualquiera otra penitencia discreta.

—Pues voy á enseñarte uno, que espero será muy aplaudido de todos los concurrentes, el cual vió Bertoldo hacer á unos caballeros, cuyo título es:

LA ORQUESTA.

EXPLICACION DEL JUEGO.

Los jugadores han de ser doce, y cuando ménos ocho; cada cual ha de tomar uno de los infrascritos instrumentos que imitará con la boca ó con las manos, reemplazándolo despues con otro de los compañeros.

NOMBRES DE LOS INSTRUMENTOS.

Primero.	*Espineta.*
Segundo.	*Archilaud.*
Tercero	*Guitarra.*
Cuarto.	*Violin.*
Quinto.	*Bajon.*
Sexto.	*Chirimía.*
Séptimo.	*Trompeta.*
Octavo.	*Tambor.*
Nono.	*Corneta.*
Décimo.	*Flauta.*
Undécimo.	*Viola.*
Duodécimo. . . .	*Trompa.*

El que hiciere el juego dirá, por ejemplo, *dirindin* con *tu espineta.* El de la espineta responderá con su instrumento, y despues tocará uno de los otros, el que le pareciere, diciendo:

—*Dirindin* con *mi espineta* y *trapatá* con *tu tambor.*

El que tuviese el tambor responderá al instante:

1.°	*Dirindin.*	la mia, ó tu espineta.
2.°	*Tronc, Tronc.* . .	el mio, ó tu archilaud.
3.°	*Trinc, Trinc.* . .	la mia, ó tu guitarra.
4.°	*Sirisí, sirisí.* . . .	el mio, ó tu violin.
5.°	*Viriví, Viriví.* . .	el mio, ó tu bajon.
6.°	*Taran, tarantan.* .	la mia, ó tu chirimía.
7.°	*Tará, tará.* . . .	la mia, ó tu trompeta.
8.°	*Trapatá.*	el mio, ó tu tambor.
9.°	*Turichí.*	la mia, ó tu corneta.
10.	*Fis, fis, fis.* . .	la mia, ó tu flauta.
11.	*Vion, vion, vi.* . .	la mia, ó tu viola.
12.	*Fu, fu, fu.* . . .	la mia, ó tu trompa.

El que faltase pagará prenda del modo siguiente:

Cuando le llamasen, si no responde presto con su instrumento, pierde: esto es, si falta á lo prescrito diciendo tuyo en vez de mio, y no imita con la voz ó las manos, segun corresponda, los instrumentos, pagará prenda.

Pero como, segun dice el proverbio, todo cansa en este mundo, es tanto más agradable el juego cuanto más breve sea: por consiguiente, conforme se vayan depositando las prendas van saliendo los jugadores del juego, y cuando se han perdido seis, se adjudican á los vencedores, siendo preciso para recobrarlas que otro de los que no han salido llame á su instrumento, en cuyo caso vuelve al juego, y el que ha errado entrega la prenda y sale.

—Quedo enterada; y para que veas si es cierto lo explicaré. El que dirige el juego debe cantar con la boca, imitando el instrumento con las manos; y cuando los jugadores oigan designar su instrumento, responderán en seguida, debiendo el indicado proponer otro, el que le pareciere; y de esta manera se seguirá con las demas condiciones que me has dicho, las cuales conservaré en la memoria. Pero si acaso llegase yo á ser uno de los vencedores, quisiera que me enseñases una dificultad para proponerla al dueño de la prenda.

—Está bien: ¿cómo haria T. M. para partir veinte en cinco partes, y que cada una de ellas quedase en número impar?

—Tambien he estudiado algo la aritmética; espera que calcule, á ver si me sale. 1358, sobran 4; no sale: 3333, sobran 8, peor: 3573, sobran 2, tampoco. Cuatro por cinco veinte, pero son pares: no es posible partir en cinco partes, y que sean nones.

—Véase pues con qué facilidad: para partir veinte en cinco partes, que sean nones, ha de dividirse la palabra *venti* en esta forma:

VENTI (1).

Ya ves cuán fácilmente está resuelta la dificultad, y creo que es bastante enigmática.

—Cierto que es muy discreta, y me ha gustado: quedo enterada, persuadiéndome que saldré airosa de mi empresa, y te daré las gracias. Ahora puedes irte á ver á Cacaseno, porque el pobrecillo te estará esperando impaciente.

ALEGORÍA VI.

DEBEMOS HUIR DE LA GULA Y AVARICIA, PORQUE DEGRADAN Á LA HUMANIDAD.

Con la mayor veneracion y respeto despidióse Marcolfa de la reina.

Mas volviendo á Cacaseno, como quiera que su abuela le dijo al ir á ver á la reina que se entretuviese hasta que volviera, un criado, viendo que estaba solo, se escondió en un rincon del cuarto para observar lo que hacia, manteniéndose allí hasta que hizo una de las suyas, y sin poder contenerse fué corriendo á dar cuenta al rey, quien mandó que se le trajese. Volvió el criado y sacóle del cuar-

to con el pretexto de que le llevaba á beber, y le condujo delante del rey, quien mirándole la cara, que traia toda engrudada, preguntó á Atilio, que así se llamaba el criado:

—¿Qué le ha sucedido al pobre Cacaseno, que trae la cara tan sucia?

—Señor, un mozo de la repostería puso á la lumbre un perol de cola para pegar los cristales de los ramilletes, y pareciéndole cosa de comer, agarró el perol y se le puso entre piernas, comiendo una porcion de cola, con la cual se debe haber estregado la cara; de suerte que dificulto que Barrabas le pueda limpiar.

—Díme, Cacaseno, preguntó el rey; ¿has comido cola?

—Mi abuela me dijo cuando se fué que me entretuviese; y como no hallé otra cosa, me he divertido con aquel perol de puches; y este cara de judío me ha traido delante de tí, en lugar de llevarme á beber.

El rey, oyendo razones tan inocentes y mirando su cara, soltó la carcajada y mandó al criado que le llevase á beber; pero como deseaba que la reina fuese sabedora de tal simplicidad, le hizo seña de que le condujera á su cuarto, lo que obedeció puntualmente.

—¿Cómo vienes con esa cara engrudada? preguntó la reina al verle.

—Es que he merendado y se me habrá pegado alguna grasa; pero quisiera que me hicieses el favor de mandar darle á este veinte y cinco palos, porque el rey ha dispuesto que me lleve á beber, y no ha querido; así haz que traigan agua porque me siento hinchado como vejiga de puerco.

—A decir la verdad te le pareces en todo, y tu cara no es de otra cosa que de lo que acabas de nombrar.

Mandó que la refiriese el suceso que celebró infinito, y despues ordenó que lo llevaran á beber.

Llegó Marcolfa á su cuarto, y no hallando á Cacaseno inquietóse de tal modo, que iba á buscarle sumamente enfadada, cuando llegó Atilio con Cacaseno, y despues que supo lo ocurrido empezó á clamar:

—¡Pobre de mí! Este bruto tiene la culpa de verme avergonzada en esta córte.

Procuró lavarlo, pero fue en vano, pues tan dura y tenaz estaba la cola, que no habia fuerzas humanas para despegársela de la cara y manos, siendo preciso calentar agua para podérsela quitar. Enfadada de sus bestialidades y desesperanzada de su enmienda, determinó pedir licencia á los reyes para retirarse á su montaña: los halló juntos, y con una reverencia humilde y profunda dijo:

—Serenísimos y piadosos señores, ya que tengo la fortuna de hallaros juntos, acaeciéndome lo que varias veces suele suceder al cazador que pone la red para un pájaro y coge dos á un mismo tiempo, con el mayor rendimiento vengo á suplicaros me concedais licencia para volverme á casa.

—Conozco que es perjudicial á los intereses y gobierno de tu casa tu ausencia, y te concedo permiso para irte, aunque te aseguro que desearíamos que te quedases.

—En todo asunto, oracion, argumento y goce de favores, gusta siempre la brevedad; por otra parte no parece bien que un súbdito se familiarice con su príncipe largo rato, porque tal vez cuando ménos se piense no le hallará de gracia, y le sucederá lo que al raton con el gato, que despues de jugar con él largo tiempo, se cansa, y le despedaza la cabeza para concluir su alegría. Mi marido solia decir que la amistad de un príncipe es como el fuego, y así es menester precaverse y no acercarse demasiado, que queme, ni alejarse tanto, que no caliente, sino mantenerse á prudente distancia.

—Confieso que tal vez con muchos suele suceder lo que dices; mas contigo no habíamos de desconocer el mérito y las relevantes cualidades que te adornan; pero supuesto que estás decidida á irte, tienes mi permiso, con condicion de que sea del agrado de la reina.

—Yo se lo concedo, aunque con la obligacion de venir con Cacaseno á verme una vez al año; si bien seria mayor mi gusto si te quedaras á vivir en la córte.

—Piadosísima reina, debes tomar en consideracion dos cosas: la

primera es, que si yo dejara los aires puros de mi montaña y me faltasen aquellas aguas sutiles, aquellos alimentos tan saludables, y me quedase en la córte, con exquisito vino, viandas delicadas y demas regalos que aquí se acostumbran, en breve pienso que me moriria; la segunda, que habitando en la córte, á título de mujer que procedo en todo con claridad y enemiga capital de la lisonja, no pudiera sufrir á algunos que presumen de cortesanos y sólo son ambiciosos y aduladores, con índole de avestruz.

—¿Conoces á esos tales? preguntó el monarca.

—Los conozco por unos versos que escribió mi marido cuando estuvo en la córte.

—Pues quiero que los digas.

—Yo tambien, que discurro serán como suyos, apoyó la reina.

—Los diré, deseando que se queden impresos para siempre en vuestra memoria como en la mia.

DEL VIRTUOSO CORTESANO Y DEL AMBICIOSO.

En vez de córte puso la voz muerte
Un poeta, y no es mucha la ignorancia;
Porque de córte á muerte, si se advierte,
Es muy poca ó ninguna la distancia.
O ya á la muerte, pues, ó ya á la córte,
Regulando á su modo traje y porte,
Concurre el virtuoso:
A este opuesto, le sigue un ambicioso;
De ceremonias viene prevenido,
Con su hebilla y zapato presumido:
Don Simon ser pretende al que llegare;
Pero un tonto será el que así lo usare,
Porque en su trato y en su vil porfía
No será don Simon, sí simonía.
Al virtuoso, si á medrar se aplica,
Que es muy difícil se le significa:

Su esperanza desde hoy pasa á mañana,
Y por mucho que estudie, siempre afana.
Al ambicioso en todo entremetido,
Con falsa adulacion, labio fingido,
Si en la lisonja funda la alabanza,
Siempre la córte da buena esperanza.
Corre pronto al halago, al fingimiento,
Y es más aleve cuando más atento;
Pues con la risa falsa en sus razones
Corre bellaco á las sublevaciones.
Oye uno de estos á su dueño, acaso,
Que tiene hambre, y está la mesa al paso:
Si ya no tiene gana, lo mejora,
Pues le dice muy presto que no es hora.
Si otro dia á tal punto está presente,
Y el valedor con gana no se siente,
Le responde con mucha cortesía:
No es tiempo de comer, no es medio dia.
Si el patron dice ¡hola! ya está listo,
Ligereza mayor jamas se ha visto;
Y aunque sea muy tarde ó muy temprano,
Se le presenta con sombrero en mano.
Si acaso escupe, como esté delante,
Va y con el pié lo limpia en un instante;
Pero basta: la hoja aquí doblemos
Y el discurso á otro punto traslademos,
Que un útil pensamiento en esto se halla,
Y es quitar de la oreja tal canalla.

Esos versos escribió Bertoldo, bien enterado de lo que es la córte; y dejar de hablarles claro no fuera en mi mano, con lo que era preciso ser mal vista.

—No hay duda que aunque malos merecen atencion por su profunda moralidad, dijo el rey; pero volviendo á la cues-

tion, repito que tu conversacion nunca nos puede fastidiar.

—Díme: ¿no me has ofrecido que volverás á vernos? preguntó la reina.

—Si Dios me lo permite no tendré dificultad en cumplir tan debida obligacion.

El rey llamó al mayordomo y le mandó que trajese doscientos escudos para Marcolfa, disponiendo al mismo tiempo que por la mañana temprano previniese una litera para conducirla á la montaña. El mayordomo se apresuró á obedecer la órden, pero de tan mala gana, echando tantos entripados y juramentos como el marinero en tempestad, que salió de la estancia murmurando:

—¡Oh qué sinceridad la de algunos señores en apoyar desatinos, proteger tontos y dar alas á bufones, como se ve con este señor, que manda dar doscientos escudos á estos monos, irrision de la córte! Mejor premiarán á semejantes gentes que á un hombre erudito y aplicado, que se descalabre el entendimiento dedicándose á perfeccionar alguna obra, y despues de tanto desvelo y trabajo la presenta con el fin de obtener la justa recompensa, y lo único que saca de su afan es que ni siquiera le den las gracias. Tales son las que alcanzan los eruditos y doctos despues de tan malos ratos y penosos estudios.

Miéntras fuéron á tomar el dinero el rey envió la órden al literero para que al romper el alba estuviese pronto para conducir los dos grandes personajes á su tierra.

En este intermedio Marcolfa hizo á los reyes sus cumplidos de despedida en la siguiente forma:

—Ahora conozco que VV. MM. son nuestros amos y señores, y amigos verdaderos.

—Puesto que dices que nos reconoces por verdaderos amigos, díme: ¿qué entiendes por la palabra verdaderos? preguntó el monarca.

—Señor, es que tambien hay amigos falsos.

—Pues aclárame esa diferencia.

—Escúchalo en esta

OCTAVA.

Tanto me sirve el bien que no aprovecha
Cuanto el mal que no daña: ¡hola! cuidado,
De amigos de promesa hay gran cosecha,
Que el bolsillo te ofrecen con agrado;
Mas si á la prueba vienes, la desecha,
Que es cháchara y parola te ha mostrado;
Sólo es amigo el que en grandeza alguna
Favorece al de mísera fortuna.

—Pues ¿cómo se ha de gobernar el hombre para granjear àmigos verdaderos?

—Las amistades verdaderas son las que están fundadas en acciones y costumbres virtuosas; porque las cimentadas en el vicio duran muy poco, pues los amigos se convierten en pérfidos enemigos. De las amistades que uno llega á conocer que son perjudiciales, debe huir para no caer en el peligro, al que sigue el precipicio; y es práctica conocida que si un hombre dócil trata de continuo con otro de malas costumbres, adquiere la fama del compañero. Vulgarmente se suele decir: díme con quién andas, te diré quién eres; y tambien: quien con lobos anda á aullar se enseña; y por lo general semejantes amistades suelen ocasionar despues de tan grande amor, doblado, tenaz é intenso odio, de suerte que aunque pase mucho tiempo y vuelvan las amistades, nunca llega á ser lo que ántes; pues el vicio del odio es de tan mala inclinacion, que el vengativo en lo exterior parece que perdona, siendo al contrario, porque nunca olvida, y en lo interior reserva el veneno. Por consiguiente, lo mejor es que ninguno se mezcle en lo que no le toca, pues nunca saldrá bien, y se arriesga á muchas contingencias; y como yo no tengo ojeriza ni odio á nadie, quiero decir á vuestras majestades una moraleja que viene adecuada á nuestro asunto.

—La escucharémos con atencion, miéntras viene el mayordomo con los doscientos escudos.

—Cuando las gallinas hilaban lana y tejian paño para hacer calzones á los gallos, refiere Esopo y otros autores que hablaban los animales, y por consiguiente tenian entre ellos sus amistades, quimeras y pleitos, y trataban y contrataban en todo lo que les era preciso para vivir.

En la misma época hallábanse las zorras odiadas generalmente, por haber engañado á todo el mundo con sus astucias y maliciosos latrocinios. Sin amigos, y perseguidas en extremo, encontróse por casualidad cierto dia una con un perro mastin, el cual así que la vió se abalanzó á ella para matarla; con el sobresalto y temor de su próximo fin, procuró ponerse en salvo, como en efecto lo consiguió; y fue su suerte que hallando un agujero, se escondió, de modo que no le era posible al perro entrar y conseguir su intento. No obstante, viéndose asediada y siempre con el mismo peligro si salia, ideó una nueva astucia, que fue hablar al perro con palabritas melosas, diciendo:

—Hermoso, querido, amado perro mio, ¿por qué me quieres matar? Sabrás que yo venia deseosa de hallarte y conferenciar contigo sobre un asunto que ha de redundar en beneficio tuyo; depon tu enojo, y escúchame.

Oyéndose alabar y tratar con tanta blandura y halagado por el interes del negocio favorable, respondió el perro, que la escuchaba complacido.

—Ya sé, perro mio, añadió la zorra, que tienes noticias de mis picardías, pero te prometo por quien soy la enmienda; que estoy tan arrepentida, que en adelante viviré sin hacer mal á nadie; por lo que te vengo á buscar, persuadida que entre todas las bestias del mundo, tú solo mereces ser símbolo de fidelidad, y espero que la uses conmigo, pues no te puedo expresar la gran lástima que me causa el estado infeliz á que estás destinado, teniendo que vigilar dia y noche la casa de tu amo para cumplir con tu obligacion y vivir con la miseria de lo que te quieren dar, que no sirve para nadie, y la recompensa es trabajar sin descanso de dia y de noche. ¡Pobrecito mio! Te aseguro que se me parte el

corazon de dolor por la lástima que te tengo; y así te vuelvo á decir que estoy arrepentida de todas mis iniquidades, y sólo me falta para ser buena en adelante un fiel compañero; por lo que deseo tener amistad contigo, y llevándome en tu compañía te aliviaré en algun modo de tanta sujecion, y haré centinela como tú en casa de tu amo: tú harás la guardia de dia, y yo de noche, y con esto empezaré á hacer méritos, ínterin que tú te empeñas con el amo, insinuándole que me reciba para mayor seguridad de su casa.

Entónces el perro, cuadrándole tan buenas proposiciones, sin considerar que el trato y amistad de una bestia tan infame se le habia de convertir en daño y perjuicio hasta su muerte, la dijo:

—Sál de ese agujero, que yo te daré la pezuña de bestia honrada y palabra de no ofenderte y hablar á mi amo para que te reciba para guarda de su casa y ganado.

Salió fuera la zorra fiada en su palabra, y juntos los dos nuevos amigos marcharon á casa del perro. Así que el dueño vió la zorra, tomó una estaca y fué corriendo á matarla; mas en vez de huir tendióse con gran mansedumbre panza arriba.

Viendo el perro accion semejante, se compadeció y puso en medio para que el amo no la quitase la vida, insinuándole que la recibiese para mayor gobierno y seguridad de la casa: el amo condescendió y prometió al perro mantenerlos á los dos, consignándoles cuatro panes diarios para cada uno, una artesa de agua, huesos y demas regalías y emolumentos que se proporcionasen. Quedó hecho el pacto por dos ó tres dias, y satisfecho el amo del perro y de la zorra, malicioso animal acostumbrado á comer gallinas, pollos y capones hurtados por sus uñas; y no pudiendo habituarse á comer el pan bazo mezclado de centeno y salvado que se amasa para los perros, pensó una maña; y hallándose un dia en conversacion con el perro, le empezó á decir:

—Perro mio, fiel compañero, querido, amigo de mi vida, ya que estamos solos quiero decirte cuatro palabritas, que te aseguro redundarán en favor nuestro; pero con la condicion de que me has

de dar palabra de no oponerte á mis designios tan favorables á nuestro mayor bien.

—Te doy palabra, respondió el perro, de escucharte, como verdadero amigo y vivir unánime contigo, sin que revele á nadie el secreto: con que bajo este supuesto bien puedes libremente descubrir tu pecho sin el menor recelo.

—Perro mio, replicó la zorra, ya puedes considerar nuestro mísero estado (no lo digo por el amo, que no dudo cumplirá lo prometido), sino mira de la suerte que nos hemos puesto comiendo perruna; estamos flacos como dos linternas y negros como sartenes; y no es porque tú seas feo, ántes bien eres galan y hermoso; pero la falta de carnes te pone horrible. ¡Ah pobrecito! ¡Si te vieras observarias que se te pueden contar las costillas! Así, pues, quisiera que te aprovecharas á tiempo de mi consejo: yo sé muy bien que eres práctico en esta villa, porque cuando sales con el amo tienes conocidas todas las casas de los vecinos, de modo que no ignoras sus entradas y salidas, y las pocas que no conozcas las puedes recorrer de dia y enterarte; y de noche, miéntras el amo duerme, podemos ir hoy á una casa y mañana á otra á buscar un par de gallinas, que enseñándome tú el gallinero, te quedarás para guardarme las espaldas y yo con gran destreza daré el golpe, y de este modo cada noche mudarémos de sitio, viviendo alegremente muchos dias sin que ninguno lo conozca, porque tú no eres sospechoso.

Consintió el perro dejándose seducir de las malditas astucias de la zorra; y poniendo el plan en ejecucion, se regalaron á costa de los vecinos del lugar, pues ningun gallinero quedó salvo. Pasados algunos dias, estando en conversacion varias mujeres, dijo una:

—¿No sabeis que esta noche me han hurtado un par de gallinas?

—A mí me ha sucedido lo mismo anteayer, respondió otra.

Y así sucesivamente fueron todas refiriendo lo mismo, por lo que determinaron poner una trampa en uno de los gallineros, y estar á la vista por ver si podian descubrir al ladron.

Miéntras esto se trataba entre ellas, el perro, que andaba rondando

y espiando la caza, oyó los preparativos que disponian y fuése corriendo á dar aviso á la zorra, á la cual dijo:

—Amiga, ya que por fortuna hemos engordado, no volvamos á hurtar.

Sin duda el perro miraba primero por la vida que por la golosina; pero la viciosa zorra, que no podia acostumbrarse á la perruna, halló otra nueva astucia: iba por la noche al gallinero de su amo y se comia una gallina, perseverando en esta infamia hasta unos seis dias, y haciéndose sus cuentas de lo que podia resultar, dijo:

—Ya no es tiempo de estarnos con las manos quedas, porque si el amo pasa revista á sus gallinas, me culpará, y mi vida correrá grave riesgo.

Despues que echó sus cuentas se fué á casa del amo y le dijo:

—Señor, es cierto que estoy muy satisfecha de los grandes favores y del buen trato que me has hecho, y como agradecida vengo á descubrirte una infamia que se comete todas las noches en tu gallinero.

—¿Qué infamia es la que se comete? preguntó el amo.

—El picaron de tu perro, respondió la zorra, en quien tanta confianza tienes, es el ladron que cada noche hurta una gallina, ignorando lo que hace con ella.

—¿Es verdad lo que me dices? replicó el amo.

—Si quieres desengañarte véte al gallinero, cuenta las gallinas y conocerás la falta; y para convencerte, esta noche te enseñaré al perro con el hurto entre las manos.

Airado el amo contra el perro convino en cerciorarse por sus propios ojos; por lo que despidióse la zorra, y yendo á encontrar al perro, le dijo en secreto:

—Amigo, es tanto el amor que te profeso, que no puedo estar un instante sin verte. Y añadió: Sabes que comprendo que esto de andar por los gallineros no es muy bueno, pues puede suceder que un dia ú otro caigamos en la trampa y lo pague nuestro pellejo; no obstante, me hallo con ganas de que nos comamos un par de gallinas.

—¿De las del amo? preguntó el perro.

—Sí, de las mismas; yo las mataré, y tú las sacarás fuera de casa y las esconderás en un barranco, donde nos las comerémos despues.

El perro mostró alguna repugnancia á tan depravada proposicion; pero la zorra lo enredó de tal modo que consintió. Y en efecto, por la noche hizo que el amo viese al perro con las gallinas en la boca, é indignado de tal infamia, al dia siguiente le mató miéntras dormia. Cuando la zorra vió tal castigo, tomó en cuenta aquel refran que dice: cuando la barba de tu vecino vieres pelar pon la tuya á remojar, y calculó que no la tenia mucha cuenta estar en semejante tierra, temblando de que la sucediese lo mismo que al perro. Fundados eran estos juicios, pero hallaba difícil escaparse; no obstante, el amo vino en su ayuda diciéndole al cabo de algunos dias:

—Ahora ya he quitado el perro de tu compañía, que era el ladron de las gallinas; discurro tendrás conocida la gran confianza que me has merecido, por lo que deseo que sirvas de perro.

La zorra con gran solapa replicó:

—Con mucho gusto obedeceré tus mandatos, pero deseo que desuellen el perro y cures el pellejo, y por la noche me lo pongas al rededor del cuerpo, para que se figuren los ladrones que soy el perro y tengan miedo de mí, aunque no hago ánimo de ladrar, que será lo más acertado, pues dice el proverbio: perro ladrador nunca ha sido buen mordedor; y de este modo disimularé la invencion, y quedarán engañados creyendo que soy tu perro.

Parecióle al amo el partido más seguro y aderezó el pellejo como se lo habia propuesto la zorra, que se lo vistió fingiéndose perro; pero la infame, maldita y maliciosa bestia, cuando la casa estaba en silencio, se fué al gallinero y comióse dos gallinas, y disfrazada con el pellejo del perro se escapó del lugar. Se levantó por la mañana el amo, y no hallando á la zorra y viendo la falta de las gallinas, comprendió la estratagema, por lo que dijo en alta voz:

—Me está muy bien empleado y merezco lo que me ha sucedido.

Tal acontece á todos los que lidian con gente viciosa, con quienes siempre se pierde: estoy persuadido de que el pobre perro ha muerto inocente, y su desgracia ha dimanado de sus relaciones con la maliciosa zorra.

Y aquí termina la fábula que he prometido contar á VV. MM.

—No hay duda que la fábula no sólo es ingeniosa, sino de grandísimo ejemplo para los que frecuentan malas compañías y tratan con gente soez y viciosa, la cual hace verídica aquella sentencia que dice que las malas compañías pierden al hombre. Y volviendo á lo pasado, digo que el mayordomo te entregará doscientos escudos que deseo regalarte; encargándote que vengas á vernos como lo has prometido. Mañana temprano partirás en la litera que ya tienes prevenida á tu casa, en donde imagino te estarán esperando con grande ansia Bertoldino y su mujer.

Dejó de hablar el rey y la reina dijo:

—La fábula es muy graciosa, y puede servir de mucho, particularmente á los niños; mas deseo saber una cosa: ¿de qué procede que los príncipes tienen tantos amigos?

—A los grandes todos se les muestran amigos, unos por interes, otros por adulacion, otros por miedo, y los más sencillos por obligacion y respéto; sin embargo, os suplico noteis estas sentencias pastoriles:

Quien delante te alaba majestuoso,
En ausencia te vende acelerado,
Con el ánimo infiel y escandaloso
Te afecta su cariño desalmado.
Si de sus gustos triunfas dadivoso,
Te corona por hombre celebrado;
Y si de estos te libras con bonanza,
No fundes más en ellos tu esperanza.

Llegó el mayordomo y entregó á Marcolfa los doscientos escudos, y quitándose la reina del dedo una sortija de esmeraldas diósela

para que en su nombre la regalase á Dominga ó Menguina, que así se llamaba en la aldea. Despues que recibió lo expresado, la astuta Marcolfa dijo á los reyes:

—Serenísimos y piadosísimos señores: habeis de saber que entre las muchas y lindas cosas que contaba mi marido, me parece adecuadísimo en este momento la siguiente. Decia de Alejandro Magno que un dia regaló gran cantidad de oro á un filósofo y este rehusó admitirlo. Fue una accion sumamente alabada de todos; pero no así la de Alejandro, cuyas prodigalidades desaprobaban muchos, porque los bienes y riquezas que Dios concede á los reyes no deben derrocharse, pues sólo han de servir para las urgencias precisas; atender á los gastos del estado, y con lo sobrante practicar actos de caridad, será lo más grato á los ojos de Dios. El filósofo, pues, esquivándose para no admitir la dádiva, ofendió á Alejandro, prefiriendo quedarse en su miseria á recibirla. No obstante doy á VV. MM. las más debidas gracias por los favores tan grandes que os habeis servido hacerme; y ahora sólo espero me deis vuestras últimas órdenes, deseándoos larga vida, colmada de las mayores felicidades, y que siempre goce vuestro reino la paz y tranquilidad más envidiables.

Los reyes quedaron maravillados de la elocuencia de Marcolfa, porque en sus conceptos no parecia mujer nacida entre montes, ántes al contrario tan sagaz, que podia vender discrecion, en lo cual demostraba haber sido consorte de Bertoldo, hombre tan celebrado en el mundo.

Por la mañana temprano trasladáronse en litera hasta su casa, y á la vuelta el literero dió noticia á SS. MM. del alborozo que mostraron Bertoldino y Dominga al verlos, añadiendo que les hicieron grandes regocijos, juntándose los labradores de aquellas montañas en su cortijo; pero mayor alegría dice que tuvo Bertoldino cuando oyó el sonido de los escudos, como tambien Dominga con el regalo de la esmeralda (que es tan bueno recibir, que hasta á los tontos agrada), y con doble alegría no se saciaba de hacer infinitos cariños á su hermoso Cacaseno.



Marcolfa y Cacaseno llegan á su cortijo.

Como Marcolfa sabia leer y escribir, al tiempo que el literero emprendia la vuelta le entregó una carta para el rey. Llegó á palacio, presentó el pliego à S. M., quien pasó inmediatamente á la habitacion de la reina, participándola que habia recibido carta de Marcolfa. Abriéronla con grande ansia y mayor gusto, y leyeron su contenido que decia:

CARTA DE MARCOLFA Á LOS REYES DESDE LA MONTAÑA.

Señores: cumpliendo con lo prevenido por VV. MM., os participo mi arribo á esta humilde choza, valiéndome de la ocasion del retorno del literero á esa córte. Hemos sido recibidos con grandísimo aplauso de Bertoldino y Dominga, habiéndoseles acrecentado mucho el alborozo con los regalos con que nos honrasteis, de lo que os damos todos juntos rendidas gracias. No escribo cosa particular de Cacaseno, porque el literero sale hoy por la mañana muy temprano y todavía está en la cama, y así esta servirá de reconocimiento, miéntras yo y toda mi familia deseamos á VV. MM. las mayores dichas.

FIN DEL TRATADO TERCERO.

APÉNDICE.

CONTINUACION Y FIN

DE LA

HISTORIA DE CACASENO.

CONTINUACION

DE LA

HISTORIA DE CACASENO.

ALEGORÍA I.

LAS COSTUMBRES SENCILLAS DE LA ALDEA POSEEN EL ENCANTO DE LA VERDAD.

Luengos años hacia que Marcolfa y su nieto Cacaseno obtuvieron permiso del rey Albuino y la reina Ipsicratea para volver á sus queridas montañas; y en los desiertos lugares, donde ántes sólo se levantaba la casa de nuestros insignes personajes, se distinguian cinco ó seis rústicos albergues que la rodeaban, cual manada de polluelos junto á la altiva cuanto celosa madre bajo cuyas alas se abrigan. Gracias á la munificencia de los soberanos los descendientes de Bertoldo progresaban de dia en dia en tierras y ganados, y á la sazon podian ya casi adjudicarse títulos señoriales aldeanescos, que aldea más bien que cortijo parecia el grupo de cabañas que en torno de su morada habian ido aglomerando los pastores y labriegos que bajo la dependencia de su hacienda vivian.

Consecuente con la palabra que á la reina empeñara, Marcolfa no dejaba de hacer su visita á la córte cada año, con lo cual menudeaban los regalos y crecian cada vez más su valimiento con los suyos y la estimacion de los monarcas, sin que su prudencia y buen discurso cesaran de recordarle el orígen y estado á que pertenecia, como suele suceder con muchos que, salidos del polvo de la nada, se dejan llevar de la soberbia al verse encumbrados por la fortuna,

sin considerar que la locura de esta es como el capricho de los tiempos, que lo que hoy edifica mañana lo destruye.

Tranquilos y apacibles, pues, corrian los dias de aquella familia, cuya bienandanza pudiera compararse con la de los sencillos moradores de la antigua Arcadia, tan decantada de los poetas, consistiendo los principales goces para endulzar sus cotidianas faenas en los inocentes pasatiempos de sus veladas, en que, reunidos todos, ora la sentenciosa Marcolfa narraba cuentos y contaba fábulas que deleitaban á la par que instruian, sirviendo su moraleja como de fructífera semilla para los rústicos oyentes que la escuchaban con la boca abierta cual si fuera un oráculo, ora al compas del caramillo y la zambomba entonaba Dominga sus cantinelas, ó se ensayaban graciosas danzas á la claridad de la luna, ó al amor de la lumbre se descifraban acertijos, proponian juegos, inventaban habilidades, reia, hablaba, bebia, y refocilaba, en fin, con tal órden y mesura, que no tuvo que lamentarse jamas lo más mínimo que turbase la fraternal armonía que entre ellos reinaba.

No se eximia Cacaseno de tomar parte en todas esas diversiones, causando con sus estupideces la risa de los unos y el disgusto de los otros, pues Marcolfa, Dominga y Bertoldino, de quien ya se dijo el cambio que con los años se habia efectuado en su juicio, no podian ver ninguna de las simplezas de su hijo ó nieto sin tomar una rabieta ó sentir honda mortificacion.

Próxima la época en que Marcolfa solia visitar la córte manifestó á Dominga los vivos deseos que en varias ocasiones mostraran los monarcas de conocerla, por lo mucho que no cesaba de ponderarles Herminio su gracia para cantar, diciéndola que se habia visto precisado á prometerles llevar consigo á ella y Cacaseno, la última vez que estuvo en palacio.

Varias y no infundadas objeciones puso la nuera, que combatió la suegra con la cordura y atinado juicio que tanto la adornaban.

—Ninguno de los vicios es tan despreciable como la ingratitud, replicó al indicarla cierta oposicion á la voluntad de los soberanos, y ya sabeis las mercedes que á nuestros reyes y señores debemos.

No hagas como el escorpion que cuando se ve criado mata á los que le dieron el sér, que es á quien se asemejan los que al considerarse poderosos desconocen la mano que los ha enriquecido.

—No te inquietes, añadió Bertoldino, porque en la córte de nuestro rey y señor no acontece como en la de muchos príncipes donde no reina mas que la adulacion y la intriga, siendo objeto de mofa y desprecio la sencillez de nuestras costumbres y la inocencia de nuestras obras.

—Hartos por las suyas discurro, dijo Dominga, que es muy cierto lo que decis; sin embargo, no se me oculta que nunca puede convenir la rusticidad de nuestra naturaleza con la cultura de las gentes criadas en las ciudades y palacios, teniendo por precision que parecerles contrarios á sus gustos nuestros méritos y habilidades. Lo digo porque si los deseos de los soberanos son lo que me habeis significado, grande ha de ser su desengaño cuando oigan en mis cantares lo que tan léjos está de su grandeza.

—Nada es tan cansado como el caminar por un desierto arenoso, replicó Marcolfa, donde la vista no encuentra ninguna especie de plantas ni diferencias de cosas en que recrearse, ni nada empalaga tanto como el comer siempre lo mismo: por exquisitos que sean los placeres cortesanos, todos se parecen entre sí, confundiéndose como las gotas de agua en un estanque; por cuya razon apetecen de cuando en cuando lo que está fuera de su estado y condicion, una planta silvestre que amenice el arenal por donde viajan, ó algunos tordos que reemplacen la perdiz que diariamente adorna su mesa.

—Pues á mí me gustan mucho más las perdices que los tordos, abuelita, dijo Cacaseno que estaba en un rincon del zaguan con una cacerola de patatas entre piernas y un pedazo de torta en la mano.

—Siempre has de salir con tus majaderías, exclamó con enojo Marcolfa.

—No que no, replicó Cacaseno sin dejar de mascar á dos carrillos. ¡Como si los tordos valieran tanto como una perdiz, y una perdiz tanto como un venado!

—¡Como tú! dijo con enfado Dominga.

Los sonidos de una esquila que en aquel momento dejáronse oir á lo léjos dieron otro giro á la conversacion.

—¡Mira, madre, mira cómo viene triscando la chota delante de todas! exclamó Cacaseno desde el dintel á donde se puso de un brinco tan pronto como descubrió el ganado. ¿No la ves? ¿no la ves?

—¿Dónde? preguntó Dominga que con Marcolfa y Bertoldino se reunieron en la puerta.

—¡Toma! Pues ¿no reparas donde te señalo con el dedo?

Y extendiendo el brazo dió con tal fuerza en el rostro de su abuela que en aquel mismo tiempo se volvia para mirar donde su nieto indicaba, que la causó un gran dolor, hasta el punto de que las lágrimas impidieran, por algunos instantes á ella y á los otros, satisfacer el deseo que las ocasionara.

—¡Ay que por poco me salta un ojo este bruto! exclamó Marcolfa.

—Pues ¿no se me saltaron á mí los dos, y me los pusiste? ¿De que te asustas saltándote solo uno?

—¡Calla, animal, si no quieres que te crea más bestia de lo que eres! replicó Marcolfa encolerizada.

—Yo soy hijo de mi padre, y mi padre es hijo tuyo, y tu eres mi abuela, y...

—Nadie lo creeria por lo grandísimo bestia que has salido, le interrumpió Marcolfa, á no tener en cuenta que quien hizo el sol y las estrellas y demas maravillas del mundo universo, pudo tambien hacer que del roble nacieran peras muy sabrosas, y del peral bellotas ásperas, como sucede contigo, que de un árbol tan hermoso y de fruto tan delicado que adornaba la mesa de los soberanos, ha nacido un silvestre madroño.

—Y díme: ¿por qué quieres que vaya á la córte si dices que soy madroño silvestre?

—Porque los cortesanos tienen capricho de divertirse con los bufones como tú.

Antes que concluyera Marcolfa de pronunciar estas palabras

echó á correr Cacaseno, arrojando la cacerola que en medio de todo no abandonó un sólo instante, hasta aquel en que parecia como si de la mano del alfarero saliera, por lo relamida y limpia que quedaba.

Denuestos y diatribas sin cuento brotaron de la boca de Bertoldino, quien á no impedirlo su madre y Dominga escapara tras él con ánimo de zurrarle de lo lindo, y sin embargo Cacaseno no aflojaba en su carrera, no escuchando más razones que los balidos de la chota, que como dijo se adelantaba triscando por los vericuetos.

Guiado por un zagal, mancebo como de diez y nueve años, avanzaba el rebaño por la falda de una colina cortada en su base por varios peñascos, que formaban grave á la par que hermoso contraste con la faja de maleza en la cual como en lecho de verdura se recostaban.

—Pues ¿es Lelio? dijo Dominga apénas los ecos de una voz dulce y simpática cual de vírgen resonaron.

—Así parece, afirmó Bertoldino.

—Escuchad, escuchad, exclamó Dominga con interes á tiempo que el jóven pastor empezaba á repetir las siguientes coplas:

Cuando al aire mis cantares
Doy del bosque en la espesura,
Roba el aire mi ventura
Y me deja los pesares.
Quiso mi negra fortuna
Tratarme con tal mudanza,
Que fué á poner mi esperanza
En los cuernos de la luna.
En las más duras encinas
Tu nombre yo grabaré,
Pero debajo pondré
Que no hay rosa sin espinas.

Apénas se perdieron en el espacio las últimas notas de esta música sencilla, cantada con más gracia que arte, y por lo mismo más

grata al oído y al corazon, pues suele suceder que tanto más nos place y deleita una cosa cuanto ménos se engalana con lo que no corresponde á su naturaleza, la sensata Marcolfa empezó á deshacerse en alabanzas en pro del cantor.

—Oí en varias ocasiones decir á mi esposo y padre vuestro, honra de la córte y prez de estas montañas que fueron su cuna, que los que como Lelio tenian el don de componer versos debian merecer la consideracion de los humanos; pues eran los elegidos de Dios en este valle de lágrimas para endulzar con sus cántigas las desdichas de los hombres, y qué sé yo cuántas cosas más, que casi casi les ponia en los cielos.

—Pero mira que es particular gracia la del mancebo, dijo Dominga, eso de sacarse de la cabeza en el instante mismo que quiere cuantos versos se le antojan, que sienten bien á lo que desea aplicarlos.

—Notorio es que el poeta nace y no se hace, replicó Marcolfa, y no debes extrañar que ese mancebo haya recibido de Dios tal habilidad cuando tú misma la posees de cantar como nadie.

—Tiene razon madre, añadió Bertoldino, pues no hay nadie que deje de alabar tu voz y gracia.

Desaforados clamores que se oyeron en la maleza inmediata atajaron la conversacion de los montañeses, que acudiendo encontraron á Cacaseno con el vestido destrozado por los dientes del perro de Lelio, y el rostro hecho una sangría por los arañazos de las plantas espinosas que allí abundaban.

El jóven pastor que en balde se esforzaba para acallarle contóles como habiéndose empeñado en que el perro no corriese á las ovejas que se separaban del hato, pues decia ser esta la causa de que no pudiese coger á su chota, emprendióla á pedradas con el mastin, el cual revolvióse contra él, tirándolo al suelo y ensañándose de tal suerte, que á no acudir en su ayuda indudablemente le despedazara.

Lleváronle á casa sin que dejase de continuar bramando como un becerro, y para sosegarle fue menester apelar al único medio,

agasajándole con una buena cacerola de puches, que como sabemos era su mayor regalo.

ALEGORÍA II.

LA BELLEZA DE LAS COSAS ESTRIBA EN SU PROPIA NATURALEZA.

Incomparable panorama ofrecian aquellas montañas cuando pasaba lo que acabamos de narrar: hora solemne impregnada de religiosa armonía; hora en que el alma se siente bañada en un flúido misterioso que la anega en vagas y dulcísimas fluctuaciones para sublimarla; hora, en fin, en que la natura entera parece hallarse poseida de un sentimiento profundo y melancólico que la embellece con los encantos de una majestad divina. El sol teñia de púrpura y escarlata los términos del Occidente, bañando con su último rayo las erguidas frentes de los montes, que aparecian como coronadas de nubes; las canoras aves entonaban himnos de agradable melodía; las plantas exhalaban sus perfumes, las flores sus aromas, la tierra sus vapores que se perdian en lo infinito como las espirales del incienso en las sagradas bóvedas del templo, y los blandos céfiros vibraban en el espacio ecos misteriosos, delicadas notas que modulaban una plegaria al supremo Hacedor de tanta maravilla.

Graciosas zagalas y gallardos mancebos, pastores y mozos de labranza, estos con sus aperos, aquellos con sus rebaños, acudian por distintos lados á gozar del descanso reparador con que la próxima noche les brindaba.

Las chimeneas de las cabañas semejaban otros tantos pebeteros elevando sus columnas de humo hácia el firmamento, como si cor-

respondieran á la ofrenda que toda la creacion se apresuraba á rendir al Dios de las alturas.

Marcolfa y su familia contemplaban aquel grandioso espectáculo con el recogimiento y el éxtasis de las almas cristianas, esperando que unos y otros, pastores y labriegos, pusieran término á sus respectivas y últimas obligaciones, para que, reunidos todos como de costumbre, dieran gracias al Omnipotente por haberles permitido gozar un dia más de los beneficios de una vida tranquila y llena de las dulzuras de sus conciencias sin mancha.

Divididos hombres y mujeres y colocados en órden detras de Marcolfa y los más ancianos, de hinojos todos y con las cabezas descubiertas ante la imágen de la inmaculada Vírgen, colocada en un nicho del lienzo interior de la casa, entonaron la oracion de la tarde, cuyos ecos, llevados en alas de los céfiros, resonaron en las regiones del éter para confundirse con las salmodías de los ángeles y serafines bajo la inmensa bóveda de los cielos.

Concluido aquel religioso acto cada cual dirigióse á su cabaña, donde les aguardaba la frugal cena, compuesta generalmente de legumbres y frutas secas, que el apetito hacia más sabrosa que los manjares delicados que cubren la mesa de los poderosos.

Empezaba á cerrar la noche cuando iban acudiendo para pasar en tertulia el mejor rato de solaz que disfrutaban, que, como se ha dicho, era el de las veladas.

La satisfaccion y el contento se pintaban en todos los semblantes, ménos en el de Cacaseno, que agazapado en un rincon miraba con torvo ceño á cuantos entraban, poniéndose de un brinco en medio del zaguan al ver á Lelio seguido de su perro, que nunca le abandonaba, gritando desaforadamente al paso que esgrimia con ademan furioso un récio garrote:

—¡Me la has de pagar, perro judío! Te he de romper las patas como tú me has roto los calzones.

Con semejante sorpresa nadie pudo contener la risa por los gestos extraños y la figura ridícula que ponia, excepto Bertoldino que

montando en cólera se abalanzó á él para quitarle el palo y darle una buena correccion; pero Lelio se habia apresurado á desarmarle, y Marcolfa á interponerse exclamando:

—¿Qué intentas, majadero? ¿Te has vuelto loco de atar para no discurrir que, como dice el adagio, el olmo no puede dar peras?

—Pero á borrico tonto arriero loco, replicó Bertoldino.

—¡Insensatos de los que imaginan que por su sola voluntad y á la fuerza han de sacar las cosas de su propia naturaleza y estado! Podrá el arriero darle tales palizas al asno que al fin logre matarlo; pero nunca, por mucho que se desahogue sobre sus costillas, conseguirá que deje de ser lo que una voluntad más poderosa que todas las humanas ha decretado que sea. Depon, pues, tu cólera, y deja á Dios que llene de entendimiento la cabeza hueca de ese imbécil, si bien procura por medios prudentes y racionales que sus barbaridades no causen perjuicio á tercero, que es lo único que puedes hacer y estás en la obligacion de remediar.

Ninguno dejaba de prestar atento oído á la sentenciosa Marcolfa, excepto Cacaseno que no cesó de gruñir, murmurando amenazas contra el perro y su amo que le impidió tomar venganza.

—Tiene razon Marcolfa, dijo Lelio, pues nosotros lo experimentamos cada dia con las ovejas, que á la que sale zurda y de mala querencia de nada le sirve la piedra ni el cayado.

—Como el árbol que nace de mala ley, añadió otro, que por más que se le pode siempre da poco fruto.

—Bien, pero toda mi vida he oido decir que el arbolillo se ha de criar derecho, replicó Bertoldino.

—¡Ay! que por más que haga la medicina con el cojo de nacimiento nunca conseguirá que no cojee, dijo Marcolfa.

—Pero cojeará ménos.

—Como hará ménos barbaridades tu hijo con el tiempo, si poco á poco y usando de correctivos eficaces procuras enmendarle; mas no por eso conseguirás que tenga bien sentada la mollera.

Acababa de pronunciar Marcolfa estas frases, cuando se percibió

en la cocina un gran estruendo acompañado de las voces de Cacaseno que decia:

—¿Pensabas que no me las habias de pagar, bestia feroz y perversa? ¡Toma, toma el premio de tus mordeduras y bárbaras fechorías!

Y seguia á este razonamiento tal batahola de aullidos, golpes y gritería, que no parecia sino que una legion de demonios alborotaba el cotarro; por lo que acudieron en tropel los que fuera estaban, no siendo poca la sorpresa al encontrarse con la escena más chistosa que imaginarse puede, á la cual ni la autoridad de Marcolfa, ni las amenazas de Bertoldino, ni la intervencion de todos juntos, hallaban medios de poner término; pues Bertoldino le daba á Cacaseno, Cacaseno al perro, el perro al gato, el gato á cuanto por delante encontraba, y allí era el aconsejar, gruñir, mayar, embestir, morder, arañar, sacudir, exclamar, romper y chillar, armándose tal confusion y algarabía, que nadie acertaba á entenderse.

Por fin logró escabullirse el gato y en pos el perro, quedándose el héroe de la jornada de pié sobre una mesa á donde se habia subido para poder atizar á su sabor y á man salva, como guerrero parapetado en inexpugnable fortaleza, despues de dar orígen á tan singular pelea tirando el gato á los hocicos de su mortal enemigo, el mastin de Lelio.

Este estaba desesperado lamentándose de la manera lastimosa que el gato puso á su perro.

—¿No me he de inquietar, respondió á las reflexiones que uno de sus compañeros le dirigia, si me lo ha desollado como hubiese podido hacerlo un tigre? ¡Maldito idiota, bárbaro y montaraz, que no ha nacido sino para descrédito de los suyos y menoscabo de los ajenos!

—Modérate, Lelio, dijo Marcolfa, pues debes tener en cuenta lo que ántes tú mismo apoyaste.

—Sí, pero...

—La ira es uno de los consejeros que ofuscan la razon hasta el

punto de que lo blanco lo veamos negro, y como todos los vicios, nos saca de nuestro natural estado, convirtiéndonos en fieras desposeidas de templanza y demas condiciones que Dios se dignó conceder á los racionales.

—Ya ves que me quejo con justicia, y el caso no es para ménos despues de lo que pasó esta tarde y momentos há, dándome á conocer su mal intento y tenaz rencor, que á poco que me descuide me va á dejar cualquier dia sin perro, que ademas de la voluntad que le tengo por lo fiel y leal que siempre ha sido, no podria encontrar otro que tuviese sus buenas cualidades para el ganado, tanto para evitar el descarrío de las reses, como para reñir valerosamente con el lobo más feroz que hayan podido criar estas serranías.

—Nada deberia oponer á tus razones si no mediase la cuestion que ántes tocámos. Pero ¿cómo es posible que el rio corra monte arriba, ni los cuadrúpedos vuelen, ni lluevan albardas? Con tu buen discurso comprenderás que es locura pretender cambiar el órden de las cosas, pues cada una de ellas sólo sirve para lo que Dios la ha destinado; y así acontece con ese estúpido, de cuyas barbaridades nadie con más legítimos títulos que yo tiene derecho á lamentarse.

Esto diciendo, Marcolfa tuvo que acudir á donde Cacaseno se hallaba sin temer á rey ni á roque, con un berrinche que le llevaba pateta, como suele decirse, y amenazando con un tizon que habia tomado del hogar á todo bicho viviente que le dirigia la palabra en cualquier sentido que fuese, ó tratara de aproximársele para disuadirle de sus hostiles intentos contra el mastin.

—Vamos, Cacasenito, le dijo Marcolfa con la mayor suavidad y blandura, ya sabes que la abuelita te quiere mucho...

—Sí, sí, la interrumpió Cacaseno lloriqueando, ménos cuando me pone como nuevo llamándome con mil nombres brutales, ó me zurra la badana de lo lindo.

—Es la mejor prueba de que te quiero, porque como dice el refran, quien bien te quiera te hará llorar.

—Y por eso el endiablado mastin que causa mi lloro, y que

si me descuido esta tarde me despedaza, debo decir que me quiere bien.

—No, hijo mio, no, replicó Marcolfa: entiende que lo del adagio se refiere al que corrige nuestros defectos valiéndose de los medios que manda la religion y buenas costumbres; no al feroz perrazo, al cual te prometo castigar segun merece.

—Sí, sí, ¡que lo maten, que lo maten! exclamó bramando de cólera Cacaseno.

—Lo matarémos, dijo Marcolfa; pero por la Vírgen Santísima deja el tizon, tranquilízate, besa la mano á tus padres en señal de que les pides perdon por lo que con tu cólera les hayas ofendido, conforme deben hacer los buenos hijos, y haz las paces con todos.

—Y así ¿me prometes la muerte del pícaro perro?

—Sí.

Rehacio se mostraba Cacaseno á pesar de la promesa, á la cual tuvo que unir el mismo Lelio la suya para que desistiera de su terquedad y cumplimentase lo que su abuela acababa de prevenirle.

Volvió con esto á reaparecer la alegría en el semblante de chicos y grandes, hombres y mujeres de los que componian la reunion, y pronto cambió de aspecto la que ántes parecia segunda Troya.

Los chistes, cuentos, agudezas, chascarrillos, bromas y risotadas menudearon que fue un prodigio, esforzándose cada cual para lucir sus dotes particulares, aunque llevando siempre la palma la discreta Marcolfa como reina y señora de la rústica colonia, cuyos individuos se miraban en ella, cual agradecidos súbditos en su bondadosa soberana.

Cacaseno, con lo molido y fatigado que le dejaron las dos batallas que tan desaforadamente habia sostenido, no tardó mucho en sentirse acosado por el sueño, y ántes de la hora acostumbrada quedóse dormido en un rincon, excitando más de una vez la risa de la concurrencia con la descompasada música que con sus ronquidos producia.

Dispersóse por fin la reunion despues que uno de los pastores,

dado al estudio de los astros, anunció que debian ser las diez, y el silencio, hermano inseparable de la noche, envolvió aquel recinto en su misterioso manto.

ALEGORÍA III.

EL VERDADERO MÉRITO SE OCULTA COMO LA HUMILDE VIOLETA.

Vino el dia siguiente, y apénas el lucero del alba brillaba en la elíptica del firmamento, el reposo huia en tropel de aquellas cabañas que se apresuraban á abrir sus puertas al trabajo.

Pronto las inmediaciones se vieron pobladas de rebaños, las tierras abriendo sus fecundas entrañas al arado, el hacha hiriendo las secas ó inútiles ramas de los árboles, y todo, en fin, animado por el poderoso aliento de la actividad.

Cacaseno era el único que permanecia saboreando el calor de la cama, resentido todavía del cansancio de la víspera, ó más bien arrullado por la pereza como pudiera serlo uno de los más exagerados sibaritas.

—¡Válgame Dios! decia Dominga despues de haber entrado doce veces en el cuarto por ver si se levantaba. Este muchacho nos hará perder la cabeza desde el primero hasta el último.

—Y ¿eso? preguntó Marcolfa.

—Ha dado en la manía, el imbécil, que no tiene piernas.

—¿Cómo así?

—Dice que desde que ha dispertado que no se las siente; y por más que le he hecho notar que era aprension suya haciéndoselas tocar y hasta pellizcándole, se mantiene en sus trece, replicando que le pasa lo mismo que á cierta noble y hermosa dama encantada,

que no se desencantaba hasta que mataban al gigante que la guardaba; y por consiguiente, que él no recobrará las piernas hasta que maten al perro de Lelio y le traigan el pellejo.

—¡Habráse visto igual sandio! exclamó Marcolfa.

—¿Sabes lo que he pensado? añadió Dominga.

—¿Qué? preguntó la suegra.

—Ver si alguno de los pastores tiene una piel de cabra gris, que es la pinta del mastin, y traérsela como si fuera la que pide.

—Nunca seria posible imaginar mejor astucia, y desde luego vaya Bertoldino á recorrer las cabañas, que de seguro encontrará en alguna la piel que se desea.

Puso Bertoldino manos á la obra, aunque no de muy buena gana, miéntras Marcolfa y Dominga entablaban nueva conversacion sobre diferentes asuntos de la casa.

Empero á lo mejor un nuevo accidente vino á interrumpirlas haciendo que ambas echasen á correr asustadas al cuarto de Cacaseno.

Deshacíase este en exclamaciones, porque con la manía de que le habian quitado las piernas, á causa de encontrárselas al dispertar dormidas, como se dice vulgarmente, fué á coger cierto objeto del suelo, y tanto inclinó el cuerpo fuera de la cama, que cayó de cabeza, faltando poco para que se desnucara, si bien se hizo un chichon de gran calibre.

Abuela y madre le hallaron en tal postura, que nadie creyera sino que era preciso administrarle los santos sacramentos.

Como la ternura maternal es el mayor sentimiento de cuantos Dios ha concedido á las criaturas, llegando al extremo de que las fieras amamanten sus hijos hasta dos dias despues de muertos, segun se observa en el hipopótamo, Dominga se abalanzó á Cacaseno, trémula y helada de espanto, pudiendo apénas exclamar:

—¡Hijo mio!

—¡Cacaseno! ¡Cacasenito! añadió Marcolfa cogiéndole una mano y dándole tirones con suavidad.

—¡Ay, que se ha muerto! ¡Santísimos cielos! ¡Hijo de mis entrañas!

—Vamos, Cacasenito, responde: ¿qué tienes? insistió Marcolfa.

—¡Si está muerto! repitió Dominga.

Y en tales sollozos prorumpió la desolada madre, que Bertoldino, que en aquel momento salvaba los umbrales, precipitóse dentro del cuarto, aturdido y tembloroso como un azogado.

—¿Qué es esto? ¿Qué sucede? dijo apénas ofrecióse á su vista aquel cuadro.

—¡Ay! el hijo de mi vida...

—Calla, mujer, interrumpió Marcolfa que más discreta que su atolondrada nuera, rato hacia que le tentaba el pulso.

—Pero... fué á replicar Dominga.

—Comprende, dijo Marcolfa, que tus llantos, gritos y lamentos de nada servirian si tu hijo se encontrase en el estado que crees. El aturdimiento oscurece el juicio resultando que veamos el mal donde no existe y nos salga torcido lo que quisiéramos fuese derecho; así pues, ántes de dejarnos llevar de nuestras impresiones, preciso es que consideremos si son verdaderas ó no, y si la causa que las produce es perniciosa ó buena. ¿Cuántas veces sucede que vemos una sombra que pasa rápida por delante de nosotros, ó distinguimos allá á lo léjos un objeto, y la sombra que se nos figura un conejo que corre escapado en busca de su madriguera es un gato que cruza por el alero del tejado, y el objeto que nos parece un hombre es una peña encima de otra, ó los renuevos que brotan del tronco de algun árbol, ó cualquier otra cosa semejante? Serenáos conforme es debido, y reflexionad que vuestro hijo todo lo que tiene de simple tiene de marrullero, y en prueba de esto, su pulso late con la fuerza del de un toro, y excepto vosotros, que el atolondramiento os saca de quicio, cualquiera diria que su respiracion es el resoplido de un fuelle, mayor que el de la fragua de Vulcano.

—¿Será posible? dijo Dominga entre alegre y sentimental, sin acertar á explicarse lo que oia.

—Mereceria, si tal sucediera, que se le obsequiase con una que fuera sonada, añadió Bertoldino; porque el loco por la pena es

cuerdo, y ya pasa de castaño oscuro; y cuando se llega hasta tal punto...

Y cortando de pronto su locucion, acercóse á donde permanecia Cacaseno estirado y fingiéndose cadáver, con ánimo de ponerle en movimiento más que de prisa; pero se interpuso Marcolfa, diciendo:

—¿Qué adelantarás empleando la violencia con quien sabes que la falta de entendimiento le ha de impedir la enmienda?

—¿De modo que porque á él le dé la gana será preciso que suframos las consecuencias de sus barbaridades?

—Y ¿qué vas á remediarlo, si aunque la mona se vista de seda, mona es y mona se queda? Dios ha decretado que suframos la carga de las sandeces de ese imbécil, y no hay más que llevarlo con paciencia. ¿Quién está exento en este mundo de su cruz? Consuélate, que la tuya es muy ligera comparada con la de otros muchos que padecen mil privaciones y quebrantos, y da gracias á la divina Providencia que se ha dignado mostrarse con nosotros tan misericordiosa.

—Confieso, madre, que tienes razon; pero considera que al paso que vamos el mundo es un comino: quiero decir, que si siempre se le dispensa, nunca cesará de cometer faltas, viniendo un dia en que se desee poner remedio y la enfermedad no tenga cura.

—Confio que no suceda así; dejadme obrar, que aunque no soy médico, me prometo encontrar la medicina para la dolencia que padece vuestro hijo, que por cierto no es floja, ayudada por el tiempo y la prudencia.

Cansado Cacaseno de conservar durante tanto rato aquella violenta postura, hizo en este instante un movimiento, que observado por Dominga, que no se habia separado de junto á él, la arrancó un hondo suspiro, preguntando luego:

—Cacaseno, hijo mio, ¿qué tienes? Díme: ¿qué te hace mal?

—Nada, respondió por fin el imbécil.

—¿Lo ves? dijo entónces Marcolfa á su nuera. Mira si con sobrada razon decia que cesaras en tus lloriqueos y pesadumbre, y os tranquilizarais.

—¿Cómo que no te hace mal nada? continuó Dominga; pues ¿á qué vinieron aquellas voces, y el no responder ni una palabra, permaneciendo de conformidad que parecias cadáver?

—Es que como me quitaron durmiendo las piernas, dijo Cacaseno, fuí á coger desde la cama los zancos, y tanto eché el cuerpo afuera, que caí de cabeza y estoy desnucado.

—Pues ¿para qué necesitabas los zancos no teniendo piernas? observó Bertoldino.

—Ya he dicho que estoy desnucado, y no puedo hablar; si no, te responderia que como he oido decir muchas veces que andaba el mundo trastornado porque la mayor parte de las gentes discurren con los piés, deseaba ver si se me habia vuelto lo de arriba abajo, y metiéndome los zancos en donde en tal caso estaban los piés del discurso, podia andar.

—Por mi fe que no te faltaba otra cosa, dijo Marcolfa, que llenar tu caletre con tan flexible materia como la de los zancos. Vaya, levántate y vente á tomar el desayuno...

—Mal puedo levantarme cuando no tengo piernas y me he desnucado.

—Yo sí que te he de romper la nuca y cuantas costillas sean menester, gritó Bertoldino, si continuas con tu bestialidad.

—No, que si está muerto como se empeña en sostener, replicó Marcolfa, lo mejor será que le enterremos para que lo coman los gusanos. Vé á mandar que caven la hoya, Bertoldino, y pronto estarémos fuera del paso.

—Al momento voy.

Y como viese Cacaseno que su padre se disponia á salir para ejecutar lo que su abuela propusiera, pues le creia capaz de ello, soltó un lloro que resonó en toda la casa, al propio tiempo que de un brinco se subió á la cama exclamando:

—¡Gentes de malas entrañas, que quereis soterrar á un hijo que Dios os ha dado!

—¡Hola! con que ¿tú eras el que no tenia piernas y estaba desnucado? dijo Bertoldino frunciendo el ceño con ademan amenazador.

—Y en tal estado permaneciera aun si no hubieses traido la piel del perro, replicó Cacaseno señalando una de cabra que su padre arrojó en medio del cuarto al entrar.

Los tres soltaron la carcajada, asombrados, sin embargo, de la poderosa influencia que muchas veces suele ejercer en el ánimo la preocupacion.

—Ya verás, bestia, incapaz, si agarro una tranca cómo te quito esos resabios que tanto tormento nos dan, despabilándote de tal modo que no te quede hueso sano en todo el cuerpo.

Nuevos berridos, rabietas y pataleo ocasionaron estas amenazas de Bertoldino, siendo menester la intervencion de Marcolfa para que uno y otro se aquietaran.

El relincho de un caballo acompañado de los ladridos alborotados del perro guardian de la casa, vino á terminar la cuestion. Salieron apresuradamente deseosos de informarse de la novedad, siendo Bertoldino, que se anticipó, el primero en quedar perplejo á la presencia de dos caballeros que montados en briosos corceles se adelantaban.

—¡Ah! ¿eres tú, criado soez y mal nacido? dijo Cacaseno así que les vió.

Marcolfa salió á recibirles dándoles la bien venida con gran agasajo, lo mismo que Bertoldino y su esposa, que les acogieron con muestras de singular afecto y alegría.

—Venimos de parte de nuestros reyes y señores, dijo uno de ellos apénas desmontaron, para suplicarte que nos acompañes á la córte con Cacaseno y Dominga, pues es de suma necesidad vuestra presencia.

—No imagino que seamos tan necesarios, nosotros pobres rústicos y de ninguna utilidad. Si fuéramos insignes diplomáticos que con sus conocimientos y sabiduría pudiesen ilustrar y dar brillo á la corona, ó bien afamados capitanes que con su gran valor y pericia lograsen añadir nuevos florones al estado con ricas y dilatadas conquistas, veria justificado el motivo de la comision que aquí te trae.

—Bien sabes, Marcolfa, replicó Atilio, pues tal era el mensajero, que tu esposo, de eterna memoria, labró la felicidad de la nacion con sus consejos.

—Mi esposo era como el sol, que brilla en todas partes; pues Dios le concedió la gracia de distinguirle de lo general de los hombres, como al sol de las estrellas.

—Y á tí de lo comun de las mujeres, interrumpió Atilio, que dudo se encuentre otra no sólo que iguale, sino que llegue en mucho á tu inteligencia y discrecion.

—Yo agradezco esos favores, aunque es tan corriente en vosotros los cortesanos el usar de la lisonja, que los considero como efecto natural de la costumbre.

—Harto persuadida debes estar de lo contrario, cuando siempre viste la deferencia con que en la córte te distinguieron.

—Efectivamente, tanto SS. MM. como los palaciegos nunca cesaron de honrarme con consideraciones inmerecidas; pero no es esa una razon que destruya la verdad de lo que en general sucede y tú debes reconocer, si la parcialidad, que es como el tramposo que todo lo falsifica, no adultera la rectitud de tu juicio y la sinceridad de tu conciencia.

—Y díme, preguntó en esto Cacaseno que rato hacia que hormigueaba porque no le permitian meter baza en la conversacion: ¿la señora reina está tan gordona como entónces?

—¡Ah! tengo la pesadumbre de participaros que no la conoceréis de lo desmejorada que se halla.

—¡Cómo! dijo Marcolfa apesarada.

—Y ¿el burro del hortelano? preguntó en seguida Cacaseno.

—¡Calla, animal! exclamaron á duo Bertoldino y Dominga.

—Desconocido por la falta de las orejas, como muchos que andan por este mundo de Dios rebuznando que es un prodigio.

—No hagais caso de este zote, dijo Marcolfa, porque demasiado sabeis lo que puede dar de sí.

Vinieron como llovidos del cielo á interrumpir el diálogo los li-

tereros que Atilio y su compañero dejaran atras, ansiosos de llevar cuanto ántes á Marcolfa á la presencia de los soberanos.

Dispuesto en seguida el alojamiento para cada cual conforme á lo que permitia la casa, los viajeros se retiraron á descansar, ínterin se les preparaba algo con que confortasen el estómago.

Abundante y sabrosa sino exquisita y servida en ricos manteles fue la comida con que se les obsequió, cuyos postres se amenizaron hablando sobre el viaje, que por fin convinieron en que lo emprenderian al amanecer del siguiente dia.

Grande fue la animacion de aquella velada esmerándose los huéspedes en festejar á los enviados de los soberanos, los cuales no cesaban de ponderar la felicidad de aquellos sencillos rústicos.

ALEGORÍA IV.

LA AUSENCIA DE LOS BUENOS SE DEPLORA, ASÍ COMO LA DE LOS MALOS SE DESEA.

Tierno é interesante cuadro ofrecia aquella colonia en el momento de la partida, despidiéndose los unos de Marcolfa, abrazando los otros á Cacaseno, Bertoldino dando consejos á Dominga, estos vertiendo llanto, aquellos prodigando afectuosos apretones de manos, y todos, en una palabra, lamentando anticipadamente la ausencia, como si se tratara de una separacion eterna.

Empezaba á clarear cuando abandonaron el lecho con ánimo de emprender inmediatamente el viaje, y ya el sol doraba los dinteles del Oriente cuando se ponian en marcha: siendo tal el sentimiento

de los que se quedaban, que hasta que se perdieron de vista ninguno se retiró de lo alto de un collado á donde se subieron para enviarles desde léjos la última despedida.

Percances, y no pocos, les sucedieron en el camino, durante el cual no atravesaron pueblo ni aldea que no salieran los vecinos á la puerta como si se tratara de ver animales extraños, á causa de lo mucho que llamaban la atencion las literas acompañadas por los dos caballeros de la servidumbre real; pero lo más chistoso fue la entrada en la córte, la cual no quedó gato ni perro, como se dice vulgarmente, que no presenciara. Ventanas y balcones, puertas y calles se hallaron en pocos momentos atestados de gente que se apresuraba á verles, atraidos por los silbidos, gritería y algazara de la turba multa de muchachos que les seguia, advertidos de su llegada por ese misterioso noticiero sin nombre ni forma que todo lo trasmite á la infantil y revuelta muchedumbre, que no repara en aprovecharse de ello á su modo, y las más veces en lastimoso detrimento del prójimo.

Avisado el rey por Atilio, que se adelantó, les esperaba con lo mejor de su comitiva en el balcon de palacio, saludándoles afectuosamente así que les distinguió para manifestarles su grande estimacion, saliendo la reina con sus damas á recibirles á la escalera principal, por donde subieron, usando con ellos las mismas ceremonias que si fueran individuos de la real familia.

Visible contraste ofrecia la seriedad de Marcolfa con el embarazo de Dominga y el aire grotesco del insensato Cacaseno, que adelantándose balanceando como balandra en inquieta mareada, dijo:

—Dios te guarde, señora reina, y ¡qué flaca te has quedado desde que se te han puesto arrugas en la cara!

—Y tú ¡cómo creciste en tan pocos años! Si así sucedió con tu entendimiento, doy mis plácemes á tu abuela que tan alarmada la traian tus desaciertos.

—Que por desgracia van aumentando cada dia, serenísima señora, contestó Marcolfa adelantándose.

Y cogiendo de la mano á Dominga, añadió, hincando ambas la rodilla con el respeto debido:

—Tengo la dicha de presentarte á mi querida nuera, que tanto deseabas conocer, á la cual espero dispensarás, pues como nunca salida de aquellas serranías y no dada al trato de la córte, se halla tímida y deslumbrada por el brillo del trono.

—Mucho me alegro de verla entre nosotros, en donde encontrará el afecto que segun me informaron se merece.

—Gracias, serenísima señora, balbució Dominga cortada y confusa.

—Siempre se ha dignado distinguirnos vuestra excelsa bondad y munificencia, añadió Marcolfa, lo cual sentimos no poder recompensaros sino con la gratitud que eternamente encontraréis en nuestro corazon.

—Jamas quedan suficientemente remunerados los servicios de varones ilustres, que como el que fue tu esposo, con tantos y tan inmensos beneficios enriqueció el estado.

En esto vieron al rey que con todo su séquito les salia al encuentro, y corrieron á saludarle con el acatamiento correspondiente, presentándole la reina en persona á Dominga para evitarla parte de vergüenza, á quien el monarca recibió con deferente amabilidad, hablándola con una llaneza para ella inesperada, pues excedia de cuantos antecedentes Marcolfa y Bertoldino la dieran en varias ocasiones.

Por este último preguntaron Albuino y su esposa inmediatamente de llegar á la real cámara.

—Está bueno y rollizo cual nunca, respondió Marcolfa, y siempre dispuesto, como fiel y agradecido vasallo, á servir á VV. MM.

—¿Por qué no le traiais con vosotros sabiendo que habríamos tenido un singular placer despues de tanto tiempo que no le hemos visto? dijo la reina.

—Harto lo apeteciera y yo me alegraria, aunque no fuese sino por cumplir aquel precepto divino que dice que *el esposo nunca debe dejar á la esposa*. Pero ¿cómo quedara nuestra casa en manos ex-

trañas? Recordad, serenísimos señores, el adagio: *hacienda, tu amo te vea, si no que te venda,* y os convenceréis, si reflexionais la gran verdad que encierra, que no obra con ninguna cordura el que confia sus intereses á otros; pues muchos ejemplos existen de gentes reputadas por buenos y fieles servidores que no han podido resistir al perverso atractivo de la vil codicia.

—Reconocemos tus fundadas razones, sensatas y profundas, como hijas de tu clara inteligencia, y ya que no es posible sea completa nuestra alegría, congratulémonos siquiera de la dicha que nos proporciona el ver entre nosotros á su esposa, cuyas buenas condiciones y sobresaliente mérito tendrémos el gusto de admirar.

Llena de rubor y vergüenza manifestó Dominga al monarca su agradecimiento con entrecortadas palabras, viéndose Marcolfa precisada á salir en su ayuda.

Vino á cambiar el órden de la situacion uno de la servidumbre anunciando á cierto alto personaje á quien el rey tenia concedida audiencia; por lo que nuestros insignes rústicos pasaron á la habitacion de antemano preparada para su alojamiento, la cual, como ya inferirán los lectores, era la que ocupaba el inmortal Bertoldo durante su privanza.

—¡Ay suegra de mi vida, exclamó Dominga así que quedaron solos en la habitacion, que yo no sé lo que me pasa!... Estoy mareada con el lujo y magnificencia que brilla por todas partes, y muero de vergüenza cada vez que he de hablar delante de gentes tan encopetadas.

—Reflexiona que son de la misma familia y descendientes de Adan y Eva como tú, y que por más que el orgullo de sus mundanos títulos y honores les lleve al extravío de pretender estar muy por encima de los otros que no pertenecen á su clase, porque el favor, la intriga ó la adulacion, á la mayor parte les ha elevado á una altura en la cual se creen omnipotentes, no por eso deben considerarse exentos de la variable y caprichosa fortuna, pues no pasan de ser mortales, expuestos á los mismos vaivenes que los demas, porque como los demas son flacos y débiles, destinados á conver-

tirse en el polvo de la nada de donde nacieron. Con esto sabrás apreciar lo que en sí merecen sus presunciones, que equivalen á la lluvia que cae en el mar, y si este es el motivo de tu vergüenza por la burla y crítica que temas hagan de tus modales y manera de producirte, aprenderás á compadecerles por su miseria, convencida de que no debemos abochornarnos sino de nuestras malas obras.

—¿Qué quieres que te diga? replicó Dominga. No ignoras que mi genial siempre ha sido corto y creo imposible remediarlo; porque como tú misma observas muchas veces tratándose de las barbaridades de mi hijo, lo que está en la masa de la sangre dlfícilmente se remedia.

Y en estas y otras razones embebidas, les sorprendió la noche, y despues un criado entró á anunciarles que la cena les aguardaba.

Brincando y con las más grotescas muestras de gastronómico alborozo acogió Cacaseno la suculenta noticia, que gloton y goloso como él mismo, la esperaba con un ansia que comenzaba á sacarle de sus casillas.

Satisfechos, pues, sus estómagos, los soberanos les dieron permiso para irse á descansar, tomando en consideracion las molestias del viaje, y quedó aplazado para la noche siguiente el que Dominga les complaciese luciendo su tan encomiada voz en la reunion que con tal objeto habian dispuesto, á la que asistiria lo más selecto de la córte.

ALEGORÍA V.

LA MODESTIA REALZA LAS BUENAS CUALIDADES QUE SIEMPRE SOBRENADAN COMO EL ACEITE EN EL AGUA.

Numeroso era el gentío que invadia los regios salones correspondiendo á la invitacion de los monarcas, quienes, deseosos de hacer brillar el mérito de la voz y gracia de Dominga, no escasearon ningun género de medios, compitiendo el lujo con la riqueza, el gusto con la hermosura, la suntuosidad con la magnificencia, y en una palabra, la esplendidez más digna con la profusion ménos jactanciosa. Allí no se veian abigarrados adornos y supérfluas alhajas, recargadas molduras y hacinados muebles, chavacanos cuadros, grótescas estatuas, nada que ofendiese á la vista ó hiriese desagradablemente el ánimo: todo era sério, pero exquisito; rico, pero modesto; bello, pero sencillo, y arreglado con tal órden y bien entendida simetría, que el arte y la elegancia hubieran podido estudiar su modelo en aquel acabado conjunto.

En tanto que iban acudiendo los invitados á la extraordinaria y singularísima reunion, Dominga y Marcolfa batallaban con Cacaseno, el cual se empeñó en no acompañarlas pretextando que estaba el tiempo muy frio para salir de casa.

—Bien decia aquel sabio que una de las cosas más supérfluas de este mundo era el dispensar favores á bestias desagradecidas, dijo Marcolfa cansada de bregar con la terquedad de su nieto.

¿Con qué cara nos presentamos á los que tantos beneficios debemos, despues de haberles dado palabra de que tambien vendrias con nosotras? Demasiada honra nos cabe de merecerles la distincion de que nos conozca toda la córte para que nos mire y respete como miraron y respetaron al varon de quien eres indigno vástago.

—Ya he dicho que no salgo de casa, replicó Cacaseno, y no saldré por más que me vengas con sonajas que no entiendo.

—Vamos, hijo mio, dijo Dominga, obedece á la abuelita, porque quien no respeta á sus mayores, no alcanza gracia de Dios.

—Que no seais pesadas, os digo.

—Pero ¡si no hemos de salir de casa como tú crees!

—Que me dejeis en paz.

—¡Ay! ¡que ni un alcornoque es tan duro como la cabeza de este bruto! exclamó Marcolfa.

—¡Yo estoy sofocada! añadió Dominga; pues no faltaba sino que SS. MM. lo tomasen á mal y se enfadaran.

—Yo sí que me enfadaré y haré una barbaridad si me dais más matraca.

—¡Este animal será nuestro descrédito! clamó Marcolfa.

—¿Sí? Pues ahora veréis, dijo Cacaseno empezando á hacinar muebles y utensilios en un rincon.

—¡Ay que ha roto una cornucopia! gritó Marcolfa al tiempo de que dicho mueble rodaba por el suelo hecho astillas. ¡Qué intentas, bestia, idiota!

—Que no me saqueis de aquí, dijo Cacaseno encaramándose en un monton de sillas y esgrimiendo un candelabro, aunque venga en vuestra ayuda un ejército.

—¡Dios mio! ¡Baja de ahí, hijo desnaturalizado! Que con semejante escándalo vas á ocasionar nuestra ruina, exclamó la pobre Dominga llena de espanto.

—No quiero, no me da la gana, porque demasiado conozco vuestras mañas.

—¡Cielos!

—¡Bárbaro!

Y madre y abuela prorumpieron en tales improperios, que Atilio, que en aquel momento venia á avisarles que los soberanos les aguardaban, retrocedió desde la puerta, corriendo á noticiar á sus señores lo que ocurria, por si gustaban participar de la diversion que les ofrecia tan chocante comedia.

En efecto, los reyes seguidos de algunos cortesanos se dirigieron al punto allí, sorprendiendo á los actores en lo mejor y más chistoso del espectáculo, el cual les proporcionó el rato más delicioso que desde mucho tiempo disfrutaran.

Marcolfa y Dominga quedaron corridas, al paso que Cacaseno continuaba sin darse por entendido; pero la reina con la mayor amabilidad se apresuró á sacar á las unas del apuro, miéntras el rey hizo que cediera el otro, prometiéndole que no saldria de la habitacion como deseaba.

Las protestas de agradecimiento de Marcolfa fueron tantas que no son para contadas, y la bondad de los monarcas llegó al punto de llevárselas á las dos á su lado, para que de este modo les acataran como á sus reales personas.

Una escogida música, que acabó de dejar alelada á Dominga, fue la señal de que habia principiado el festin, y la danza animó aquellos salones con la alegría más encantadora.

—Cree, serenísima soberana, decia Marcolfa, que la confusion de tantas parejas moviéndose á nuestra vista me desvanece la cabeza. Es este mucho barullo para nosotras, avezadas á la mezquindad de una aldea.

—Comprendo lo mismo, y supongo que estaréis molestadas; pero mi señor y soberano vuestro ha querido daros una prueba más del aprecio en que tiene á la familia del que nunca se separa de su memoria, y prestar mayor realce al mérito de Dominga, pues no ignoras que tanto aumenta el precio de las cosas cuanto más encumbrado está el que las posee.

—Tanto vales cuanto tienes, dice el refran, y es muy verdadero, porque la experiencia nos lo acredita, que las piedras preciosas puestas en la alhaja del pobre pasan por falsas, pues la idea de la mi-

seria es lo suficiente para falsificarlas, y todo lo del rico es de grandes quilates y valía. Así se ve que cuando uno está elevado todo el mundo se le brinda por amigo, y le adulan y le ensalzan hasta santificar sus defectos, cuando al abatido le abandonan y desprecian, inventando faltas y suponiéndole vicios de que carece, convirtiendo sus buenas cualidades en malas, y procurando empeorar su triste situacion, en vez de darle la mano para que se levante, como manda nuestra santa religion.

Marcolfa tenia embebidos á cuantos cerca de ella se encontraban escuchando sus palabras.

—Tu discrecion es como los rayos del rey de los astros, dijo Ipsicratea, que deslumbran á cuantos fijan en ellos la vista.

—Pobre de mí, nacida entre rústicas breñas, no puedo ser sino como diamante sin pulir.

—Como la luz se distingue al traves de las nubes, así tu entendimiento se nota á pesar de la tosca corteza que cubre tu persona.

—Tu bondad conmigo es tanta, señora, que aunque las condiciones que me adornan llegasen á la altura que supones, bastaria por sí sola para considerarme muy pequeña.

Terminó en esto el baile, y la conversacion tomó otro rumbo, á causa de proponer el rey que cantase Dominga.

Nunca le latió el corazon con más inquietud á mortal ninguno, ni el bochorno se pintó en rostro humano como en el de la pobre esposa de Bertoldino en aquellos momentos.

¡Válgame Dios! ¡qué cortedad, qué vergüenza, qué mortal angustia! Merced á las reflexiones de su discreta suegra, Dominga se levantó y encaminóse á un aposento contiguo donde la esperaba un célebre músico que tañia primorosamente el arpa, con el cual habia ensayado para acompañarla.

Un silencio sepulcral sustituyó en seguida al ruido que reinaba en los salones, y despues de algunos instantes, durante los cuales Marcolfa y el músico acompañante procuraron calmar el ánimo de Dominga, oyéronse los preludios del arpa, á los

que se unió luego la voz de la cantante, modulando la siguiente letra:

Descarriada ovejita
que andas vagando,
¿no oyes del caramillo
tierno el reclamo?
¿Cómo no corres
á calmar las angustias
de tus pastores?

—

De Endimion las querellas
la luna atiende,
y sus rayos derrama
sobre su frente;
mi voz escucha,
descarriada ovejita,
como la luna.

Un nutrido aplauso resonó en aquellos ámbitos, siendo tanto lo que gustó el aire sencillo y tierno de la música y la dulzura y flexible extension de la voz, que todos entusiasmados pidieron que se repitiera varias veces, á lo cual accedió Dominga, que como flaca mujer experimentaba tambien los efectos de la satisfaccion, viendo halagado de una manera tal su amor propio.

Los plácemes y los elogios menudearon que fue un portento, cuando Marcolfa y su nuera volvieron á los salones acompañadas de la reina y las principales de sus damas, que para mayor deferencia y obsequio corrieron en busca de ellas así que terminó el último canto.

Empero los aterradores ecos de cien voces que con pánico desconcierto clamaban ¡fuego, fuego! vino á aguar la fiesta á lo mejor, y cuando Marcolfa y Dominga se mostraban más ufanas y engreidas saboreando el más rico bocado del manjar que á su disfrazado orgullo con tanta esplendidez se prodigaba.

Al órden sucedió entónces el barullo, la confusion, el atolondra-

miento, y la alegría quedó súbitamente reemplazada por el terror, la angustia, el espanto: todo eran clamores, prisas, desmayos, accidentes, estrujones, corridas, sin que nadie lograse entenderse, ni por más que el rey y algunos de sus gentileshombres, que volvian de informarse del percance, no cesaran de desvanecer á voz en grito la alarmante nueva, se conseguia restablecer la calma en los alborotados ánimos.

Ultimamente, fué entrando poco á poco la reflexion en los obcecados entendimientos, y con ella la tranquilidad y el órden, viniéndose á saber que Cacaseno habia sido el causante de todo aquel trastorno.

Imagináos cuál seria el disgusto de Marcolfa y Dominga al oir á Atilio que venia de adquirir más pormenores, decir á los monarcas:

—El siniestro no ha sido tan lamentable como chistoso. Cacaseno...

Apénas pronunció tal nombre, cuando Dominga mudó de color, interrumpiendo Marcolfa:

—¡Dios mio! ¿Qué habrá hecho el bestia?

—Nada que deba poneros en cuidado, dijo el rey, pues sabeis que todo lo que os pertenece es de mi agrado. Prosigue, Atilio, que juzgo será divertido el lance.

—Cacaseno, pues, continuó Atilio, al verse solo y no sabiendo con qué entretenerse, se acordó de un canuto de caña que trajo oculto no sé en qué parte, el cual contenia una coleccion de escarabajos, grillos, sabandijas y qué sé yo cuántos bichos más, y dió en hacer con ellos una solemne procesion. Al efecto se encaminó á la cocina para proporcionarse cerillas con que figurar las luces que el acto requiere, y volviéndose á la habitacion, cerróse por dentro, partió en pedacitos la cerilla que encendió pegados en el lomo de aquellos animaluchos, los cuales fué soltando por el suelo, al mismo tiempo que entonaba un canto, con una voz que desgarraba los tímpanos.

Los reyes y demas oyentes no acertaban á contener la risa, en tanto que la abuela y la madre del protagonista devoraban en se-

creto la mortificacion que atormentaba sus corazones.

—Algunos de los criados, prosiguió el narrador, corrian bulliciosos á agruparse á la puerta atraidos por aquella extraña cantinela, cuando de pronto vieron salir á Cacaseno espantado y voceando desaforadamente: ¡fuego, fuego! cuyos gritos repitieron algunos atolondrados, miéntras otros más serenos y animosos se precipitaron en la habitacion.

—Y ¿Cacaseno? preguntó la reina.

—Desatinado fué á parar en el jardin, donde uno de los guardas, que le conoció, tuvo que detenerle, pues de lo contrario aun estaria corriendo.

Los oyentes soltaron la carcajada, y la reina volvió á preguntar:

—Y por fin, ¿qué fue ello?

—Que alguno de aquellos asquerosos insectos se metió por debajo de las colgaduras de la cama y prendió fuego á las guarniciones, comunicándose en seguida á lo demas.

—¡Quién sufre tanta barbaridad! exclamó Marcolfa.

—Repito que no te inquietes, mayormente siendo cosa en la cual se ve su poca malicia.

—Pero, serenísimo señor...

—Nada, Marcolfa, repitió el rey, lo más que ha podido suceder es que se hayan quemado las colgaduras.

—En efecto, los que acudieron cortaron el fuego con facilidad, tirando al suelo el resto que quedaba de los cortinajes que se apagaron con sólo pisotearlos.

—Ahí no es nada, replicó Marcolfa. ¿Te parece poco el daño que ese bestia ha causado? Por cierto no me explico cómo á VV. MM. les cae en gracia lo que para mí es la desgracia mayor con que Dios ha podido castigarme en este mundo.

—Porque, hijos sus actos de la inocencia, no ocultan las malas pasiones conforme los de la generalidad de los que nos rodean, que por el afan de medrar son como la zorra de la fábula que nos contaste, que no satisfecha con que el amo matara al perro, llevó su astucia al extremo de que la vistiera con su piel pa-

ra acabar con su gallinero y burlar mejor su buena fe.

—Sin duda que á muchos puede aplicarse el cuento; pero á pocos le viene tan de molde como á mi nieto aquello de: la cabra siempre tira al monte.

—Y ¿dónde le dejaste? preguntó el monarca á Atilio.

—En la cocina atracándose de golosinas que ha sido preciso que el repostero le diese para apaciguarle, pues de ningun modo queria salir del jardin ni atender á nadie.

—¡Ay el grandísimo bruto! Cualquier dia es capaz de comerse á toda su parentela por los piés, dijo Marcolfa con tal naturalidad, que arrancó una estrepitosa carcajada á los circunstantes.

—Vamos, vamos á verle, indicó la reina, para preguntarle si le pasó el susto, y que nos refiera el caso.

Y encamináronse á donde estaba Cacaseno, seguidos de crecido número de damas y caballeros que, como los monarcas, deseaban divertirse por fin de fiesta con las tonterías del nunca bien ponderado Cacaseno.

ALEGORÍA VI.

LA GULA SUELE SER COMO LA HIEDRA, QUE CON SUS ABRAZOS MATA.

Soberanamente arrellanado en un magistral sillon encontraron los reyes á Cacaseno, comiéndose á dos carrillos un gran pastelon despues de haberse engullido un pollo de cabo á rabo, dos chuletas y otras varias frioleras por el estilo, sin contar con la huéspeda, como suele decirse, pues le esperaba todavía una buena tortada que acariciaba su insaciable apetito ostentándose ufana sobre la mesa.

—¡Ah lobo devorador! exclamó Marcolfa no pudiendo contenerse al verle masticar con sin igual avidez. ¡Eres tan gloton como idiota, y tan idiota como desordenado! ¿Cuándo tendrás bastante, que no contento con verte hinchado como un cuero lleno de aire, y regoldando de harto, aun miras lo que queda como si te faltara tiempo para embaularlo?

—Tú, manda que me den un trago, dijo Cacaseno por via de contestacion á las reprensiones de su abuela.

El repostero que era á quien se dirigia, llenó un vaso de vino que Cacaseno apuró de un trago, y continuó engullendo con gran risa de los reyes y cortesanos, que le contemplaban maravillados de que en aquel estómago cupiera tanto.

—Quien no tiene sesos, carece de vergüenza, dijo Marcolfa.

—Y el que no come es porque no tiene hambre, respondió Cacaseno.

—Los asnos no pueden dar sino coces.

—Déjame tranquilo, porque, sino, me incomodo.

—¡Ah bestia feroz!

—Más vale ser bestia que vieja sin muelas como tú.

Y tal retahila de dímes y dirétes se armó entre abuela y nieto que aquello era morirse de risa, durando la funcion hasta muy avanzada hora, en que los reyes determinaron retirarse, y con ellos todos los demas.

Pero ¿cómo era posible que quien estuviese cerca de Cacaseno descansase? Repleto y harto como un cerdo cebado, pasó la noche con un cólico endiablado, trayendo á todo palacio revuelto, inclusos á los monarcas, que por consideracion á los muchos servicios del célebre Bertoldo, todo lo sufrian de aquella familia.

—¡Misericordia de Dios! este bestia la entrega si un milagro no le salva, exclamaba Marcolfa.

—¡Vírgen santísima! ¿Qué dirá su padre cuando me vea sin el hijo de mis entrañas? añadia Dominga.

Pero á pesar de los lamentos de la una y las exclamaciones de la otra, ni los recursos de la medicina ni nada de este mundo consiguieron vaciar el fárrago de aquella vejiga.

De tal modo se agravó, que á las veinticuatro horas de la tragantela ya se lo habia llevado pateta. ¡Figuráos el desconsuelo de su madre y su abuela, y la pesadumbre de los reyes por la pérdida de un súbdito tan bruto!

Sin embargo, se le hicieron solemnes y pomposos funerales á los que asistió toda la córte de riguroso luto, y el monarca mandó esculpir en la losa de su sepultura el siguiente epitafio:

Caro cuesta el ser gloton;
Poned á la gula freno,
Si morir cual Cacaseno
No quereis de indigestion.

Cuenta la crónica que Marcolfa todavía vivió largos años, durante los cuales Dominga y Bertoldino tuvieron otro retoño, que bautizaron con el nombre de Bertoldo, para perpetuidad del de su abuelo, fuente y orígen de esta historia, siendo sus padrinos Albuino é Ipsicratea, los cuales enriquecieron á aquella familia de manera, que con el tiempo llegaron á ser sus descendientes señores de horca y cuchillo; convirtiéndose la pequeña colonia de pastores en una gran villa, cuyas ruinas todavía ostentan su pasada grandeza al viajero que hoy atraviesa aquellas montañas.

NOTAS.

TRATADO I.

INTRODUCCION.

(1) El autor seguramente se refiere en esta antítesis al personaje de uno de los dramas del teatro clásico griego, tomado de la mitología, modelo sin duda de *El lindo don Diego* de nuestro repertorio de principios del siglo. Basta decir para inteligencia del lector, que el tal Narciso era la personificacion más acabada de la hermosura varonil, llegando hasta el punto de enamorarse de sí mismo, segun nos cuenta la fábula.

(2) Efectivamente, el rey Albuino discurria con discernimiento, pues innumerables ejemplos nos prueban que la Providencia compensa los defectos físicos con alguna gracia particular, como para dar testimonio evidentísimo de su justicia y sabiduría.

(3) El autor se vale de semejante figura aludiendo á las alternativas á que el hombre se halla sujeto en la vida social, comparándolas con las judías cuando hierven.

(4) La mayor parte de los grandes filósofos, y si mal no recordámos uno de tantos el inmortal Balmes, han tratado este fenómeno de nuestra naturaleza en el sentido que el rústico personaje. No podemos ménos de ver en la metáfora de Bertoldo una idea profunda aceptada por los más claros talentos, á cuya manifestacion no ha dejado de rendir el competente tributo la misma ciencia.

(5) A tal extremo llega la mezquindad humana, que solemos ver en lo de los demas un bien mal entendido, cual es el del beneficio de nuestros intereses en detrimento de los ajenos, sin hacernos cargo de la relacion recíproca entre los individuos que constituyen el colectivo *sociedad*, y que al perjudicar al prójimo nos perjudicamos nosotros mismos.

(6) Nada hay tan repugnante como la avaricia: esa sed insaciable, ese terrible *más* que perturba la conciencia del desdichado poseido de tan funesta pasion, llega á nublar de tal modo su entendimiento, que, considerando concentrada su felicidad en lo que sólo contribuye á aumentar su desdicha, multiplica sus afanes por adquirir riquezas inútiles para sus semejantes y hasta para sí propio, cuyo positivismo sólo existe en el fondo de los arcones donde se amontona el oro, cuyo brillo es como el de la luz que deslumbra á la mariposa para abrasarla.

(7) Entiéndese por la mentira á que alude Bertoldo, el engaño ó dolo, jurídicamente hablando; puesto que siendo su version en la acepcion más general del modismo, fuera atentar de otro modo contra el principal recurso de ciertas clases mercantiles, apoyado en el charlatanismo que en todas épocas ha invadido sus estadios, y en particular hoy que la buena fe está poco ménos que en almoneda contínua.

(8) El vicio obstruye todas las facultades nobles del individuo; y una vez desbordado el torrente de las pasiones, no queda de la mujer, de esa criatura delicada y bella que la fantasía del poeta ha idealizado y el hombre considera como el paño de lágrimas de su apesarada existencia, sino el sér abyecto que únicamente obedece á la influencia del oro que empaña su honor, prostituye sus sentimientos y compra sus caricias.

(9) Un príncipe es un verdadero padre de familia cuyos sagrados deberes le imponen la obligacion de no pertenecerse á sí mismo. Por eso Bertoldo no considerando en el rey Albuino sino un especial administrador de los intereses de sus súbditos, sólo ve en lo que posee el patrimonio de los menores cuya tutela le está confiada, del cual le hace notar que no tiene derecho de disponer á su arbitrio y con imprudente liberalidad.

(10) Opinamos como Bertoldo que la felicidad se encuentra más bien en la tranquilidad y la calma del que disfruta una vida oscura, pero laboriosa y rodeada de los encantos de la virtud, que en la riqueza, fausto y opulencia del poderoso.

(11) El adulador se arrastra como el reptil y lame la mano del adulado para que pague su bajeza, miéntras se dispone á desconocer los favores que le haya dispensado, cuando la adversidad le hiera con sus acerados dardos.

(12) Como quien dice: la historia de tu dignidad no te dá títulos para engreirte de ese modo: ántes que tú han existido otros reyes, y Dios creó los animales ántes de fundar las monarquías.—Segun las crónicas, la primera de las monarquías fue instituida por el cazador Nemrod, en Senaar.

ALEGORÍA I.

(1) El ejemplo del espejo es un fac-símil del episodio de las dos madres, que figura en la historia de Salomon, el cual nos abstenemos de reproducir atendida su popularidad. Aunque con algunas pequeñas variantes, el mismo ejemplo embellece las páginas de las antiguas leyendas de los poemas chinos. Pero no por eso nos parece ménos recomendable el mérito del que recuerda hechos dignos de imitarse como este, dirigido á corregir la ligereza de aquellos en quienes se halla depositada la administracion de justicia y de cuya prudencia pende el bien ó el mal de los individuos, por el respeto, ó la suplantacion de sus derechos y por consiguiente la prosperidad ó el atraso de los pueblos.

(2) La volubilidad del rey Albuino respecto á las mujeres, nos prueba la poca firmeza de nuestros juicios, y principalmente cuando se refieren á los más débiles, de los cuales suele abusar la miseria humana.

(3) Merlin: personaje tradicional citado por Cervántes en su Quijote como uno de los encantadores más célebres que ha creado la supersticion. Ariosto le hace representar un gran papel en los fantásticos episodios de su poema *Orlando furioso*, y está en la actualidad llamando la atencion del alta literatura otro poema con el nombre de este personaje por título, que el ilustre poeta Edgardo Quinet acaba de publicar en Francia.

(4) Es decir, que todo el que atente contra el poderoso se expone á verse privado de sus favores, y por lo tanto, léjos del *agua corriente*, que quiere expresar los beneficios de que goza el protegido por el poder.

(5) Nunca contentos con nuestra suerte, solemos ser víctimas del empeño en buscar otra mejor.

(6) Jamas debe alucinarnos la apariencia en razon á que los malvados siempre suelen cubrirse bajo un exterior lleno de atractivos.

(7) Nada previene tan desventajosamente como la alabanza propia; pues el verdadero mérito lleva en sí la condicion de la modestia, por aquello de que, conforme dice uno de los sabios de la Grecia, *el talento es como la salud, que el que más la posee es quien ménos se la conoce.*

(8) El gusano de seda nos recuerda la imágen de que se vale uno de nuestros grandes hombres en la bellísima décima dirigida á corregir la soberbia en el lujo, la cual por la relacion de su moraleja con el sentido de lo que motiva esta nota, nos creemos en el caso de reproducir.

Esa seda que relaja
Tus procederes cristianos,

Es obra de unos gusanos
Que labraron su mortaja:
Tambien en la region baja
La tuya han de elaborar.
¿De qué, pues, te has de jactar,
Y en qué tus glorias consisten,
Si unos gusanos te visten,
Y otros te han de desnudar?

(9) Seguramente al valerse el autor de la leche, como término de comparacion de la *claridad*, no lo hizo en el sentido recto de esta palabra, sino por tener la leche el color que se considera más claro, *el blanco*, juzgándolo el más propio para establecer el equívoco que se propuso emplear como recurso para la nueva peripecia con que intentaba poner en accion la agudeza de Bertoldo.

(10) El orgullo hace olvidar con facilidad su condicion humana al poderoso, quien sin hacer alto en lo perecedero del bien en que funda su soberbia, no advierte que su fin ha de ser el de los demas á quienes se considera superior.

(11) Los varones eminentes por la fortuna ó su nacimiento, siempre han adolecido de la censurable debilidad de creer que los demas deben servirles, sin quedar ellos obligados á agradecer sus servicios, cuando no existe ràzon ninguna para mutilar las relaciones que establecen la ley de equilibrio en el órden social.

ALEGORÍA II.

(1) Como quiera que del juego de palabras resulta un equívoco que pudiera dar lugar á gratuitas interpretaciones, creemos de nuestro deber consignar esta nota por via de salvedàd, advirtiendo que la frase del rey se refiere á las necesidades morales, y la aplicacion material de Bertoldo es en nuestro concepto para corregir la falta de propiedad en el habla haciendo palpables las consecuencias á que puede dar márgen.

(2) Sin duda es preferible la tranquilidad á la posesion de cuantas riquezas puedan adquirirse en el campo del materialismo, las cuales traen consigo inquietudes y sobresaltos que nunca llegan á compensar las efímeras ventajas que proporcionan.

(3) La mayor satisfaccion para las deudas morales, es la gratitud; y la expresion más viva del agradecimiento es reconocer el beneficio recibido por medio de su genuina manifestacion.

(4) La experiencia es madre de la ciencia, dice un antiguo proverbio: verdad que no podemos ménos de admitir conviniendo con Lamartine en que *más instruye un dia de caravana que un año de estudio.*

ALEGORÍA III.

(1) En todas ocasiones, por más que pretendan lo contrario ciertos utopistas que fundan la razon de su lógica en absurdas elucubraciones, como los falsos apóstoles de la negacion de lo relativo, la obediencia constituye un deber, pues de su accion depende el reconocimiento y proclamacion del principio de autoridad legalmente constituido: advirtiendo que en lo absoluto de la version se comete la figura sinécdoque, y debe entenderse en sentido hipotético.

(2) Estudiad en la vida práctica las gravísimas consecuencias á que dá lugar la falta de cumplimiento de las promesas, y no sólo otorgaréis carta de naturaleza al aforismo de la reina Ipsicratea, si no que veréis en la promesa un contrato tácito consagrado por la conciencia, trascendental muchas veces.

(3) Debido seguramente á la inmoralidad que agobia á nuestro dichoso siglo, desgraciadamente son muchos los que abundan de las mismas ideas respecto al matrimonio, puestas en boca de Bertoldo por via de reproche. Acérrimos y constantes impugnadores de todo lo que tiende al pesimismo, nuestros deseos serian los de combatir con toda la precisa latitud un mal que, extendiendo los dominios que ha llegado á conquistarse en la conciencia, va insensiblemente corroyendo como vil carcoma la vinculacion de la familia; pero creyéndolo, hasta pesado, si se quiere, tratándose de una simple nota, nos concretarémos á preguntar: Anulada tan sábia y santa institucion, ¿qué seria de la justicia distributiva en cuanto á cierta clase de derechos, como el hereditario, por ejemplo? ¿Qué de los principios fundamentales de la sociedad cristiana, apoyados en la acrisolada moral de sus divinos códices? Quede á la consideracion del buen juicio, ya que no á la de los ideólogos partidarios de las aberraciones.

ALEGORÍA IV.

(1) Nos prueba la verdad del aforismo, de que la fortuna es por regla general patrimonio de la audacia, la reconocida autoridad que ha alcanzado el verso del latino *Audaces fortuna juvat*, pasando á la posteridad para eternizarse en la mente del vulgo.

ALEGORÍA V.

(1) Consecuencia necesaria de la ambicion insensata, y la ligereza en

dejarnos seducir por las palabras sin detenernos á analizar el fondo de aquello á que se refieren.

ALEGORÍA VI.

(1) Dédalo: hijo de Himetion, nieto de Eumolpo ó Eupalamo y biznieto de Erecteo, rey de Aténas. Fue uno de los arquitectos y estatuarios de Grecia; inventó la segur, el nivel, el berbiquí, y sustituyó las velas á los remos; fabricó autómatas que segun Aristóteles caminaban por medio del azogue de que los llenaba, á los que Pausánias concede cierta expresion y vida. Condenado á muerte, segun unos, y á destierro perpétuo segun otros, tuvo que refugiarse en Creta, córte de Mínos, donde construyó el laberinto de su nombre, tan celebrado por los poetas. Allí, habiendo favorecido los amores de Pasífae, esposa de Mínos, fue encerrado en el laberinto con su hijo Icaro y el Minotauro. Entónces fabricó unas alas que pegó con cera á sus espaldas y á las de su hijo, y se puso en libertad. Pero olvidando Icaro sus instrucciones, se remontó tanto, que el sol derritió sus alas y cayó al Egeo, donde pereció anegado. Dédalo llegó á Egipto, á la córte del rey Cocalo, quien desde luego le hizo sufrir la misma suerte que al hijo, ahogándole en una estufa, para prevenir las amenazas de Mínos. De su nombre han formado los poetas latinos, *dædalus æ, um*, en el mismo sentido que *ingeniosus*. Hubo tres Dédalos estatuarios; el ateniense cuya historia acabamos de apuntar, el de Siciona, y el de Bitinia, autor de una de las más célebres estatuas de la antigüedad.

(2) Si alguna de las páginas de esta obra merece ser tenida como bellísima joya de imponderable valor, es sin duda esta en que se inscriben las sentencias que nuestro originalísimo protagonista nos legó á su muerte. Prescindiendo de cuantas consideraciones deben estimarse por razon de las circunstancias del libro, como la época en que se escribió, el objeto tan marcado de su destino, el género literario á que pertenece, sus tendencias, etc.; si en cada uno de los aforismos que motivan esta nota se encuentra un detalle digno de apreciarse como saludable consejo, ó bien como principio edificativo, en el todo de su coleccion compendia un tratado completo de moral y filosofía, que el buen criterio no puede ménos de recomendar por su sana doctrina, principalmente á la juventud, nunca sobrada de experiencia, y por lo comun siempre falta de disfrazadas Minervas, que, cual á otro Telémaco, la concedan la necesaria prudencia para saber distinguir el bien del mal, la verdad del error, el extravío del deber, y ajustar sus acciones á la conducta que la virtud prescribe y el propio interés ordena.

TRATADO II.

ALEGORÍA I.

(1) ¡Cuántos pudieran apropiarse con más justicia la moraleja de esta fábula! Aprendan los que pretenden engalanarse con lo que no corresponde á su jerarquía, y llevados de la ambicion ó de la envidia se empeñan en salirse de su esfera, violentando su destino hasta el extremo de caer en la mayor ridiculez.

ALEGORÍA III.

(1) Así exclamaba un célebre filósofo, que una paja es necesaria para la armonía de los mundos.

(2) Ave palmípeda de un pié de alto, piernas encarnadas y cortas, dedos unidos por una membrana, pico á manera de espátula, convexo por la punta, y cuerpo manchado de blanco, azul y negro con visos tornasolados. Pertenecen á la misma familia los cisnes, ocas, cerceta de invierno, pato silvestre, silbador, etc., y de ninguno de ellos nos suministra la ciencia geológica el menor dato que justifique la propiedad del símil objeto de esta nota. Sin embargo, en boca del personaje que lo pone el autor es dispensable falta, pues no altera un ápice el concepto.

ALEGORÍA V.

(1) Podrá tener su parte de sofisma, pero la experiencia nos ha demostrado en más de una ocasion que no está tan falto de fundamento el concepto, si bien hoy nos parece más oportuno decir que la fortuna es de la farsa.

ALEGORÍA VI.

(1) Casia: especie de pulpa oriunda de Egipto, con granos del tamaño de una lenteja ordinaria, la cual se emplea con muy buen éxito por los habitantes de aquel país en la curacion de las oftalmías.—Género de plantas de la familia de las leguminosas, que comprende varias especies, entre ellas el sen y la cañafístula, ambas medicinales.—La lanceolada produce el sen, y la lígnea la otra, que es la corteza de una de las especies del género casia,

restos de la antigua polifarmacia. Su virtud es excitante á causa del aceite volátil que contienen.

(2) Sin embargo de que en España tovavía lamentamos en parte esta verdad amarga, debemos hacer justicia al siglo que no deja morir de hambre á inteligencias como la de nuestro inmortal manco de Lepanto ni á artistas como Zurbaran.

Cada cual habla de la feria segun le va en ella: el tal Filandro no se hubiera producido en semejantes términos si en la córte encontrara la tierra de promision como muchos que, no tan tontos como suponemos que él sería, saben explotarla que es un prodigio.

TRATADO III.

ALEGORÍA V.

(1) Hoy que la adulacion está en alza, tal vez le hubiera valido al mentiroso el duplo de la cantidad que le costó perder en aquellos mejores tiempos.

(2) Leccion para los que se crean nuevas necesidades que, excediendo á sus facultades, les colocan en mil difíciles situaciones que les abruman.

(3) Es la pura verdad, porque pocos serán los que hayan dejado de verla infinitas veces en accion, si es que no la han sentido como nosotros.

(4) Quédase en italiano el numeral *venti*, porque como su equivalente *veinte* tiene más de cinco letras, que son las partes en que se ha de dividir, no quedaria el enigma perfecto traducido al castellano.

FIN DE LAS NOTAS.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS QUE CONTIENE ESTA OBRA.

VIDA DE CACASENO.

APÉNDICE.

CONTINUACION DE LA HISTORIA DE CACASENO.

FIN DEL ÍNDICE.

COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

